



ALESSANDRO  
BARICCO

---

Océano Mar

Lectulandia

Hace muchos años, en medio de algún océano, una fragata de la marina francesa naufragó. 147 hombres intentaron salvarse subiendo a una enorme balsa y confiándose al mar. Un horror que duró días y días. Un formidable escenario en el que se mostraron la peor de las crueldades y la más dulce de las piedades.

Hace muchos años, a orillas de algún océano, llegó un hombre. Lo había llevado hasta allí una promesa. La posada donde se paró se llamaba Almayer. Siete habitaciones. Extraños niños, un pintor, una mujer bellísima, un profesor con un extraño nombre, un hombre misterioso, una muchacha que no quería morir, un cura cómico. Todos estaban allí buscando algo, en equilibrio sobre el océano.

Hace muchos años, estos y otros destinos encontraron el mar y volvieron marcados. Este libro explica el porqué, y escuchándoles se oye la voz del mar. Se puede leer como una historia de suspense, como un poema en prosa, un *conte philosophique*, una novela de aventuras. En cualquier caso, domina la alegría furiosa de contar historias a través de una escritura y una técnica narrativa sin modelos ni antecedentes ni maestros.

**Lectulandia**

Alessandro Baricco

# **Océano mar**

ePub r1.0

17ramsor 18.11.13

Título original: *Oceano mare*

Alessandro Baricco, 1993

Traducción: Xavier González Rovira y Carlos Gumpert

Diseño de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Molli, amada amiga mía

Libro Primero.  
Posada Almayer

Arena hasta donde se pierde la vista, entre las últimas colinas y el mar —*el mar*— en el aire frío de una tarde a punto de acabar y bendecida por el viento que sopla siempre del norte.

La playa. Y el mar.

Podría ser la perfección —imagen para ojos divinos—, un mundo que acaece y basta, el mudo existir de agua y tierra, obra acabada y exacta, verdad —*verdad*—, pero una vez más es la redentora semilla del hombre la que atasca el mecanismo de ese paraíso, una bagatela la que basta por sí sola para suspender todo el enorme despliegue de inexorable verdad, una nadería, pero clavada en la arena, imperceptible desgarrón en la superficie de ese santo icono, minúscula excepción depositada sobre la perfección de la playa infinita. Viéndolo de lejos, no sería más que un punto negro: en la nada, la nada de un hombre y de un caballete.

El caballete está anclado con cuerdas finas a cuatro piedras depositadas en la arena. Oscila imperceptiblemente al viento que sopla siempre del norte. El hombre lleva botas de caña alta y un gran chaquetón de pescador. Está de pie, frente al mar, haciendo girar entre los dedos un pincel fino. Sobre el caballete, una tela.

Es como un centinela —esto *es necesario* entenderlo— en pie para defender esa porción de mundo de la invasión silenciosa de la perfección, pequeña hendidura que agrieta esa espectacular escenografía del ser. Puesto que siempre es así, basta con el atisbo de un hombre para herir el reposo de lo que estaba a punto de convertirse en *verdad* y, por el contrario, vuelve inmediatamente a ser espera y pregunta, por el simple e infinito poder de ese hombre que es tragaluz y claraboya, puerta pequeña por la que regresan ríos de historias y el gigantesco repertorio de lo que *podría* ser, desgarrón infinito, herida maravillosa, sendero de millares de pasos donde nada más podrá ser verdadero, pero todo *será* —como *son* los pasos de esa mujer que envuelta en un chal violeta, la cabeza cubierta, mide lentamente la playa, bordeando la resaca del mar, y surca de derecha a izquierda la ya perdida perfección del gran cuadro consumando la distancia que la separa del hombre y de su caballete hasta llegar a algunos pasos de él, y después justo junto a él, donde nada cuesta detenerse —y, en silencio, mirar.

El hombre ni siquiera se da la vuelta. Sigue mirando fijamente el mar. Silencio. De vez en cuando moja el pincel en una taza de cobre y esboza sobre la tela unos cuantos trazos ligeros. Las cerdas del pincel dejan tras de sí la sombra de una palidísima oscuridad que el viento seca inmediatamente haciendo aflorar el blanco anterior. Agua. En la taza de cobre no hay más que agua. Y en la tela, nada. Nada que se pueda *ver*.

Sopla como siempre el viento del norte y la mujer se ciñe su chal violeta. —Plasson, hace días y días que trabajáis aquí abajo. ¿Para que os traéis todos esos

colores si no tenéis valor para usarlos?

Eso parece despertarlo. Eso le ha afectado. Se vuelve para observar el rostro de la mujer. Y cuando habla no es para responder.

—Os lo ruego, no os mováis —dice.

Después acerca el pincel al rostro de la mujer, vacila un instante, lo apoya sobre sus labios y lentamente hace que se deslice de un extremo al otro de la boca. Las cerdas se tiñen de rojo carmín. Él las mira, las sumerge levemente en el agua y levanta de nuevo la mirada hacia el mar. Sobre los labios de la mujer queda la sombra de un sabor que la obliga a pensar «agua de mar, este hombre pinta el mar con el mar» —y es un pensamiento que provoca escalofríos.

Ella hace un rato que se ha dado la vuelta, y está ya midiendo de nuevo la inmensa playa con el matemático rosario de sus pasos, cuando el viento pasa por la tela para secar una bocanada de luz rosácea, flotando desnuda sobre el blanco. Uno podría pasarse horas mirando ese mar, y ese cielo, y todo lo demás, pero no podría encontrar nada de ese color. Nada que se pueda ver.

La marea, en esa zona, sube antes de que llegue la oscuridad. Un poco antes. El agua rodea al hombre y a su caballete, los va engullendo, despacio pero con precisión, allí quedan, uno y otro, impassibles, como una isla en miniatura, o un derrelicto de dos cabezas.

Plasson el pintor.

Viene a recogerlo, cada tarde, una barquilla, poco antes de la puesta del sol, cuando el agua ya le llega al corazón. Es él quien así lo quiere. Sube a la barquilla, recoge el caballete y todo lo demás, y se deja llevar a casa.

El centinela se marcha. Su deber ha acabado. Peligro evitado. Se apaga en la puesta de sol el icono que una vez más no ha conseguido convertirse en sacro. Todo por ese hombrecillo y sus pinceles. Y ahora que se ha marchado, va no queda tiempo. La oscuridad suspende todo. No hay nada que pueda, en la oscuridad, convertirse en *verdadero*.

... sólo raramente, y de manera tal que a algunos, en aquellos momentos, al verla, se les oía decir, en voz baja

—Morirá

o bien

—Morirá

o también

—Morirá

y hasta

—Morirá

A su alrededor, colinas.

Mi tierra, pensaba el barón de Carewall.

No es exactamente una enfermedad, podría serlo, pero es algo menos, si tiene un nombre debe de ser ligerísimo, lo dices y ya ha desaparecido.

—Cuando era niña, un día llega un mendigo y empieza a tararear una cantilena, la cantilena asusta a un mirlo que se eleva...

—... asusta a una tórtola que se eleva y es el zumbido de las alas...

—... las alas que zumban, un ruido de nada...

—... habrá sido hace diez años...

—... pasa la tórtola delante de su ventana, un instante, así, y ella levanta los ojos de sus juegos y yo no sé, llevaba encima el terror, pero un terror blanco, quiero decir que no era como alguien que tiene miedo, sino como alguien que está a punto de desaparecer...

—... el zumbido de las alas...

—... alguien a quien se le escapaba el alma...

—... ¿me crees?

Creían que al crecer se le pasaría todo. Pero, entretanto, todo el edificio se cubría de alfombras porque, como es obvio, sus mismos pasos la asustaban, alfombras blancas por todas partes, un color que no hiciera daño, pasos sin ruido y colores ciegos. En el parque, los senderos eran circulares con la única excepción osada de un par de veredas que serpenteaban ensortijando suaves curvas regulares —salmos—, y eso es más razonable, en efecto: basta un poco de sensibilidad para comprender que cualquier esquina sin visibilidad es una emboscada posible, y dos caminos que se cruzan, una violencia geométrica y perfecta, suficiente para asustar a cualquiera que esté seriamente en posesión de una auténtica sensibilidad, y mucho más a ella, que no es que tuviera *exactamente* un alma sensible, sino, por decirlo en términos precisos, que *estaba poseída* por una sensibilidad de ánimo incontrolable, que explotó para siempre en quién sabe qué momento de su vida secreta —vida de nada, tan pequeña

como era— y después se le subió al corazón por vías invisibles, y a los ojos, y a las manos, y a todo, como una enfermedad, aunque una enfermedad no fuera, sino algo menos, si tiene un nombre debe de ser ligerísimo, lo dices y ya ha desaparecido.

Por ello, en el parque, los senderos eran circulares.

Tampoco hay que olvidar la historia de Edel Trut, que en todo el País no tenía rival en tejer la seda y por ello fue llamado por el barón, un día de invierno en el que la nieve era tan alta como los niños, un frío que pelaba, llegar hasta allí fue un infierno, el caballo humeaba, los cascos al azar en la nieve, y el trineo detrás dando bandazos; si no llego antes de diez minutos quizás me muera, tan cierto como me llamo Edel, me muero, y además sin saber siquiera que es eso tan importante que tiene que enseñarme el barón...

—¿Qué ves Edel?

En la habitación de la hija, el barón está de pie frente a la pared larga, sin ventanas, y habla despacio, con una dulzura antigua.

—¿Qué ves?

Tejido de Borgoña, de buena calidad, y paisajes como hay muchos, un trabajo bien hecho.

—No son unos paisajes corrientes, Edel. O por lo menos, no lo son para mi hija.

Su hija.

Es una especie de misterio, pero hay que intentar entenderlo, sirviéndose de la fantasía, y olvidar lo que se sabe, de modo que la imaginación pueda vagabundear en libertad, corriendo lejos por el interior de las cosas hasta ver que el alma no es siempre diamante sino a veces velo de seda —esto puedo entenderlo —imagínate un velo de seda transparente, cualquier cosa podría rasgarlo, incluso una mirada, y piensa en la mano que lo coge —una mano de mujer —sí— se mueve lentamente y lo aprieta entre los dedos, pero apretarlo es ya demasiado, lo levanta como si no fuera una mano, sino un golpe de viento, y lo encierra entre los dedos como si no fuera dedos sino... —como si no fueran dedos sino pensamientos. Así es. Esta habitación es esa mano, y mi hija es un velo de seda.

Sí, lo comprendo.

—No quiero cascadas, Edel, sino la paz de un lago; no quiero encinas sino abedules, y esas montañas del fondo deben convertirse en colinas, y el día, en atardecer; el viento, en brisa; las ciudades, en pueblos; los castillos, en jardines. Y si no queda más remedio que haya halcones, que al menos vuelen, y muy lejos.

Sí, lo comprendo. Sólo una cosa: ¿y los hombres?

El barón permanece callado. Observa a todos los personajes del enorme tapiz, uno a uno, como si estuviera escuchando su opinión. Pasa de una pared a otra, pero ninguno habla. Era de esperar.

—Edel, ¿hay algún modo de conseguir hombres que no hagan daño?

Eso debe habérselo preguntado Dios también, en su momento.

—No lo sé, pero lo intentaré.

En el taller de Edel Trust se trabajó durante meses con los kilómetros de hilo de seda que el barón les hizo llegar. Se trabajaba en silencio porque, según decía Edel, el silencio debía penetrar en la trama del tejido. Era un hilo como los demás, sólo que no se veía, pero allí estaba. Así que se trabajaba en silencio.

Meses.

Después, un día llegó un carro al palacio del barón, y sobre el carro estaba la obra maestra de Edel. Tres enormes rollos de tela que pesaban como cruces en procesión. Los subieron por las escaleras y los llevaron después a lo largo de los pasillos, de puerta en puerta, hasta el corazón del palacio, a la habitación que los esperaba. Fue un instante antes de que los desenrollaran cuando el barón murmuró

—¿Y los hombres?

Edel sonrió.

—Si no queda más remedio que haya hombres, que al menos vuelen, y no muy lejos. El barón escogió la luz del atardecer para tomar a su hija de la mano y llevarla hasta su nueva habitación. Edel dice que entró y se sonrojó inmediatamente, maravillado, y el barón temió por un instante que la sorpresa pudiera ser demasiado fuerte, pero apenas fue un instante, porque enseguida se dejó oír el irresistible silencio de aquel mundo de seda donde una tierra clemente reposaba apacible y pequeños hombres» suspendidos en el aire, medían a paso lento el azul pálido del cielo.

Edel dice —y eso no podrá olvidarlo— que ella miró largo rato a su alrededor y después, dándose la vuelta, *sonrió*.

Se llamaba Elisewin.

Tenía una voz bellísima —terciopelo— y cuando caminaba parecía deslizarse por el aire, y uno no podía dejar de mirarla. De vez en cuando, sin razón aparente, le gustaba echar a correr, por los pasillos, al encuentro de quién sabe qué, sobre aquellas tremendas alfombras blancas, dejaba de ser la sombra que era y corría, pero sólo raramente, y de manera tal que a algunos, en aquellos momentos, al verla, se los oía decir, en voz baja...

A la posada Almayer se podía llegar a pie, bajando por el sendero que venía de la capilla de Saint Amand, pero también en carruaje, por la carretera de Quartel, o en barcaza, bajando el río. El profesor Bartleboom llegó por casualidad.

—¿Es ésta la posada de la Paz?

—No.

—¿La posada de Saint Amand?

—No.

—¿El Hotel del Correo?

—No.

—¿El Arenque Real?

—No.

—Bien. ¿Tienen alguna habitación?

—Sí.

—Me la quedo.

El enorme libro con las firmas de los huéspedes esperaba abierto sobre un atril de madera. Un lecho de papel recién hecho que esperaba los sueños de los nombres ajenos. La pluma del profesor se enfiló voluptuosamente entre las sábanas.

*Ismael Adelante Ismael prof. Bartleboom*

Con rúbrica y todo. Algo bien hecho.

—El primer Ismael es mi padre, el segundo, mi abuelo.

—¿Y eso?

—¿Adelante?

—No, eso no, esto.

—Eso.

—Pues profesor, ¿no? Quiere decir *profesor*.

—Vaya nombre más tonto

—No es un nombre... yo soy profesor, me dedico a enseñar, ¿entendéis? Cuando voy por la calle, la gente me dice Buenos días, profesor Bartleboom. Buenas tardes, profesor Bartleboom, pero no es un nombre, es a lo que me dedico, a enseñar...

—No es un nombre,

—No.

—Vale. Yo me llamo Dira.

—Dira.

—Sí. Cuando voy por la calle, la gente me dice Buenos días, Dira, Buenas tardes, Dira, qué guapa estás hoy, Dira, qué vestido tan bonito llevas, Dira. ¿No habrás visto

por casualidad a Bartleboom?, no, está en su habitación, primer piso, la última al fondo del pasillo, éstas son las toallas, tenga, se ve el mar, espero que no os moleste.

El profesor Bartleboom —desde aquel momento simplemente Bartleboom— cogió las toallas.

—Señorita Dira.

—¿Sí?

—¿Me permitís hacer os una pregunta?

—¿Qué clase de pregunta?

—¿Cuántos años tenéis?

—Diez.

—Ah, es eso.

Bartleboom —desde hacía poco ex profesor Bartleboom— cogió las maletas y se dirigió a las escaleras.

—Bartleboom...

—¿Sí?

—No se le pregunta la edad a una señorita.

—Es verdad. Disculpádmeme.

—Primer piso. La última al fondo del pasillo.

En la habitación del fondo del pasillo (primer piso) había una cama, un armario, dos sillas, una estufa, un pequeño escritorio, una alfombra (azul), dos cuadros idénticos, un lavabo con espejo, un arcón y un niño: sentado en el alféizar de la ventana abierta, de espaldas a la habitación y con las piernas colgando en el vacío.

Bartleboom se hizo notar con un moderado golpe de tos, sin más, por hacer un ruido cualquiera.

Nada.

Entró en la habitación, dejó las maletas, se acercó a mirar los cuadros (iguales, increíble), se sentó en la cama, se quitó los zapatos con evidente alivio, se levantó, fue a mirarse al espejo, constató que seguía siendo él (nunca se sabe), dio una ojeada al armario, colgó la capa y después se acercó a la ventana.

—¿Formas parte del mobiliario o estás aquí por casualidad?

El niño no se movió ni un milímetro. Pero respondió.

—Mobiliario.

—Ah.

Bartleboom volvió hacia la cama, se deshizo el nudo de la corbata y se tumbó. Manchas de humedad, en el techo, como flores tropicales dibujadas en blanco y negro. Cenó los ojos y se quedó dormido. Soñó que lo llamaban para sustituir a la mujer bala en el Circo Bosendorf y él, al entrar en la pista, reconocía en primera fila a su tía Adelaide, mujer exquisita, pero de discutibles costumbres, que besaba primero a un pirata, después a una mujer igual a ella y por último a la estatua de madera de un

santo que al final no era tal estatua, ya que de repente echó a andar y empezó a caminar hacia él, Bartleboom gritando algo que no llegaba a oírse bien y que, sin embargo, despertó la indignación de todo el público, hasta el punto de obligarle a él, Bartleboom, a largarse a toda plisa, renunciando incluso a la sacrosanta contrapartida acordada con el director del circo, 128 dineros, para ser exactos. Se despertó, y el niño todavía estaba allí. Sin embargo, se había dado la vuelta y lo miraba. Es más, le estaba hablando.

—¿Habéis estado alguna vez en el Circo Bosendorf?

—¿Perdón?

—Os he preguntado si habéis estado alguna vez en el Circo Bosendorf.

Bartleboom se incorporó hasta quedar sentado sobre la cama.

—¿Qué es lo que sabes tú del Circo Bosendorf?

—Nada. Sólo que lo vi una vez, pasó por aquí el año pasado. Había animales y todo. Había también una mujer bala.

Bartleboom se preguntó si no convenía pedirle noticias de la tía Adelaide. Es verdad que hacía años que había muerto, pero aquel niño parecía saber más que el diablo. Al final prefirió limitarse a bajar de la cama y acercarse a la ventana.

—¿Te importa? Necesito que me dé el fresco.

El niño se desplazó un poco en el alféizar. Aire frío y viento del norte. Delante, hasta el infinito, el mar.

—¿Qué haces todo el rato subido aquí encima?

—Miro.

—No hay mucho que mirar.

—¿Bromeáis?

—Bueno, está el mar, de acuerdo, pero el mar es siempre el mismo, no cambia, mar hasta el horizonte, con un poco de suerte, pasa un barco, no es que sea el no va más.

El niño se dio la vuelta hacia el mar, se volvió hacia Bartleboom, se dio la vuelta de nuevo hacia el mar, se volvió de nuevo hacia Bartleboom.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis por aquí? —le preguntó.

—No lo sé. Unos días.

El niño bajó del alféizar, se dirigió a la puerta, se detuvo en el umbral, permaneció allí unos instantes estudiando a Bartleboom.

—Sois simpático. Ojalá cuando os marchéis seáis un poco menos imbécil.

Crecía en Bartleboom la curiosidad por saber quién había educado a aquellos niños. Un fenómeno, evidentemente.

De noche. Posada Almayer. Habitación del primer piso, al fondo del pasillo. Escritorio, lámpara de petróleo, silencio. Una bata gris con Bartleboom dentro. Dos zapatillas grises con sus pies dentro. Hoja blanca sobre el escritorio, pluma y tintero. Bartleboom escribe. Escribe.

*Mi adorada:*

*Ya he llegado al mar. Os ahorro las fatigas y miserias del viaje: lo que cuenta es que ahora estoy aquí. La posada es acogedora: sencilla pero acogedora. Está en la cima una pequeña colina, justo delante de la playa. Por la noche se levanta la marea y el agua llega casi hasta debajo mi ventana. Es como estar en un barco. Os gustaría.*

*Yo jamás he estado en un barco.*

*Mañana empezaré mis estudios. El sitio me parece ideal. No se me oculta la dificultad de la empresa, pero vos sabéis —vos únicamente en el mundo— lo decidido que estoy a llevar a cabo la obra que tuve la ambición de concebir y emprender en un feliz día de hace doce años. Me serviría de consuelo imaginaros con salud y con alegría de espíritu.*

*En efecto, nunca lo había pensado antes, pero la verdad es que jamás he estado en un barco.*

*En la soledad de este lugar apartado del mundo, me acompaña la certeza de que no queréis, en la lejanía, abandonar el recuerdo de quien os ama y siempre será vuestro*

*Ismael A. Ismael Bartleboom*

Deja la pluma, dobla la hoja, la mete en un sobre. Se levanta, coge de su baúl una caja de caoba, levanta la tapa, deja caer la carta en su interior, abierta y sin señas. En la caja hay centenares de sobres iguales. Abiertos y sin señas.

Bartleboom tiene treinta y ocho años. Él cree que en alguna parte, por el mundo, encontrará algún día a una mujer que, desde siempre, es su mujer. De vez en cuando lamenta que el destino se obstine en hacerle esperar con obstinación tan descortés, pero con el tiempo ha aprendido a pensar en el asunto con gran serenidad. Casi cada día, desde hace ya años, toma la pluma y le escribe. No tiene nombre y no tiene señas para poner en los sobres, pero tiene una vida que contar. Y ¿a quién sino a ella? Él cree que cuando se encuentren será hermoso depositar en su regazo una caja de caoba repleta de cartas y decirle

—Te esperaba.

Ella abrirá la caja y lentamente, cuando quiera, leerá las cartas una a una y retrocediendo por un kilométrico hilo de tinta azul recobrará los años —los días, los instantes— que ese hombre, incluso antes de conocerla, ya le había regalado. O tal vez, más sencillamente, volcará la caja y, atónita ante aquella divertida nevada de cartas, sonreirá diciéndole a ese hombre

—Tú estás loco.

Y lo amaré para siempre.

—Padre Pluche...

—Sí, Barón.

—Mi hija cumplirá mañana quince años.

—...

—Hace ya ocho años que la confié a vuestros cuidados.

—...

—No la habéis curado.

—No.

—Deberá tomar esposo.

—...

—Deberá salir de este castillo, y ver mundo.

—...

—Deberá tener niños y ...

—...

—En fin, que deberá empezar a vivir de una vez por todas.

—...

—...

—...

—Padre Pluche, mi hija tiene que curarse.

—Sí.

—Encontrad a alguien que sea capaz de curarla. Y traedlo aquí.

El más famoso doctor del País se llamaba Atterdel. Eran muchos los que le habían visto resucitar a los muertos, a gente que estaba con un pie en el otro barrio, en las últimas de verdad, y él los había repescado del infierno y devuelto a la vida, lo que a decir verdad era algo embarazoso, a veces hasta inoportuno, pero hay que comprender que ése era su trabajo, y que nadie sabía hacerlo como él, por lo que todos resucitaban a la salud de parientes y amigos todos, obligados a aplazar lágrimas y herencias para tiempos mejores, la próxima vez a lo mejor se lo piensan con más calma y llaman a un doctor normal, uno de esos que los remata y ya está, no como éste, que los vuelve a poner en pie, sólo porque es el más famoso del País. Y el más caro, encima.

Así que el padre Pluche pensó en el doctor Atterdel. No es que creyera demasiado en los médicos, eso no, pero para todo lo que tenía que ver con Elisewin se había obligado a pensar con la cabeza del barón, no con la suya. Y la cabeza del barón pensaba que donde fallaba Dios podía apañárselas la ciencia. Dios había fracasado. Ahora le tocaba a Atterdel.

Llegó al castillo en un carruaje negro y reluciente, lo que resultó algo luctuoso pero también muy escenográfico. Subió velozmente la escalinata y al llegar ante al

padre Pluche, casi sin mirarlo, preguntó

—¿Sois vos el Barón?

—Ojalá.

Eso era típico del padre Pluche. No era capaz de contenerse. No decía nunca lo que debía decir. Se le ocurría antes otra cosa. Un momento antes. Pero era más que suficiente.

—Entonces sois el padre Pluche.

—Eso es.

—Sois quien me ha escrito.

—Sí.

—Pues tenéis una extraña manera de escribir.

—¿En qué sentido?

—No hacia falta escribir todo en verso. Hubiera venido igual.

—¿Estáis seguro de ello?

Por ejemplo: aquí lo adecuado era decir

—Disculpadme, era un juego estúpido

y en efecto esta frase llegó perfectamente acabada a la cabeza del padre Pluche, perfectamente lineal y limpia, pero con un instante de retraso, lo que bastaba para que le saliera una estúpida ráfaga de palabras que en cuanto afloró a la superficie del silencio cristalizó en el indiscutible resplandor de una pregunta completamente fuera de lugar.

—¿Estáis seguro de ello?

Atterdel levantó la mirada hacia el padre Pluche. Era algo más que una mirada. Era una visita médica.

—Estoy seguro de ello.

Eso es lo que tienen de bueno los hombres de ciencia: que están seguros de todo.

—¿Dónde está esa muchacha?

«Sí... Elisewin... Es mi nombre. Elisewin.»

«Sí, doctor.»

«No, de verdad, no tengo miedo. Siempre hablo así. Es mi voz. El padre Pluche dice que...»

«Gracias, señor.»

«No sé. Las cosas más extrañas. Pero no es miedo, exactamente *miedo*..., es algo distinto..., el miedo viene de fuera, eso lo he comprendido, tú estás ahí y se te viene *encinta* el miedo, estás tú y está él..., es así..., está él y estoy yo también, y en cambio lo que me sucede a mí es que de repente *yo ya no estoy*, sólo queda él..., que sin embargo no es miedo..., yo no sé lo que es, ¿vos lo sabéis?»

«Sí, señor»

«Sí. señor»

«En cierto modo es como sentirse morir. O desaparecer. Eso es: *desaparecer*. Parece como si tus ojos se te desprendieran de la cara y las manos se convirtieran en las manos de otro, y entonces tú piensas ¿qué me está sucediendo?, y mientras tanto el corazón te late dentro una barbaridad, no te deja en paz... y por todas partes es como si algunos trozos de ti se te desprendieran, ya no los sientes..., en resumen, que estás a punto de desvanecerte, y entonces yo me digo tienes que pensar en algo, tienes que mantenerte aferrada a un pensamiento, si consigo hacerme pequeña en ese pensamiento después todo pasará, sólo hay que resistir, pero lo cierto es que..., eso es de verdad el horror..., lo cierto es *ya no hay pensamientos*, en ninguna parte en tu interior, ya no queda ni un pensamiento sino sólo *sensaciones*, ¿comprendéis?, *sensaciones*... y la más grande es una fiebre infernal, es un hedor insoportable, un sabor a muerte aquí en la garganta, una fiebre y una dentellada, algo que muerde, un demonio que te muerde y te hace pedazos, una...»

«Disculpad, señor.»

«Sí, hay veces en las que es mucho más... sencillo, es decir, me siento desaparecer, es cierto, pero dulcemente, poco a poco..., es la emoción, el padre Pluche dice que es la *emoción*, dice que no tengo nada que me defienda de la emoción y de esa forma es como si las cosas entraran directamente en mis ojos y en mis...»

«En mis ojos, sí.»

«No, no me acuerdo. Yo sé que estoy mal, pero... A veces hay cosas que no me asustan, quiero decir, no es siempre así, la otra noche hubo una tormenta terrible, rayo», viento... pero yo estaba tranquila, de verdad, no tenía ni miedo ni nada... Pero luego basta un color, por ejemplo, o la forma de un objeto, o... la cara de un hombre que pasa, eso es, las caras..., las caras pueden llegar a ser tremendas, ¿no es cierto?, hay algunas caras, de vez en cuando, tan *verdaderas*, me parece como si hieran a saltarme encima, son caras que *gritan*, ¿comprendéis lo que quiero decir?, te gritan encima, es horrible, no hay modo de defenderse, no hay... modo...»

«¿El amor?»

«El padre Pluche me lee libros de vez en cuando. No me hacen daño. Mi padre no quisiera, pero... en fin, que hay historias hasta... *emocionantes*, ¿comprendéis?, con gente que mata, que muere..., pero podría escuchar cualquier cosa si proviene de un libro, es extraño, soy capaz hasta de *llorar* y es algo muy dulce, no anda por el medio ese hedor a muerte, *lloro*, eso es todo, y el padre Pluche sigue leyendo, y es muy hermoso, pero todo esto mi padre no debe saberlo, él no lo sabe, y tal vez sea mejor que...»

«Claro que quiero a mi padre. ¿Por qué?»

«¿Las alfombras blancas?»

«No lo sé.»

«A mi padre un día lo vi dormir. Entré en su habitación y lo vi. A mi padre. Dormía

completamente encogido, como los niños, de lado, con las piernas encogidas, y los puños cerrados..., no lo olvidaré jamás..., mi padre, el barón de Carewall. Dormía como duermen los niños. ¿Lo comprendéis vos? Cómo es posible no tener miedo si hasta..., cómo hacer si incluso...»

«No lo sé. Aquí no viene nunca nadie...»

«De vez en cuando. Me doy cuenta, sí. Hablan en voz baja, cuando están conmigo, y parece como si se movieran aún más..., más *lentamente*, como si tuvieran miedo de romper algo. Pero no sé si...»

«No, no es difícil..., es *distinto*, no sé, es como estar...»

«El padre Pluche dice que yo en realidad tendría que haber sido una mariposa nocturna, pero luego hubo un error, y así llegué hasta aquí, pero no era exactamente aquí donde tenían que depositarme, de modo que ahora es todo un poco más difícil, es normal que todo me haga daño, he de tener mucha paciencia y esperar, es muy complicado, obviamente, transformar una mariposa en mujer...»

«De acuerdo, señor.»

«Pero es una especie de juego, no es una cosa exactamente *de verdad*, aunque tampoco exactamente *falsa*, si vos conocierais al padre Pluche...»

«Naturalmente, señor.»

«¿Una *enfermedad*?»

«Sí...»

«No, no tengo miedo. De eso no tengo miedo, de verdad.»

«Lo haré.»

«Sí.»

«Sí.»

«Entonces, adiós.»

«.....»

«Señor...»

«Señor, disculpad...»

«Señor, lo que quiero decir es que yo sé que estoy mal y que no soy capaz ni siquiera de salir de aquí de vez en cuando, y que incluso correr es para mí una cosa demasiado...»

«Lo que quiero decir es que yo la vida la deseo, haría cualquier cosa para poder tenerla, toda la que haya, tanta hasta enloquecer, no importa, puedo incluso enloquecer, pero esa vida no quiero perdérmela, yo la deseo, de verdad, aunque me hiciera un daño insoportable lo que deseo es vivir. Lo conseguiré, ¿verdad?»

«¿Verdad que lo conseguiré?»

Puesto que la ciencia es extraña, un animal extraño, que busca su madriguera en los sitios más absurdos, y trabaja siguiendo meticulosos planes que desde fuera sólo pueden ser considerados inescrutables e incluso, en ocasiones, *cómicos*, pues no

parecen más que un vacuo vagabundeo y, en cambio, son geométricas sendas de caza, trampas repartidas con sapiencial arte, estratégicas batallas frente a las cuales uno queda estupefacto, un poco como le sucedió al barón de Carewall cuando aquel doctor vestido de negro al final le habló, mirándolo a los ojos, con fría seguridad, pero también, se diría, con un velo de *ternura*, algo totalmente absurdo, conociendo a los hombres de ciencia y al doctor Atterdel en particular, pero no del todo incomprensible sólo con que fuéramos capaces de penetrar en La cabeza del propio doctor Atterdel y en especial en sus ojos, donde la imagen de aquel hombre enorme y fuerte —nada menos que el barón de Carewall en persona— se deslizaba continuamente hacia la imagen de un hombre acurrucado en su cama, durmiendo allí como un *niño*, el gran y poderoso barón y el pequeño niño, uno dentro del otro, hasta que no era posible distinguirlos, era para acabar conmovidos, incluso siendo auténticos hombres de ciencia, como lo era, indiscutiblemente, el doctor Atterdel en el instante en que con fría seguridad y sin embargo con un velo de ternura miró a los ojos al barón de Carewall y le dijo Yo puedo salvar a vuestra hija —él puede salvar a mi hija —pero no será sencillo y en cierto modo será también terriblemente arriesgado —¿arriesgado? —es un experimento, no sabemos todavía con certeza qué efectos puede tener, creemos que puede servir en casos como éste, lo hemos visto muchas veces, pero nadie puede decir con certeza que... —he aquí la geométrica trampa de la ciencia, las inescrutables sendas de la caza, la partida que aquel hombre vestido de negro jugará contra la enfermedad escurridiza e inasible de una muchacha demasiado frágil para vivir y demasiado viva para morir, enfermedad fantástica a la que no falta sin embargo un enemigo, y es desmesurado, una medicina arriesgada pero fulgurante, completamente absurda, pensándolo bien, tanto que hasta el hombre de ciencia baja la voz en el preciso instante en que ante los ojos inmóviles del barón pronuncia el nombre, nada más que una palabra, *pero* es lo que salvará a su hija, o la matará, pero con mayor probabilidad la salvará, una palabra sola, infinita, sin embargo, a su manera, hasta mágica, intolerablemente simple.

—¿El *mar*?

Permanecen inmóviles los ojos del barón de Carewall. Hasta donde acaban sus tierras no hay en aquel instante estupor más cristalino que el que se balancea en equilibrio sobre su corazón.

—¿Vos salvaréis a mi hija con el *mar*?

Solo, en medio de la playa, Bartleboom miraba. Descalzo, con los pantalones remangados para no mojarlos, un enorme cuaderno bajo el brazo y un gorro de lana en la cabeza. Ligeramente inclinado hacia adelante, miraba: por el suelo. Estudiaba el punto exacto en el que la ola, después de haber roto una decena de metros más atrás, se extendía —convertida en lago, y espejo y mancha de aceite— subiendo por la delicada pendiente de la playa y al final se detenía —el borde extremo pespunteado por un delicado *perlage*— para vacilar un momento y al fin, derrotada, intentar una elegante retirada dejándose caer hacia atrás, por el camino de un regreso aparentemente fácil, pero en realidad presa destinada a la esponjosa avidez de aquella arena que, hasta entonces indolente, despertaba de improviso y la breve carrera del agua que rompía se evaporaba en la nada.

Bartleboom miraba.

En el círculo imperfecto de su universo óptico, la perfección de aquel movimiento oscilatorio formulaba promesas que la irrepetible unicidad de cada ola en sí condenaba a no ser mantenidas. No había manera de detener aquella continua alternancia de creación y destrucción. Sus ojos buscaban la verdad descriptible y reglamentada de una imagen segura y completa; y acababan, por el contrario, corriendo detrás de la móvil indeterminación de aquel ir y venir que a cualquier mirada científica adormecía y burlaba.

Resultaba molesto. Era necesario hacer algo. Bartleboom detuvo los ojos. Los fijó delante de los pies, encuadrando un trozo de playa mudo e inmóvil. Y decidió esperar. Tenía que dejar de correr detrás de aquel columpio agotador. Si Mahoma no va a la montaña, etcétera, etcétera, pensó. Antes o después entraría —en el marco de aquella mirada que él suponía memorable en su científica frialdad— el perfil exacto, pespunteado de espuma, de la ola que esperaba. Y allí se quedaría fijada, como una huella, en su mente. Y él la *entendería*. Ése era el plan. Con total abnegación, Bartleboom se sumergió en una inmovilidad sin sentimientos, transformándose, por así decirlo, en neutral e infalible instrumento óptico. Casi no respiraba. Sobre el círculo fijo recortado por su mirada cayó un silencio irreal, de laboratorio. Era como una trampa, imperturbable y paciente. Esperaba a su presa. Y la presa lentamente llegó. Dos zapatos de mujer. De suela gruesa, pero de mujer.

—Vos debéis de ser Bartleboom.

Bartleboom, la verdad, esperaba una ola. O algo parecido. Levantó los ojos y vio a una mujer, encerrada en un elegante chal violeta.

—Bartleboom, sí..., profesor Ismael Bartleboom.

—¿Habéis perdido algo?

Bartleboom se dio cuenta de que había permanecido inclinado hacia adelante, todavía rígido en el científico perfil del instrumento óptico en el que se había transmutado. Se

enderezó con toda la naturalidad de la que fue capaz. Poquísima.

—No. Estoy trabajando.

—¿Trabajando?

Sí, estoy haciendo..., estoy haciendo unas investigaciones, ¿sabéis?, unas investigaciones...

—Ah.

—Investigaciones científicas, quiero decir...

—Científicas.

—Sí.

Silencio. La mujer se ciñe el chal violeta

—¿Conchas, líquenes, cosas así?

—No, olas.

Eso dijo: *olas*.

—O sea..., fijaos ahí, donde llega el agua..., sube por la playa, luego se detiene..., eso es, precisamente ese punto, donde se detiene..., dura apenas un instante, mirad, eso es, por ejemplo, allí..., como veis, apenas dura un instante, después desaparece, pero si se consiguiera detener ese instante..., cuando el agua se detiene, precisamente ese punto, esa curva..., es eso lo que estudio. Donde se detiene el agua.

—¿Y qué es lo que hay que estudiar?

—Bueno, es un punto importante..., a veces no se le presta atención, pero pensándolo bien ahí sucede algo extraordinario, algo... extraordinario.

—¿De verdad?

Bartleboom se acercó ligeramente a la mujer. Se hubiera dicho que tenía un secreto que decir cuando dijo

—Ahí acaba el mar.

El mar inmenso, el océano mar, que corre infinita más allá de toda mirada, el desmesurado mar omnipotente —hay un sitio donde acaba, y un instante—, el inmenso mar, un lugar pequeñísimo y un instante de nada. Eso es lo que quería decir Bartleboom.

La mujer dejó que su mirada recorriera el agua que se deslizaba indiferente, adelante y atrás, por la arena. Cuando levantó los ojos hacia Bartleboom eran ojos que sonreían.

—Me llamo Ann Deveria.

—Encantado.

—Yo también estoy en la posada Almayer.

—Ésa es una espléndida noticia.

Soplaba, como siempre, viento del norte. Los dos zapatos de mujer cruzaron lo que había sido el laboratorio de Bartleboom y se alejaron algunos pasos. Después se detuvieron. La mujer se dio la vuelta.

—Tomaréis un té conmigo, ¿verdad?, esta tarde.

Ciertas cosas Bartleboom las había visto sólo en el teatro. Y en el teatro siempre respondían:

—Será un placer.

—¿Una enciclopedia de los límites?

—Sí..., el título completo es *Enciclopedia de los límites verificables en la naturaleza con un apéndice dedicado a los límites de las facultades humanas*.

—Y vos la estáis escribiendo...

—Sí.

—Vos solo.

—Sí.

—¿Leche?

Bartleboom tomaba siempre el té con limón.

—Sí, gracias..., leche.

Una nube.

Azúcar

Cucharilla.

Cucharilla que da vueltas en la taza.

Cucharilla que se detiene.

Cucharilla en el platito.

Ann Deverià, sentada enfrente, escuchando.

—La naturaleza posee una perfección propia sorprendente, que es el resultado de una suma de límites. La naturaleza es perfecta porque no es infinita. Si uno comprende los límites, comprende cómo funciona el mecanismo. Todo consiste en comprender los límites. Cojamos los ríos, por ejemplo. Un río puede ser muy largo, larguísimo, pero no puede ser infinito. Para que el sistema funcione, debe acabar. Y yo estudio lo largo que puede llegar a ser antes de acabar. 864 kilómetros. Es una de las voces que ya he escrito: *Ríos*. Me ha llevado una buena cantidad de tiempo, como comprenderéis.

Ann Deverià lo comprendía.

—Otro ejemplo, la hoja de un árbol, si la miráis con atención, es un universo complicadísimo, pero finito. La hoja más grande se puede encontrar en China: un metro y 22 centímetros de ancho, el doble más o menos de largo. Enorme, pero no infinita. Y hay una lógica precisa en ello: una hoja más grande sólo podría crecer en un árbol inmenso, y en cambio el árbol más alto, que crece en América, no supera los 86 metros, una altura considerable, sin duda, pero del todo insuficiente para sostener un número, aunque sea limitado, porque naturalmente tendría que ser limitado, de hojas más grandes que las que se encuentran en China. ¿Veis la lógica?

Ann Deverià la veía.

—Son estudios fatigosos, y también difíciles, no puede negarse, pero es importante comprender. Describir. La última voz que he escrito ha sido *Crepúsculos*. ¿Sabéis?, es genial eso de que los días *acaben*. Es un sistema genial. Los días y después las noches. Y de nuevo los días. Parece banal, pero detrás hay talento. Y ahí donde la naturaleza decide colocar sus propios límites, estalla el espectáculo. Los crepúsculos. Los he estudiado durante semanas. No es fácil *comprender* un crepúsculo. Posee sus tiempos, sus medidas, sus colores. Y puesto que no hay un crepúsculo, ni uno, insisto, que sea idéntico a otro, el científico debe saber discernir entonces los detalles y aislar la esencia hasta poder decir *esto* es un crepúsculo, *el* crepúsculo. ¿Os aburro?

Ann Deverià no se aburría. Es decir: no más de lo habitual.

—De este modo he llegado al mar. El mar. Él también acaba, como todo lo demás, pero veréis, aquí también ocurre en parte como con los crepúsculos, lo difícil es aislar la idea, o sea, resumir kilómetros y kilómetros de acantilados, orillas, playas, en una única imagen, en un concepto que sea *el final del mar*, algo que se pueda escribir en pocas líneas, que pueda estar en una enciclopedia, para que después la gente, al leerla, pueda comprender que el mar acaba, y cómo, independientemente de todo lo que pueda suceder a su alrededor, independientemente de...

—Bartleboom...

—¿Sí?

—Preguntadme por qué estoy aquí. Yo.

Silencio. Desazón.

—No os lo he preguntado, ¿verdad?

—Preguntádmelo ahora.

—¿Por qué estáis aquí, madame Deverià?

—Para curarme.

Nueva desazón, nuevo silencio. Bartleboom coge la taza, se la lleva a los labios. Vacía. Como si no hubiera dicho nada. Vuelve a dejarla.

—Curaros ¿de qué?

—Es una enfermedad extraña. Adulterio.

—¿Perdón?

—Adulterio, Bartleboom. Engañé a mi marido. Y mi marido cree que el clima del mar aplacará las pasiones, y la vista del mar estimulará el sentido ético, y la soledad del mar me inducirá a olvidar a mi amante.

—¿De verdad?

—De verdad ¿qué?

—¿De verdad habéis engañado a vuestro marido?

—Sí.

Suspendida sobre la última comisa del mundo, a un paso del fin del mar, la posada Almayer dejaba que la oscuridad, una noche más, enmudeciera poco a poco los

colores de sus muros, y de la tierra toda y del océano entero. Parecía —allí, tan solitaria— como olvidada. Casi como si una procesión de posadas, de todo tipo, hubiera pasado un día por allí, bordeando el mar, y de entre todas se hubiera separado una, por cansancio, y, dejando que pasaran a su lado las compañeras de viaje, hubiera decidido pararse sobre aquel barrunto de colina, rindiéndose a su propia debilidad, reclinando la cabeza y esperando el final. Así era la posada Almayer. Tenía esa belleza de la que sólo los vencidos son capaces. Y la limpidez de las cosas débiles. Y la soledad, perfecta, de lo que se ha perdido. Plasson, el pintor, hacía poco que había vuelto, empapado, con sus telas y sus colores, sentado en la proa de la barquilla impulsada, a golpe de remos, por un chiquillo pelirrojo.

—Gracias, Dol. Hasta mañana.

—Buenas noches, señor Plasson.

Cómo era posible que Plasson no hubiera muerto todavía de una pulmonía, resultaba un misterio. No se puede estar horas y horas expuesto al viento del norte, con los pies en remojo y la marea subiéndole por los pantalones, sin, antes o después, morir.

—Antes tiene que acabar su cuadro —había sentenciado Dira.

—No lo acabará nunca —decía madame Deverjà.

—Entonces no morirá nunca.

En la habitación número 3, en el primer piso, una lámpara de petróleo iluminaba con dulzura —haciendo que el secreto rezumara alrededor, en la noche— la bella devoción del profesor Ismael Bartleboom.

*Mi adorada:*

*Dios sabe cuánto echo en falta, en esta hora melancólica, el consuelo de vuestra presencia y el alivio de vuestras sonrisas. El trabajo me cansa y el mar se rebela a mis obstinados intentos por comprenderlo. No me había imaginado lo difícil que podía ser estar delante de él. Y vago, dando vueltas con mis instrumentos y mis cuadernos, sin hallar el principio de lo que busco, la entrada a una respuesta cualquiera. ¿Dónde empieza el final del mar? O más aún: ¿a qué nos referimos cuando decimos mar? ¿Nos referimos al inmenso monstruo capaz de devorar cualquier cosa o esa ola que espuma en tomo a nuestros pies? ¿Al agua que te cabe en el cuenco de la mano o al abismo que nadie puede ver? ¿Lo decimos todo con una sola palabra o con una sola palabra lo ocultamos todo? Estoy aquí, a un paso del mar, y ni siquiera soy capaz de comprender dónde está él El mar. El mar.*

*Hoy he conocido a una mujer bellísima. Pero no debéis estar celosa. Yo vivo sólo para vos.*

*Ismael A. Ismael Bartleboom*

Bartleboom escribía con serena facilidad, sin detenerse nunca y con una lentitud que nada habría podido turbar. Le gustaba pensar que, de esa misma manera, ella habría de acariciarlo algún día.

En la penumbra, con sus largos dedos delgados que habían hecho enloquecer a más de un hombre, Ann Deverià acariciaba las cuentas de su collar —rosario del deseo— en el gesto inconsciente con el que acostumbraba entretener su propia tristeza. Miraba cómo agonizaba la llamita de la lámpara, escrutando de vez en cuando, en el espejo, su propio rostro redibujado por el jadeo de aquellos pequeños resplandores desesperados. Se apoyó en aquellas últimas ráfagas de luz para acercarse a la cama donde, bajo las sábanas, una niña dormía ignorante de cualquier otro lugar, y bellísima. Ann Deverià la miró —pero con una mirada para la que *mirar* es ya una palabra demasiado fuerte —mirada maravillosa que en ver sin preguntarse nada, ver y basta —algo así como dos cosas que se tocan —los ojos y la imagen —una mirada que no *toma* sino que *recibe*, en el silencio más absoluto de la mente, la *única* mirada que de verdad podría salvarnos —virgen de cualquier pregunta, aún no desfigurada por el vicio del *saber* —única inocencia que podría prevenir las heridas de las cosas cuando desde fuera penetran en el círculo de nuestro sentir —ver —sentir —porque no sería más que un maravilloso *estar delante*, nosotros y las cosas, y en los ojos *recibir* el mundo entero —recibir —sin preguntas, incluso sin asombro —recibir —sólo —recibir —en los ojos— el mundo. Así, solamente, saben ver los ojos de las vírgenes, bajo las arquerías de las iglesias, al ángel descendido de los cielos de oro, en la hora de la Anunciación.

Oscuridad. Ann Deverià se abraza al cuerpo sin ropa de la niña, en el secreto de su cama, redonda con sábanas ligeras como nubes. Sus dedos se deslizan sobre esa piel increíble, y los labios buscan en los pliegues más ocultos el tibio sabor del sueño. Ann Deverià se mueve lentamente. Una danza ralentizada que poco a poco disuelve algo en la cabeza y entre las piernas y por todas partes. No hay baile más preciso que ése para dar vueltas con el sueño, sobre el parqué de la noche.

La última luz, en la última ventana, se apaga. Sólo la imparable máquina del mar continúa extirpando el silencio con el cíclico estallido de olas nocturnas, lejanos recordatorios de tempestades sonámbulas y naufragios de sueño. Noche sobre la posada Almayer.

Inmóvil noche.

Bartleboom se despertó cansado y de mal humor. Durante horas, en sueños, había negociado la adquisición de la catedral de Chartres con un cardenal italiano, obteniendo al final un monasterio en las cercanías de Asís al precio, excesivo, de dieciséis mil coronas más una noche con Dorothea, su prima, y un cuarto de la posada Almayer. Las negociaciones, encima, se habían celebrado a bordo de un bajel peligrosamente expuesto a las corrientes, y al mando de un caballero que decía ser el

marido de madame Deverìà y, riendo —*riendo*—, admitía no entender absolutamente nada del mar. Se despertó totalmente exhausto. No se sorprendió de ver, a horcajadas sobre el alféizar, al niño de siempre que, inmóvil, miraba el mar. Pero quedó desconcertado al oírle decir, sin siquiera darse la vuelta:

—Yo, a ése, le hubiera tirado el monasterio a la cara.

Bartleboom bajó de la cama y, sin decir una sola palabra, cogió al niño de un brazo, bajándolo del alféizar y arrastrándolo después fuera de la puerta y, por último, escaleras abajo, gritando

—¡Señorita Dira!

mientras rodaba por los escalones y llegaba por fin al piso de abajo donde

—¡SEÑORITA DIRA!

al final encontró lo que buscaba, es decir, la recepción —si se la puede llamar así— y en resumidas cuentas llegó, teniendo bien sujeto al niño, ante la presencia de la señorita Dira —diez años, ni uno más—, donde se detuvo, por fin, con fiero ademán, sólo parcialmente atenuado por la humana debilidad de un camisón amarillo, y algo más seriamente boicoteado por la combinación del mismo con un gorro de dormir de lana, de punto ancho.

Dira levantó los ojos de sus cuentas. Los dos —Bartleboom y el niño— permanecían en posición de firmes frente a ella. Hablaron uno después del otro, como si lo hubieran ensayado.

—Este niño lee en los sueños.

—Este hombre habla en sueños.

Dira volvió a concentrarse en sus cuentas. Ni siquiera levantó la voz.

—Largaos.

Se largaron.

Porque el barón de Carewall jamás había visto el mar. Sus tierras eran de tierra: y de piedras, colinas, pantanos, campos, despeñaderos, montañas, bosques, descampados. Tierra. Mar no había.

El mar era para él una idea. O, con mayor propiedad, un recorrido de la imaginación. Era algo que nacía en el Mar Rojo —partido en dos por manos divinas—, se multiplicaba en el pensamiento del diluvio universal, allí se perdía para reaparecer después en el perfil abombado de un arca e inmediatamente se unía con la idea de las ballenas —jamás vistas pero a menudo imaginadas—, y de allí volvía a fluir, de nuevo con bastante claridad, en las pocas historias que habían llegado hasta él de peces monstruosos y dragones y ciudades submarinas, en una acumulación de esplendor fantástico que bruscamente se contraía en los rasgos ásperos del rostro de un antepasado suyo —enmarcado y perenne en la galería adecuada— que, según se decía, había sido aventurero junto a Vasco de Gama: en sus ojos sutilmente malvados, la idea del mar se adentraba por un camino siniestro, rebotaba sobre algunas inciertas crónicas de hiperbólicos corsarios, se enredaba en una cita de San Agustín que concebía el océano como la casa del demonio, volvía tras un nombre —Thessala— que tal vez fuera un barco naufragado, tal vez un ama de cría que contaba historias de navíos y de guerras, rozaba el olor de ciertas telas llegadas hasta allí desde países lejanos, y por último volvía a salir a la luz en los ojos de una mujer de ultramar, a la que habla conocido muchos años antes y a la que nunca jamás había vuelto a ver, para acabar deteniéndose, al término de semejante periplo de la mente, en el perfume de un fruto que, según le habían dicho, crecía solamente a orilla» del mar, en los países del sur; y al comerlo uno percibía el sabor del sol. Puesto que el barón de Carewall jamás lo había visto, el mar viajaba, en su mente, como un polizón a bordo de un velero detenido en un puerto con las velas arriadas, inofensivo y superfluo.

Habría podido reposar allí para siempre, Pero vinieron a sacarlo del nido, en un instante, las palabras de un hombre vestido de negro cuyo nombre era Atterdel, el veredicto de un implacable hombre de ciencia llamado a obrar un milagro.

—Yo salvaré a vuestra hija. Y lo haré con el *mar*.

*Dentro del mar.* Era para no creerlo, el apestado y pútrido mar, receptáculo de los horrores, y antropófago monstruo abisal —antiguo y pagano—, desde siempre temido y ahora, de repente

te invitan como a un paseo, te ordenan, porque es una cura,  
te empujan con implacable cortesía

dentro del mar. Es la cura de  
moda hoy en día. Un mar preferiblemente frío y fuertemente salino y agitado, ya que

la ola forma parte integrante de la cura, por lo que de temible lleva consigo, técnicamente para superar y moralmente para dominar, en un desafío temible, pensándolo bien, temible. Todo con la certeza —digamos que con la convicción— de que el gran regazo marino puede quebrar el envoltorio de la enfermedad, reactivar los canales de la vida, multiplicar la redentora secreción de las glándulas centrales y periféricas.

linimento ideal para hidrófobos, melancólicos, impotentes, anémicos, solitarios, malvados, envidiosos

y locos. Como el loco que llevaron a Brixton, bajo la mirada impermeable de doctores y científicos, y que fue sumergido a la fuerza en el agua helada, sacudida por las olas, y después sacado de allí y, una vez medidas las reacciones y contrarreacciones, vuelto a sumergir, a la fuerza, que quede claro,

ocho grados centígrados, la cabeza bajo el agua, él que emerge como un aullido y la fuerza de animal con la que se libera de enfermeros y auxiliares varios, todos expertos nadadores, lo cual no sirve de nada contra el ciego furor del animal que escapa —escapa— corriendo por el agua, desnudo y gritando el furor de ese castigo mortífero, la vergüenza, el terror. Toda la playa helada por la turbación, mientras ese animal corre y corre, y las mujeres, a lo lejos, apartan la mirada, aunque naturalmente querrían mirar, pues claro que querrían mirar, la bestia y su carrera, y, digámoslo, su desnudez, precisamente eso, la inconexa desnudez que va a tientas por el mar, hermosa incluso bajo aquella luz gris, de una belleza que perfora años de santa educación y colegios y rubores y va derecha por donde debe ir, recorriendo los nervios de tímidas mujeres que en el secreto de faldas enormes y cándidas

las mujeres. El mar parecía, de repente, haber estado esperándolas desde siempre. De creer a los médicos, permanecía allí, desde hacía milenios, perfeccionándose pacientemente, con el único y preciso fin de ofrecerse como unguento milagroso que ofrecer a sus padecimientos, del alma y del cuerpo. Así como iban repitiendo en salones impecables a maridos y padres impecables, los impecables doctores, saboreando té y midiendo las palabras para explicar, con paradójica cortesía, que el asco del mar, y el shock, y el terror, eran, en verdad, seráfica cura para esterilidades, anorexias, desfallecimientos nerviosos, menopausias, sobreexcitaciones, desasosiegos, insomnios. Ideal experiencia para sanar las turbaciones de la juventud y preparar para las fatigas de los deberes femeniles. Solemne bautismo inaugural de jovencitas transformadas en mujeres. De modo que procurando olvidar por unos instantes al loco en el mar de Brixton

(el loco siguió corriendo, pero hacia el horizonte, hasta que dejó de vérselo, hallazgo científico que huyó de las estadísticas de la academia

médica y se entregó espontáneamente al vientre del océano mar)

procurando olvidarlo

(digerido por el gran intestino acuático y jamás devuelto a la playa, jamás vomitado al mundo, como habría podido esperarse, reducido a odre informe y lívido)

se podría pensar en una mujer — en una mujer— respetada, amada, madre, mujer. Por una razón cualquiera —*enfermedad*— llevada a un mar que en caso contrario nunca habría visto y que ahora es la clave de su curación, clave inmensa, en verdad, que ella mira y no comprende. Lleva el pelo suelto y está descalza, y esto no es que carezca de importancia, es absurdo, junto con esa pequeña túnica blanca y los pantalones que dejan al descubierto los tobillos, se le podrían adivinar las caderas sutiles, es absurdo, solamente su habitación de mujer la ha visto así, y sin embargo así está en una playa enorme, donde no se estanca el aire pegajoso de un tálamo nupcial sino que sopla el viento del mar trayendo el edicto de una salvaje libertad reprimida, olvidada, oprimida, envilecida por toda una vida de madre esposa amada mujer. Y está claro: no puede no sentirlo. Ese vacío alrededor, sin paredes ni puertas cerradas, y solo, delante, un interminable espejo excitante de agua, solo con eso habría para una fiesta de los sentidos, una orgía de nervios, y aún debe suceder todo, la dentellada del agua gélida, el miedo, el abrazo líquido del mar, la sacudida sobre la piel, el corazón en la garganta...

La acompañan hacia el agua. Por el rostro le baja, sublime ocultación, una máscara de seda.

Por lo demás, el cadáver del loco de Brixton no acudió nadie a reclamarlo. Eso hay que decirlo. Los médicos estaban experimentando, eso hay que entenderlo. Paseaban parejas increíbles, el enfermo y su médico, enfermos diáfanos, elegantísimos, devorados por el morbo de una lentitud divina, y médicos como ratones en una bodega, buscando indicios, pruebas, números y cifras: espionando los movimientos de la enfermedad en su descarriada fuga de la emboscada de una cura paradójica. Se *bebían* el agua del mar, se había llegado a eso, el agua que hasta ayer era horror y repugnancia, y privilegio de una humanidad desvalida y bárbara, de la piel quemada por el sol, envilecedora inmundicia. Se la *tomaban a sorbos* ahora, esos mismos divinos *invalides* que caminaban por la ribera arrastrando imperceptiblemente una pierna, en la simulación extraordinaria de una cojera noble que los sustrajera al ordinario dictado de poner un pie delante del otro. Todo era cura, Había quien encontraba mujer, otros escribían poesías, era el mundo de siempre —repugnante, pensándolo bien— que de repente se había transferido, con *una finalidad exclusivamente médica*, al borde de un abismo aborrecido durante

siglos y elegido ahora, por elección y por ciencia, como *promenade* del dolor.

*Baño de olas*, lo llamaban los médicos. Había incluso un artefacto, en serio, una especie de litera patentada para entrar en el mar, servía para las señoras, obviamente, señoras y señoritas, *para resguardarlas de miradas indiscretas*. Ellas subían a la litera, cerrada por todos lados con cortinas de colores desvaídos —colores que no gritaran, por así decirlo— y después las adentraban en el mar unos metros, y allí, con la litera a ras del agua, ellas bajaban y tomaban los baños, como una medicina, casi invisibles tras sus cortinas, cortinas al viento, literas como tabernáculos flotantes, cortinas como paramentos de una ceremonia inexplicablemente extraviada en el agua, todo un espectáculo, si se contemplaba desde la playa. El baño de olas.

Sólo la ciencia *puede* ciertas cosas, esa es la verdad. Barrer siglos de asco —el terrible mar, regazo de corrupción y de muerte— e inventar aquel idilio que poco a poco se iba difundiendo por todas las playas del

mundo. Curaciones como

amores. Y además esto: un día, en la playa de Depper, las olas trajeron a la orilla una pequeña barca, un residuo, apenas un pecio, Y allí estaban ellos, los seducidos por la enfermedad, esparcidos por la kilométrica orilla, consumando cada uno su cópula marina, bordados elegantes sobre la arena hasta donde alcanza la vista, cada uno en su burbuja de emoción, lascivia y miedo. A la salud de la ciencia que allí los había convocado, todos bajaron de su cielo a paso lento hacia aquel pecio que se resistía a encallar en la arena, como un mensajero temeroso de llegar. Se acercaron. Lo arrastraron hasta la orilla, Y vieron. Recostado sobre el fondo de la barca, con la mirada dirigida hacia lo alto y un brazo extendido hacia adelante, ofreciendo algo que ya no estaba. Lo vieron:

*un santo*. De madera era la estatua. Pintada. El manto descendía hasta los pies, una herida cortaba la garganta, pero el rostro, aquel rostro, nada sabía de todo ello y reposaba, apacible, sobre una divina serenidad. Nada más en la barca: sólo el santo. Sólo. Y todos, instintivamente, levantaron los ojos, por un instante, para buscar sobre la superficie del océano el perfil de una iglesia, comprensible idea pero también irrazonable idea, no había iglesias, no había cruces, no había senderos, el mar no tiene caminos, el mar no tiene explicaciones.

Las miradas de decenas de *invalides*, y mujeres consumidas, bellísimas, lejanas, médicos como ratones, ayudantes y lacayos, viejos mirones, curiosos, pescadores, muchachas —y *un santo*. Extraviados, todos ellos y él. En vilo.

En la playa de Depper, un día.

Nadie lo entendió jamás.

Jamás.

—La llevaréis a Daschenbach, es una playa ideal para los baños de olas. Tres días. Una inmersión por la mañana y una por la tarde. Preguntad por el doctor Teverner, os proporcionará todo lo necesario. Ésta es una carta de presentación para él. Tomad.

El barón cogió la carta y ni siquiera la miró.

—Morirá —dijo.

—Es posible. Pero muy improbable.

Sólo los grandes doctores saben ser tan cínicamente exactos. Atterdel era *el* más grande.

—Vamos a ver, Barón: vos podéis tener a esa muchacha aquí dentro durante años, paseando sobre alfombras blancas y durmiendo entre hombres que vuelan. Hasta que un día una emoción que no consigáis prever se la lleve consigo. Amén. O bien aceptáis el riesgo, seguís mis prescripciones y confiáis en Dios. El mar os restituirá a vuestra hija. Muerta, tal vez. *Pero si está viva, estará viva de verdad.*

Cínicamente exacto.

El barón permanecía inmóvil, con la carta en la *mano*, a medio camino entre él y el médico de negro

—Vos no tenéis hijos.

—Eso es un hecho que carece de importancia.

—Sea como sea, no los tenéis.

Miró la carta y lentamente la dejó sobre la mesa.

—Elisewin se quedará aquí.

Un instante de silencio, pero sólo un instante.

—Ni lo soñéis.

Ése era el padre Pluche. En realidad la frase que había partido de su cerebro era más compleja y se acercaba más bien a algo como: «Quizás lo más conveniente sería aplazar cualquier decisión hasta haber reflexionado serenamente sobre lo que...»: algo así. Pero «Ni lo soñéis» era claramente una proposición más ágil y veloz, y no le costó excesivo esfuerzo deslizarse entre la trama de la otra y aflorar a la superficie del silencio como una boa imprevista e imprevisible.

—Ni lo soñéis.

Era la primera vez en dieciséis años que el padre Pluche osaba contradecir al barón en una cuestión relativa a la vida de Elisewin. Sintió una extraña ebriedad: como si se acabara de tirar por una ventana. Era un hombre de un cierto espíritu práctico: ya que estaba allí, en el aire, decidió intentar volar.

—Elisewin irá hasta el mar. Yo la llevaré, Y si es necesario, nos quedaremos allí meses, años, hasta que encuentre fuerzas para afrontar el agua y todo lo demás. Y al final volverá, viva. Cualquier otra decisión sería una idiotez, o peor, una cobardía. Y

si Elisewin tiene miedo, no debemos tenerlo nosotros, y no lo tendré yo. A ella no le importa en absoluto morir. Es vivir lo que quiere. Y lo que quiere, lo tendrá.

Era increíble como hablaba el padre Pluche. Parecía imposible que fuera él.

—Vos, doctor Atterdel, no entendéis nada de hombres ni de padres e hijos, nada. Y por eso mismo os creo. La verdad es siempre inhumana. Como vos. Sé que no os equivocáis. Siento pena por vos, pero vuestras palabras las admiro. Y yo, que no he visto nunca el mar, hasta el mar me iré, porque me lo han dicho vuestras palabras. Es la cosa más absurda, ridícula e insensata que podía sucederme. Pero no hay hombre, en todas las tierras de Carewall, que pueda impedirme hacerla. Nadie.

Recogió la carta de la mesa y se la metió en el bolsillo. Sentía que el corazón le latía dentro como loco, que las manos le temblaban y un extraño zumbido en los oídos. No hay de qué extrañarse, pensó: no todos los días consigue uno volar.

Podía suceder cualquier cosa en aquel instante. La verdad es que hay momentos en los que la omnipresente y lógica red de las secuencias causales se rinde, cogida por sorpresa por la vida, y baja al patio de butacas, mezclándose con el público, para dejar que en el escenario, bajo las luces de una libertad vertiginosa y repentina, una mano invisible pesque en el infinito regazo de lo posible y, entre millones de cosas, sólo permita que ocurra una. En el triángulo silencioso de aquellos tres hombres, pasaron todos los millones de cosas que hubieran podido estallar, en procesión pero como un relámpago, hasta que, tras aclararse el resplandor y la polvareda, una sola, diminuta, apareció, en el círculo de aquel tiempo y de aquel espacio, esforzándose con cierto pudor por suceder. Y sucedió. Que el barón —el barón de Carewall— empezó a llorar, sin esconder siquiera el rostro entre las manos, sino dejándose caer simplemente contra el respaldo de su suntuoso asiento, como vencido por el cansancio, pero también como liberado de un peso enorme. Como un hombre acabado, pero también como un hombre salvado.

El barón de Carewall lloraba.

Sus lágrimas.

El padre Pluche, inmóvil.

El doctor Atterdel, sin palabras.

Y nada más.

Todas estas cosas nadie las supo nunca en Las tierras de Carewall. Pero todos sin excepción siguen aún contando lo que sucedió *después*. La dulzura de lo que sucedió después.

—Elisewin...

—Una cura milagrosa...

—El mar...

—Es una locura...

—Se curará, ya verás.

—Morirá.

—El mar...

El mar —vio el barón en los dibujos de los geógrafos— estaba lejos. Pero sobre todo —vio en sus sueños— era terrible, exageradamente hermoso, terriblemente fuerte —inhumano y enemigo —maravilloso. Y además tenía colores distintos, olores jamás sentidos, sonidos desconocidos —era el otro mundo. Miraba a Elisewin y no conseguía imaginar cómo podría acercarse a todo aquello sin desaparecer, en la nada, disuelta en el aire por la turbación, y por la sorpresa. Pensaba en el instante en que habría de volverse, de repente, para recibir en los ojos el mar. Pensó en ello durante semanas. Y después lo comprendió. No había sido difícil, en el fondo. Era increíble no haber pensado en ello antes.

—¿Cómo llegaremos al mar? —le preguntó el padre Pluche.

—Será él quien venga a recogeros.

Así partieron, una mañana de abril, atravesaron campos y colinas y al atardecer del quinto día llegaron hasta las orillas de un río. No había ni un pueblo, no había casas, nada. Pero sobre el agua se balanceaba, silencioso, un pequeño navío. Se llamaba *Adel*. Navegaba, por lo general, en las aguas del océano, llevando riquezas y miserias, de ida y de vuelta, entre el continente y las islas, A proa llevaba un mascarón con cabellos que le resbalaban hasta los pies. Las velas tenían en su interior todos los vientos del mundo lejano. La quilla había escrutado, durante años, el vientre del mar. En cada rincón, olores desconocidos relataban historias que las caras de los marineros llevaban transcritas sobre la piel. Tenía dos mástiles. El barón de Carewall quiso que remontase, desde el mar, el curso del río hasta allí.

—Es una locura —le había escrito el capitán.

—Os cubriré de oro —había contestado el barón.

Y ahora, como un fantasma escapado de cualquier ruta razonable, el navío de dos mástiles llamado *Adel* estaba allí. Sobre el pequeño muelle, en el que por lo general amarraban pequeñas embarcaciones, el barón se abrazó a su hija y le dijo

—Adiós.

Elisewin permaneció callada. Se cubrió el rostro con un velo de seda, deslizó en las manos del padre un papel, doblado y sellado, se dio la vuelta y fue al encuentro de los hombres que habían de llevarla al navío. Era ya casi de noche. De haberlo querido, habría podido parecer un sueño.

Así fue como Elisewin descendió hacia el mar del modo más dulce del mundo —sólo la mente de un padre podía imaginarlo—, llevada por la corriente, a lo largo de la danza hecha de curvas, pausas y titubeos que el río había aprendido en siglos de viajes, él, el gran sabio, el único que sabía el camino más hermoso y dulce y apacible para llegar al mar sin hacerse daño. Descendieron, con esa lentitud decidida al milímetro por la sabiduría materna de la naturaleza, introduciéndole poco a poco en

un mundo de olores de cosas de colores que día tras día desvelaba, lentísimamente, la presencia lejana, y después cada vez más próxima, del enorme regazo que los esperaba. Cambiaba el aire, cambiaban las auroras, y los cielos, y las formas de las casas, y los pájaros, y los sonidos, y las caras de la gente en las orillas, y las palabras de la gente en sus bocas. Agua que se deslizaba hacia el agua, galanteo delicadísimo, los meandros del río como una cantilena del alma. Un viaje imperceptible. En la mente de Elisewin, sensaciones a millares, pero ligeras como plumas en vuelo.

Todavía hoy, en las tierras de Carewall, relatan todos aquel viaje. Cada uno a su manera. Todos sin haberlo visto nunca. Pero no importa. No dejarán nunca de relatarlo. Para que nadie pueda olvidar lo hermoso que sería si, para cada mar que nos espera, hubiera un río para nosotros. Y alguien —un padre, un amor, alguien— capaz de cogernos de la mano y de encontrar ese río —imaginarlo, inventarlo— y de depositarnos sobre su corriente, con la ligereza de una sola palabra, adiós. Eso, en verdad, sería maravilloso. Sería *dulce* la vida, cualquier vida. Y las cosas no nos harían daño, sino que se acercarían traídas por la corriente, primero podríamos rozarlas y después localarlas y sólo al final dejar que nos tocaran. Dejar que nos *hirieran*, incluso. *Morir por ellas*. No importa. Pero todo sería, por fin, *humano*. Bastaría la fantasía de alguien —un padre, un amor, alguien. Él sabría inventar un camino, aquí, en medio de este silencio, en esta tierra no quiere hablar. Camino clemente, y hermoso. Un camino de aquí al mar.

Los dos inmóviles, con los ojos fijos en esa inmensa extensión de agua. Para no creerlo. En serio. Para quedarse allí toda una vida, sin comprender nada, pero sin dejar de mirar. El mar delante, un largo río a sus espaldas, la tierra, al final, bajo sus pies. Y ellos allí, inmóviles. Elisewin y el padre Pluche. Como un hechizo. Sin un solo pensamiento en la cabeza, ni uno solo, sólo estupor. Asombro. Y después de minutos y minutos —una eternidad— es cuando Elisewin, al final, sin apartar los ojos del mar, dice

—Pero luego, en determinado momento, ¿acaba?

A centenares de kilómetros, en la soledad de su inmenso castillo, un hombre aproxima a la vela una hoja de papel y lee. Pocas palabras, todas en una línea. Tinta negra.

*No tengáis miedo. Yo no lo tengo. Esta que os ama. Elisewin.*

El carruaje los recogerá después, porque es de noche, y la posada los espera. Un viaje breve. La carretera, a lo largo de la playa. En los alrededores, nadie. Casi nadie. En el mar —¿qué estará haciendo *en el mar*?— un pintor.

En Sumatra, frente a la costa norte de Pangei, cada sesenta y seis días emergía un islote en forma de cruz, cubierto por una densa vegetación y aparentemente deshabitado. Permanecía visible durante unas cuantas horas, después volvía a hundirse en el mar. En la playa de Carcais, los pescadores del pueblo habían hallado los restos del navío *Davenport*, naufragado ocho días antes en el extremo opuesto del mundo, en los mares de Ceilán. Rumbo a Farhadhar a los marineros se les aparecían unas extrañas mariposas luminosas que provocaban aturdimiento y sensación de melancolía. En las aguas de Bogador había desaparecido un convoy de cuatro buques militares, devorado por una única enorme ola surgida de la nada en un día de calma absoluta.

El almirante Langlais hojeaba lentamente aquellos documentos llegados de las más diversas partes de un mundo que, evidentemente, se aferraba a su locura. Cartas, fragmentos de diarios de a bordo, recortes de gacetas, actas de interrogatorios, informes confidenciales, despachos de embajadas. Había de todo. La lapidaria frialdad de los comunicados oficiales o la alcohólica confianza de marineros visionarios cruzaban indiferentemente el mundo. Para acabar sobre aquel escritorio donde, en nombre del Reino, Langlais trazaba con su pluma de oca el confín entre lo que, en el Reino, había de ser considerado *verdadero* y lo que sería olvidado como *falso*. Desde los mares de todo el globo, centenares de figuras y de voces llegaban en procesión a aquel escritorio para ser engullidas por un veredicto sutil como un hilo de tinta negra, bordado con caligrafía precisa sobre libros encuadernados en cuero. La mano de Langlais era el seno sobre el que iban a posarse sus viajes. Su pluma, la afilada hoja sobre la que se doblaba su fatiga. Una muerte certera y limpia.

*La presente noticia debe considerarse carente de fundamento y, como tal, queda prohibido que sea divulgada o citada en los mapas y en los documentos del Reino.*

O, para siempre, una límpida vida.

*La presente noticia debe considerarse verdadera y, como tal, aparecerá en todos los mapas y documentos del Reino.*

Langlais juzgaba. Contrastaba las pruebas, revisaba las declaraciones, indagaba sobre las fuentes. Y después juzgaba. Vivía cotidianamente entre los fantasmas de una inmensa fantasía colectiva donde la mirada lúcida del explorador y la alucinada del naufrago producían imágenes idénticas en ocasiones e historias ilógicamente

complementarias. Vivía en la maravilla. Por eso en su palacio reinaba un orden preestablecido y maniático, y su vida transcurría según una inmutable geometría de costumbres que rozaba la sacralidad de una liturgia. Langlais se defendía. Constreñía su propia existencia en una red de milimétricas reglas capaces de amortiguar el vértigo de lo imaginario al que, cada día, entregaba su mente. Las hipérboles que desde todos los mares del mundo llegaban hasta él se aplacaban en el meticuloso dique diseñado por aquellas diminutas certezas. Como un plácido lago, las esperaba, un paso más allá, la sabiduría de Langlais. Inmóvil y justa. Por las ventanas abiertas llegaba el rítmico ruido de las herramientas del jardinero, que podaba las rosas con la seguridad de una Justicia dedicada a emitir redentores veredictos. Un ruido cualquiera. Pero aquel día, y en la cabeza del almirante Langlais, aquel ruido salmodiaba un mensaje bien preciso. Paciente y obstinado —demasiado cerca de la ventana para ser casual— transportaba el obligatorio recuerdo de un compromiso. Langlais hubiera preferido no oírlo. Pero era un hombre de honor. Y por tanto apartó las páginas que hablaban de islas, derrelictos y mariposas, abrió un cajón, sacó de él tres cartas selladas y las dejó sobre el escritorio. Provenían de tres lugares distintos. Pese a llevar los signos distintivos de la correspondencia urgente y reservada, Langlais las había dejado reposar, por cobardía, durante algunos días donde ni siquiera podía verlas. Pero ahora las abrió, con gesto seco y formal, y, prohibiéndose cualquier titubeo, se puso a leerlas. Anotó sobre una hoja algunos nombres, una fecha. Procuraba hacerlo todo con la impersonal neutralidad de un contable del Reino. El último apunte que tomó rezaba:

*Posada Almayer, Quartel*

Al final cogió las cartas en la mano, se levantó y, acercándose a la chimenea, las arrojó a las prudentes llamas que vigilaban la perezosa primavera de aquellos días. Mientras veía abarquillarse la preciosa elegancia de aquellas misivas que hubiera querido no leer nunca, percibió nítidamente un grato y repentino silencio que le llegaba por las ventanas abiertas. Las podaderas, hasta entonces incansables como las agujas de un reloj, habían callado. Sólo al cabo de un momento se grabaron, en el silencio, los pasos del jardinero que se alejaba. Había una exactitud tal en aquella despedida que habría sorprendido a cualquiera. Pero no a Langlais. Él sabía. Misteriosa para todos, la relación que unía a aquellos dos hombres —un almirante y un jardinero— no tenía, para ellos, ya secretos. La costumbre de una cercanía formada por muchos silencios y señales privadas custodiaba desde hacía años su singular alianza.

Historias hay muchas. Aquélla venía de lejos.

Un día, seis años antes, trajeron ante el almirante Langlais a un hombre que, decían, se llamaba Adams. Alto, robusto, pelo largo que le caía sobre los hombros, piel quemada por el sol. Habría podido parecer un marinero como muchos otros. Pero para que se mantuviera en pie tenían que sostenerlo, ni siquiera era capaz de caminar. Una repugnante herida ulcerosa le marcaba el cuello. Estaba absurdamente inmóvil, como paralizado, ausente. Lo único que traslucía algún resto de conciencia era la mirada. Parecía la mirada de un animal en agonía.

«Tiene la mirada del animal al acecho», pensó Langlais.

Dijeron que lo habían encontrado en una aldea en el corazón de África. Había otros blancos por allí, esclavos, Pero él era algo distinto. Él era el animal predilecto del jefe de la tribu. Permanecía a cuatro patas, grotescamente decorado con plumas y piedras de colores, atado con una cuerda al trono de aquella especie de rey. Comía los restos que él le arrojaba. Tema el cuerpo martirizado por las heridas y los golpes. Había aprendido a ladrar de un modo que divertía mucho al soberano. Si seguía vivo era, probablemente, sólo por eso.

—¿Qué tiene que contarme? —preguntó Langlais.

—Él, nada. No habla. No quiere hablar. Pero los que estaban con él..., los demás esclavos... y también otros que lo han reconocido, en el puerto..., en fin, que cuentan de él cosas extraordinarias, es como si este hombre hubiera estado en todas partes, es un misterio... si uno creyera en todo lo que se dice...

—¿Qué es lo que se dice?

Él, Adams inmóvil y ausente, en medio de la habitación. Y a su alrededor la bacanal de la memoria y de la fantasía que explota para pintar el aire con las aventuras de una vida que, dicen, es la suya / trescientos kilómetros a pie en el desierto / jura que lo ha visto transformarse en un negro y después volverse de nuevo blanco / porque tenía tratos con el chamán local, ahí es donde aprendió a hacer el polvillo rojo que / cuando los capturaron, los ataron a todos a un único árbol enorme y esperaron a que los insectos los cubrieran completamente, pero él empezó a hablar en una lengua incomprensible y fue entonces cuando aquellos salvajes, de repente / jurando que él había estado en aquellas montañas, donde no desaparece nunca la luz, y por eso nadie ha vuelto nunca sano de mente, excepto él, que, al volver, dijo solamente / en la corte del sultán, donde había sido aceptado por su voz, que era bellísima, y él, cubierto de oro, tenía la misión de permanecer en la sala de torturas y de cantar mientras los otros hacían su trabajo, todo para que el sultán no tuviera que oír el fastidioso eco de los lamentos, sino la belleza de aquel canto que / en el lago de Kabalaki, que es tan grande como el mar, y allí creían que era el mar, hasta que construyeron una barca hecha de hojas enormes, hojas de árbol, y con ella navegaron de una costa a la otra, y en aquella barca estaba él, podría jurarlo / recogiendo diamantes en la arena, con las manos, encadenados y desnudos, para que no pudieran huir, y él estaba justo allí en

medio, tan cierto como / todos decían que había muerto, la tempestad se lo había llevado consigo, pero un día a uno le cortan las manos, delante de la puerta Tesfa, a un ladrón de agua, y yo me fijo bien, y era él, él sin duda / por eso se llama Adams, pero ha tenido miles de nombres, y uno, una vez, se lo encontró cuando se llamaba Ra Me Nivar, que en la lengua local quería decir el hombre que vuela, y otra vez, en las costas africanas / en la ciudad de los muertos, donde nadie osaba entrar, porque había una maldición, desde hacía siglos, que hacía que le explotaran los ojos a todos los que

—Es suficiente.

Langlais ni siquiera levantó los ojos de la tabaquera que ya desde hacía varios minutos movía nerviosamente entre las manos.

—De acuerdo. Llévóslo de aquí.

Nadie se movió.

Silencio.

—Almirante..., hay otra cosa.

—¿Qué?

Silencio.

—Este hombre ha visto Tombuctú.

La tabaquera de Langlais se detuvo.

—Hay gente dispuesta a jurarlo: él ha estado allí.

Tombuctú. La perla de África. La ciudad inalcanzable y maravillosa. El cofre de todos los tesoros, residencia de todos los dioses bárbaros. Corazón del mundo desconocido, fortaleza de los mil secretos, reino fantasma de todas las riquezas, meta extraviada de infinitos viajes, manantial de todas las aguas y sueño de cualquier cielo. Tombuctú. La ciudad que ningún hombre blanco había encontrado jamás.

Langlais levantó la mirada. En la habitación todos parecían arrebatados por una repentina inmovilidad. Sólo los ojos de Adams seguían vagabundeando, absortos en capturar una presa invisible.

El almirante lo interrogó largo tiempo. Como era su costumbre, habló con voz severa pero apacible, casi impersonal. Ninguna violencia, ninguna presión especial. Sólo la paciente procesión de preguntas breves y certeras. No obtuvo ni una sola respuesta.

Adams callaba. Parecía exiliado para siempre en un mundo inexorablemente remoto. Ni siquiera una mirada consiguió arrancarle. Nada.

Langlais se quedó mirándolo fijamente, en silencio, durante un rato. Después hizo un gesto que no admitía réplicas. Levantaron a Adams de la silla y se lo llevaron fuera. Langlais lo vio alejarse —arrastrando los pies por el suelo de mármol— y tuvo la fastidiosa sensación de que también Tombuctú, en aquel momento, se estaba deslizando aún más lejos en las inciertas cartas geográficas del Reino. Le vino a la cabeza, sin explicación, una de las muchas leyendas que circulaban sobre aquella

ciudad: que las mujeres, allí, tenían un solo ojo al descubierto, maravillosamente pintado con tierra coloreada. Se había preguntado siempre por qué razón mantendrían oculto el otro. Se levantó y se acercó ociosamente a la ventana. Estaba pensando en abrirla cuando una voz, en su cabeza, lo inmovilizó pronunciando una frase nítida y precisa:

—Porque ningún hombre podría sostener su mirada sin enloquecer.

Langlais se dio la vuelta inmediatamente. En la habitación no había nadie. Se volvió de nuevo hacia la ventana. Durante unos instantes fue incapaz de pensar en nada. Después vio, en la vereda de abajo, desfilas el pequeño cortejo que devolvía a Adams a la nada. No se preguntó qué era lo que debía hacer. Simplemente, lo hizo.

Algunos instantes después estaba frente a Adams, rodeado por el estupor de los presentes y con un ligero jadeo por la rápida carrera. Lo miró a los ojos y en voz baja dijo

—Y tú ¿cómo lo sabes?

Adams ni siquiera parecía verlo. Seguía estando en algún lugar extraño, a miles de kilómetros de allí. Pero sus labios se movieron y todos oyeron su voz que decía

—Porque las he visto.

Langlais se había cruzado con muchos casos como el de Adams. Marineros a los que una tempestad o la crueldad de los piratas había arrojado a una costa cualquiera de un continente desconocido, rehenes del azar y presa de gentes para las que el hombre blanco era poco más que una especie animal extravagante. Si una muerte piadosa no se los llevaba oportunamente, era en todo caso una muerte atroz cualquiera lo que les esperaba en cualquier rincón fétido o maravilloso de mundos inverosímiles. Eran pocos los que salían vivos de allí, recuperados por un barco cualquiera y restituidos al mundo civilizado con los signos irreversibles de su catástrofe encima. Derrelictos con la cordura perdida, residuos humanos devueltos por lo desconocido. Almas perdidas.

Langlais sabía todo eso. Y sin embargo tomó a Adams consigo. Se lo robó a la miseria y lo llevó a su palacio. Fuera cual fuere el mundo adonde había ido a refugiarse su mente, hasta allí iría a buscarlo. Y se lo traería de regreso. No quería salvarlo. No era exactamente eso. Quería salvar las historias que estaban escondidas en él. No importaba el tiempo que necesitara: quería aquellas historias y las obtendría.

Sabía que Adams era un hombre deshecho por su propia vida. Imaginaba su alma como una tranquila aldea saqueada y dispersa por la invasión salvaje de una vertiginosa cantidad de imágenes, sensaciones, olores, sonidos, dolores, palabras. La muerte que aparentaba, cuando uno lo veía, era el resultado paradójico del estallido de una vida. Un caos irrefrenable era lo que crepitaba bajo su mutismo y su inmovilidad.

Langlais no era médico y no había salvado nunca a nadie. Pero su propia vida le

había enseñado el imprevisible valor terapéutico de la exactitud. Él mismo, podía decirse, se curaba exclusivamente a base de exactitud. Era el medicamento que, disuelto en cada sorbo de su vida, mantenía alejado el veneno del desvarío. De modo que pensó que la inexpugnable lejanía de Adams sólo se desmenuzaría con el ejercicio cotidiano y paciente de alguna forma de exactitud. Sentía que debía ser, a su manera, una exactitud amable, sólo rozada por la frialdad de rito mecánico, y cultivada al tibio calor de alguna forma de poesía. La buscó largamente en el mundo de las cosas y gestos que habitaban a su alrededor Y al final la encontró. Y a quien, no sin cierto sarcasmo, se aventuraba a preguntarle

—¿Y cuál es ese medicamento prodigioso con el que contáis para salvar a vuestro salvaje?

a él le gustaba responder

—Mis rosas.

Como un niño depositaría a un pájaro extraviado en la tibieza artificial de un nido hecho de tela, Langlais depositó a Adams en su jardín. Admirable jardín, en el que las geometrías más refinadas mantenían a raya la explosión de los colores todos, y la disciplina de férreas simetrías regulaba la espectacular cercanía de flores y plantas venidas de todo el mundo. Un jardín en el que el caos de la vida se convertía en figura divinamente exacta.

Fue allí donde Adams, lentamente, volvió a ser él mismo. Durante meses permaneció silencioso, sólo dándose al aprendizaje de mil —exactas— reglas. Luego, su ausencia empezó a convertirse en presencia difuminada, punteada aquí y allá por frases breves, y ya no vetada por la obstinada supervivencia del animal que se había agazapado en él. Después de un año, nadie habría dudado, al verlo, hallarse frente al más clásico y perfecto de los jardineros: silencioso e imperturbable, lento y preciso en sus gestos, inescrutable y sin edad. Dios clemente de una creación en miniatura.

Durante todo ese tiempo, Langlais nunca le preguntó nada. Intercambiaba con él pocas frases, por lo general referentes al estado de salud de los lirios o a la imprevisible variación del tiempo. Ninguno de los dos aludió jamás al pasado, a ningún pasado. Langlais esperaba. No tenía prisa. Es más, disfrutaba del placer de la espera. Tanto era así que sufrió incluso una absurda sombra de contrariedad cuando, un día, paseando por una vereda secundaria del jardín y pasando cerca de Adams, lo vio alzar la mirada de una petunia color perla y lo oyó, nítidamente, pronunciar — aparentemente para nadie— estas precisas palabras:

—No tiene murallas Tombuctú porque allí creen desde siempre que su belleza basta por sí sola para detener a cualquier enemigo.

Después Adams se calló, y volvió a bajar la mirada sobre la petunia color perla. Langlais prosiguió, sin decir una palabra, por la vereda. Ni siquiera Dios, si existiese, se habría dado cuenta de nada.

Desde aquel día, empezaron a brotar de Adams todas sus historias. En los momentos más dispares y según tiempos y liturgias inescrutables. Langlais se limitaba a escuchar. No hacía nunca pregunta alguna. Escuchaba y basta. Algunas veces eran simples frases. Otras, auténticos relatos. Adams narraba con voz baja y cálida. Medía, con un arte sorprendente, palabras y silencios. Escucharlo era un sortilegio. Langlais quedaba hechizado.

Nada de lo que oía en aquellos relatos acababa en los gruesos libros encuadernados en cuero oscuro. El Reino, esta vez, no tenía nada que ver. Aquellas historias eran para él. Había esperado que florecieran del seno de una tierra mancillada y muerta. Ahora las recolectaba. Era el homenaje, refinado, que había decidido ofrecer a su propia soledad. Se imaginaba envejeciendo a la sombra devota de aquellas historias. Y en el día de su muerte tendría en los ojos la imagen, prohibida para cualquier otro hombre blanco, del más hermoso jardín de Tombuctú.

Pensaba que todo sería, y para siempre, así de mágicamente fácil y leve. No podía prever que a aquel hombre llamado Adams pronto le ataría algo tan sorprendentemente feroz.

Le acaeció al almirante Langlais, algún tiempo después de la llegada de Adams, el hallarse en la fastidiosa y banal necesidad de jugarse la vida en un desafío de ajedrez. Junto a su pequeño séquito, fue sorprendido en campo abierto por un bandolero tristemente famoso en la zona por su locura y la crueldad de sus hazañas. En aquella circunstancia, sorprendentemente, se mostró propenso a no ensañarse con sus víctimas. El único retenido fue Langlais, y dejó que los demás volvieran atrás con la misión de reunir la suma, desmesurada, del rescate. Langlais se sabía lo suficientemente rico para poder comprar su libertad. Lo que no podía prever era si el bandolero tendría la suficiente paciencia para saber esperar la llegada de todo aquel dinero. Sintió sobre él, por primera vez en su vida, un punzante olor a muerte.

Pasó dos días vendado y encadenado a un carro que no dejaba nunca de viajar. Al tercer día, lo hicieron bajar. Cuando le quitaron la venda, se encontró sentado frente al bandolero. Entre los dos había una pequeña mesa. Sobre la mesa, un tablero de ajedrez. El bandolero fue lapidario en sus explicaciones. Le concedía una oportunidad. Una partida. Si ganaba, quedaría libre. Si perdía, lo mataría.

Langlais intentó que razonara. Muerto no valía ni un duro, ¿por qué desperdiciar una fortuna semejante?

—No os he preguntado lo que pensáis de ello. Os he pedido un sí o un no. Daos prisa. Un loco. Aquél era un loco. Langlais comprendió que no tenía elección.

—Como vos queráis —dijo, y bajó la mirada hacia el tablero. No le costó mucho constatar que el bandolero estaba loco, pero con una locura brutalmente astuta. No sólo se había reservado las piezas blancas —hubiera sido estúpido pretender lo contrario—, sino que jugaba, él, con una segunda reina ordenadamente colocada en

lugar del alfil derecho. Curiosa variante.

—Un rey —explicó el bandolero señalándose a sí mismo— y dos reinas —añadió burlón, señalando a las dos mujeres, en verdad hermosísimas, que estaban sentadas a su lado. La ocurrencia desencadenó entre los presentes risas desenfundadas y generosos gritos de complacencia. Menos divertido, Langlais volvió a bajar la mirada pensando que estaba a punto de morir de la manera más estúpida posible.

El primer movimiento del bandolero hizo que volviera el silencio más absoluto. Peón de rey avanza dos casillas. Le tocaba a Langlais. Vaciló algunos instantes. Era como si esperara algo, pero no sabía qué. Lo comprendió sólo cuando en el secreto de su cabeza oyó una voz que silabeaba con magnífica calma

—Caballo a la columna del alfil del rey.

Esta vez no miró a su alrededor. Conocía aquella voz. Y sabía que no estaba allí. Dios sabía cómo, pero llegaba desde muy lejos. Cogió el caballo y lo colocó delante del peón del alfil del rey.

Al sexto movimiento, tenía ya una pieza de ventaja. Al octavo, se enrocó. Al undécimo, era el dueño del centro del tablero. Dos movimientos más tarde, sacrificó un alfil, lo que le llevó, en el movimiento siguiente, a comerse la primera de las reinas adversarias. La segunda quedó atrapada con una combinación que —era consciente de ello— habría sido incapaz de realizar sin la puntual guía de aquella absurda voz. A medida que iba resquebrajando la resistencia de las piezas blancas sentía crecer, en el bandolero, una cólera y un desvarío feroces. Hasta llegó a temer la victoria. Pero la voz no le daba tregua.

Al vigésimo tercer movimiento, el bandolero le ofreció en sacrificio una torre, con un error tan evidente que parecía una rendición. Langlais se disponía automáticamente a aprovecharlo cuando oyó que la voz le sugería de modo perentorio

—Cuidado con el rey, almirante.

¿Cuidado con el rey? Langlais se bloqueó. El rey blanco permanecía en una posición absolutamente inocua, detrás de los restos de un chapucero enroque. ¿Cuidado con qué? Miraba el tablero y no comprendía.

Cuidado con el rey.

La voz permanecía en silencio.

Todo estaba en silencio.

Unos cuantos instantes.

Después Langlais comprendió. Fue como un rayo que le cruzó por el cerebro un instante antes de que el bandolero extrajese de la nada un cuchillo y, rapidísimo, buscara con la hoja su corazón. Langlais fue más rápido que él. Le bloqueó el brazo, consiguió arrancarle el cuchillo y, como para concluir el gesto que él había empezado, le sajó la garganta. El bandolero se desplomó al suelo. Las dos mujeres,

horrorizadas, huyeron de allí. Todos los demás parecían petrificados por el estupor. Langlais mantuvo la calma. Con un gesto que a continuación no habría dudado en juzgar inútilmente solemne, cogió el rey blanco y lo tumbó sobre el tablero. Después se levantó, con el cuchillo bien aferrado en el puño, y se alejó lentamente del tablero. Nadie se movió. Montó en el primer caballo que encontró. Echó una última mirada a aquella extraña escena de teatro popular y se marchó de allí. Como a menudo sucede en los momentos cruciales de la vida, se descubrió capaz de un único pensamiento, del todo insignificante: era la primera vez —la primera— que ganaba una partida jugando con las negras.

Cuando llegó a su palacio, encontró a Adams tumbado en su cama, sin conocimiento y presa de una fiebre cerebral. Los doctores no sabían qué hacer. Él dijo

—No hagáis nada. Nada.

Cuatro días más tarde. Adams volvió en sí. Langlais estaba a su cabecera. Se miraron. Adams volvió a cerrar los ojos. Y Langlais dijo, en voz baja

—Te debo la vida.

—Una vida —precisó Adams. Después volvió a abrir los ojos y los dirigió fijamente hacia los de Langlais. Aquélla no era la mirada de un jardinero. Era la mirada de un animal al acecho.

—La mía no me importa nada. Es otra vida la que quiero.

Langlais comprendió el significado de aquella frase mucho después, cuando ya era demasiado tarde para no oírla.

Un jardinero inmóvil, de pie ante el escritorio de un almirante. Libros y papeles por todas partes. Pero ordenados. *Ordenados*. Y candelabros, alfombras, olor a cuero, cuadros oscuros, cortinas pardas, mapas, armas, monedas, retratos. Platería. El almirante tiende una hoja al jardinero y dice

—Posada Almayer Está en la costa, cerca de Quartel.

—¿Es allí?

—Sí.

El jardinero dobla la hoja, se la mete en el bolsillo y dice

—Partiré esta noche.

El almirante baja la mirada y entretanto oye cómo la voz del otro pronuncia la palabra

—Adiós.

El jardinero se acerca a la puerta. El almirante, sin mirarlo tan siquiera, murmura

~¿Y después? Después, ¿qué sucederá?

El jardinero se detiene.

—Nada más.

Y sale.

El almirante calla.

... mientras Langlais dejaba que mi mente huyera siguiendo el rumbo de un navío bajel que voló, literalmente, sobre las aguas de Malagar, y Adam calibraba la posibilidad de detenerse ante una rosa de Borneo para observar los esfuerzos de un insecto absorto en escalar un pétalo hasta el momento de renunciar a la empresa y volar lejos, en esto semejante y conforme al navío, que el mismo instinto había tenido al remontar las aguas de Malagar, hermanos ambos en el implícito rechazo de lo real y en la elección de aquella fuga aérea, y unidos, en aquel instante, por ser imágenes simultáneamente posadas en las retinas y en las memorias de dos hombres a los que ya nada podría separar y que precisamente a aquellos dos vuelos, el del insecto y el del velero, confiaban en el mismo instante igual zozobra por el áspero sabor del final, y el desconcertante descubrimiento de lo silencioso que es el destino cuando, de repente, estalla.

En el primer piso de la posada Almayer, en una habitación que daba a las colinas, luchaba Elisewin con la noche. Inmóvil, bajo las sábanas, esperaba descubrir si llegaría antes el sueño o el miedo.

Se oía el mar, como un alud continuo, trueno incesante de un temporal hijo de quién sabe qué cielo. No se detenía un instante. No conocía el cansancio. Ni la clemencia.

Si lo miras, no te das cuenta de todo el ruido que hace. Pero en la oscuridad... Todo ese infinito se convierte sólo en fragor, muro de sonido, grito abrumador y ciego. No se puede apagar el mar, cuando arde en la noche.

Elisewin sintió que le estallaba en la cabeza una burbuja de vacío. Conocía bien esa secreta explosión, invisible dolor inenarrable. Pero conocerla no le servía de nada. Nada. La estaba envolviendo el mal subrepticio y furtivo —padrastra obscuro. Estaba recuperando lo que era suyo. No era sólo aquel frío que se le filtraba desde dentro, ni tampoco el corazón, enloquecido, o el sudor por todas partes, gélido, o el temblor de las manos. Lo peor era aquella sensación de desaparecer, de salir de la propia cabeza, de no ser más que pánico confuso y sobresaltos de miedo. Pensamientos como retazos de rebelión —escalofríos —el rostro rígido en una mueca para poder mantener los ojos cerrados —para poder no mirar la oscuridad, honor sin salida. Una guerra.

Elisewin consiguió pensar en la puerta que, a pocos metros de ella, comunicaba su habitación con la del padre Pluche. Pocos metros. Tenía que conseguirlo. Ahora se levantaría y, sin abrir los ojos, la encontraría, y entonces bastaría con la voz del padre Pluche, aunque no fuera más que la voz, y todo pasaría —bastaba con levantarse de allí, reunir fuerzas para unos pocos pasos, cruzar la habitación, abrir la puerta —levantarse, salir de las sábanas, deslizarse a lo largo de las paredes —levantarse, ponerse de pie, dar esos pocos pasos— levantarse, mantener los ojos cerrados, encontrar esa puerta, abrirla —levantarse, intentar respirar y después alejarse de la cama —levantarse, no morir —levantarse de allí —levantarse. Qué horror. Qué horror.

No eran unos pocos metros. Eran kilómetros, eran una eternidad: la misma que le separaba de su auténtica habitación, y de sus cosas, y de su padre, y del lugar que era suyo. Todo estaba lejos. Perdido estaba todo.

No se pueden ganar guerras así. Y Elisewin se rindió.

Como muriendo, abrió los ojos.

No comprendió inmediatamente.

No se lo esperaba.

La habitación estaba iluminada. Una luz pequeña. Pero por todas partes. Cálida.

Se dio la vuelta. En una silla, junto a la cama, estaba Dira, con un enorme libro abierto sobre las rodillas, y una palmatoria en la mano. Una vela encendida. La

llamita, en la oscuridad que ya no existía.

Elisewin se quedó parada, con la cabeza ligeramente levantada de la almohada, mirando. Parecía en otra parte aquella niña, y sin embargo estaba allí. Los ojos fijos en aquellas páginas, los pies no llegaban a tocar el suelo y oscilaban lentamente: zapatitos columpiándose, colgados de dos piernas y una faldita.

Elisewin dejó caer la cabeza sobre la almohada. Veía la llamita de la vela humear inmóvil. Y la habitación, a su alrededor, dormir dulcemente. Se sintió cansada, de un cansancio maravilloso. Tuvo tiempo de pensar

—Ya no se oye el mar.

Después cerró los ojos. Y se quedó dormida.

Por la mañana, encontró la palmatoria, solitaria, sobre la silla. La vela todavía encendida. Como si ni se hubiera consumido. Como si hubiera velado una noche que durara un instante. Llamita invisible en la gran luz que por la ventana traía el nuevo día al interior de la habitación. Elisewin se levanto. Apagó la vela de un soplido. De todas partes llegaba la extraña música de un intérprete incansable. Un rumor grande. Un espectáculo.

El mar, que había vuelto.

Plasson y Bartleboom salieron juntos aquella mañana. Cada uno con sus instrumentos: caballete, pinturas y pinceles para Plasson, cuadernos y medidores varios para Bartleboom. Se diría que venían de desalojar el desván de un inventor loco. Uno llevaba botas altas y chaqueta de pescador y el otro un frac de estudioso, un gorro de lana en la cabeza y guantes sin dedos, de pianista. Quizás el inventor no fuera el único loco en los alrededores.

En realidad, Plasson y Bartleboom ni se conocían. Se habían cruzado un par de veces en los pasillos de la posada o en la sala de la cena. Probablemente nunca habrían acabado allí, en la playa, caminando juntos cada uno hacia su propio puesto de trabajo, si así no lo hubiese decidido Ann Deveria.

—Es asombroso. Pero si alguien los acoplara a los dos, obtendría un loco único y perfecto. En mi opinión, Dios sigue estando todavía allí, con el enorme puzzle bajo sus narices, preguntándose adónde habrán ido a parar esas dos piezas que casaban tan bien juntas.

—¿Qué es un puzzle? —había preguntado Bartleboom en el mismo instante en el que Plasson preguntaba

—¿Qué es un puzzle?

A la mañana siguiente caminaban por la orilla del mar, cada uno con sus instrumentos, pero juntos, hacia las paradójicas ocupaciones de su cotidiana fatiga.

Plasson había ganado mucho dinero, en los años precedentes, al convertirse en el retratista más afamado de la capital. Podía decirse que no había, en toda la ciudad, una familia sinceramente ávida de dinero que no tuviera en casa un Plasson. Retratos,

entiéndase bien, sólo retratos. Terratenientes, esposas enfermizas, hijos fofos, tías abuelas corcovadas, industriales rubicundos, señoritas en edad de merecer, ministros, sacerdotes, divas de la ópera, militares, poetisas, violinistas, académicos, mantenidas, banqueros, niños prodigio: desde las paredes bien de la capital escudriñaban, oportunamente enmarcadas, centenares de caras atónitas, fatalmente ennoblecidas por eso que en los salones era conocido como «el toque Plasson», curiosa característica estilística traducible como el talento, en verdad singular, con que el apreciado pintor sabía regalar un reflejo de inteligencia a cualquier mirada, aunque hiera la de un becerro. «Aunque fuera la de un becerro» era una precisión que, por lo general, en los salones se omitía.

Plasson habría podido seguir así durante años. Las caras de los ricos son inagotables. Pero, de la noche a la mañana, un día decidió abandonarlo todo. Y marcharse. Una idea muy precisa, e incubada durante años, se lo llevó.

Hacer un retrato al mar.

Vendió todo lo que tenía, abandonó su estudio y partió para un viaje que, por lo que él podía comprender, podía incluso no terminar nunca. Había miles de kilómetros de costa repartidos por el mundo. No sería empresa fácil encontrar el punto justo.

A los cronistas de sociedad que le preguntaban por las razones de aquel inusitado abandono no les mencionó el asunto del mar. ¿Querían saber lo que había detrás de la renuncia del más grande maestro al sublime arte del retrato? Él les contestó de manera lapidaria, con una frase que no dejó, en lo sucesivo, de prestarse a múltiples interpretaciones.

—Me he hartado de la pornografía.

Se había ido, Nadie, jamás, volvería a encontrarlo.

Todas estas cosas Bartleboom no las sabía. No podía saberlas. Por eso, allí a orillas del mar, agotadas las ocurrencias acerca del tiempo, se arriesgó a preguntar, sólo para mantener a flote la conversación:

—¿Hace mucho que pintáis?

También en aquella ocasión Plasson fue lapidario.

—No he hecho otra cosa en mi vida.

Todo aquel que escuchara hablar a Plasson, llegaría a la conclusión de que sólo había dos posibilidades: o era insoportablemente altanero o era tonto. Pero en eso también había que entenderlo. Plasson tenía algo curioso: cuando hablaba, nunca terminaba una frase. Era incapaz, de terminarla. Llegaba hasta el final sólo si la frase no superaba las siete u ocho palabras. Si no, se perdía a la mitad. Por eso, sobre todo hablando con extraños, procuraba limitarse a proposiciones breves e incisivas. Y en ello, hay que decirlo, demostraba un talento natural. Claro está que resultaba un poco arrogante y fastidiosamente lacónico. Pero era mejor, en todo caso, que resultar vagamente bobo, lo que le sucedía con regularidad cuando se lanzaba a frases

articuladas o incluso simplemente normales. No era capaz, jamás, de terminarlas.

—Decidme, Plasson, pero ¿es que hay algo es la vida que seáis capaz de terminar? — le había preguntado un día Ann Deveria, encuadrando con su consabido cinismo el meollo del problema.

—Sí, las conversaciones desagradables —había respondido él, levantándose de la mesa y marchándose a su habitación. Tenía talento, como se ha dicho, para hallar respuestas breves. Verdadero talento.

Tampoco estas cosas Bartleboom las sabía. No podía saberlas. Pero no tardó en comprenderlas.

Bajo el sol del mediodía, Plasson y él sentados en la playa, comiendo cuatro cosas preparadas por Dira. El caballete plantado en la arena, a pocos metros de allí. La habitual tela blanca, sobre el caballete. El habitual viento del norte, sobre todo ello.

BARTLEBOOM —¿Y hacéis uno de estos cuadros al día?

PLASSON —En cierto modo...

BARTLEBOOM —Tendréis la habitación repleta...

PLASSON —No. Los tiro.

BARTLEBOOM —¿Los tiráis?

PLASSON —¿Veis ese de ahí, el que está en el caballete?

BARTLEBOOM —Sí.

PLASSON —Más o menos, son todos así.

BARTLEBOOM —...

PLASSON —¿Vos os los quedaríais?

Una nube que pasa sobre el sol. De pronto viene un frío inesperado, Bartleboom vuelve a ponerse su gorro de lana.

PLASSON —Es difícil.

BARTLEBOOM —No me lo digáis a mí. Yo no sabría dibujar siquiera este pedazo de queso; es un misterio cómo podéis hacer esas cosas. Para mí es un misterio.

PLASSON —El *mar* es difícil.

BARTLEBOOM —...

PLASSON —Lo difícil es comprender por dónde empezar. Veréis, cuando hacía retratos, retratos a la gente, yo sabía por dónde empezar, miraba aquellas caras y sabía exactamente... (stop)

BARTLEBOOM —...

PLASSON —...

BARTLEBOOM —...

PLASSON —...

BARTLEBOOM —¿Vos hacíais retratos a la gente?

PLASSON —Sí.

BARTLEBOOM —Caramba, hace años que quiero que me hagan un retrato, de

verdad, ahora os parecerá una estupidez, pero...

PLASSON —Cuando hacía retratos a la gente, *empezaba por los ojos*. Me olvidaba de todo lo demás y me concentraba en los ojos, los estudiaba, durante minutos y minutos, después hacía un bosquejo, a lápiz, y ése era el secreto, porque una vez que se han dibujado los ojos... (stop)

BARTLEBOOM —...

PLASSON —...

BARTLEBOOM —¿Qué sucede una vez que se han dibujado los ojos?

PLASSON —Sucede que todo lo demás sale por sí mismo, es como si todas los demás elementos surgieran solos en torno a ese punto inicial, ni siquiera es necesario... (stop)

BARTLEBOOM —Ni siquiera es necesario.

PLASSON —No. Uno puede evitar mirar al modelo, todo sale por sí mismo, la boca, la curva del cuello, hasta las manos... Pero lo fundamental es empezar por los ojos, ¿entendéis?, y ahí está el verdadero problema, el problema que me está volviendo loco reside exactamente ahí:... (stop)

BARTLEBOOM —...

PLASSON —...

BARTLEBOOM —¿Tenéis idea de dónde está exactamente el problema, Plasson?

De acuerdo, era un poco complicado, pero funcionaba. Se trataba sólo de desencallararlo. Cada vez. Con paciencia. Bartleboom, como puede deducirse de su singular vida sentimental, era un hombre paciente.

PLASSON —El problema es *¿dónde narices están los ojos del mar?* No conseguiré hacer nada hasta que lo descubra, porque ése es el *principio*, ¿entendéis?, el principio de todo, y hasta que comprenda dónde está tendré que seguir pasando mis días mirando esta maldita extensión de agua sin... (stop)

BARTLEBOOM —...

PLASSON —...

BARTLEBOOM —...

PLASSON —Éste es el problema, Bartleboom.

Milagro: esta vez había vuelto a empezar solo.

PLASSON —Éste es el problema: *¿dónde empieza el mar?*

Bartleboom permaneció en silencio.

Iba y venía el sol entre una nube y otra. Era el viento del norte, siempre el mismo, el que organizaba el silencioso espectáculo. El mar continuaba imperturbable recitando sus salmos. Si tenía ojos, en aquel momento no era ahí donde estaba mirando.

Silencio.

Silencio durante minutos.

Después Plasson se volvió hacia Bartleboom y dijo de golpe

—Y vos..., ¿qué estudiáis vos con todos esos instrumentos vuestros tan divertidos?

Bartleboom sonrió.

—Dónde *termina* el mar.

Dos piezas de puzzle. Hechas la una para la otra. En algún rincón del cielo un viejo Señor, en aquel instante, por fin las había encontrado.

—¡Diablos! Ya decía Yo que no podían haberse perdido.

—La habitación está en el piso de abajo. Bajando por ahí, la tercera puerta a la izquierda. Llaves no hay. Aquí nadie las tiene. En ese libro debéis escribir vuestro nombre. No es obligatorio, pero aquí todo el mundo lo hace.

El enorme libro con las firmas aguardaba abierto sobre un atril de madera. Un lecho de papel acabado de hacer que aguardaba los sueños de nombres ajenos. La pluma del hombre apenas lo rozó.

*Adams.*

Después vaciló un momento, inmóvil.

—Si queréis saber los nombres de los demás, podéis preguntármelos a mí. No es ningún secreto.

Adams levantó los ojos del enorme libro y sonrió.

—Es un bonito nombre, Dira.

La niña se quedó sorprendida. Echó instintivamente una ojeada al enorme libro.

—Ahí no está escrito mi nombre.

—Ahí no.

Como mucho aquella niña tendría diez años. Pero si quería, podía tener mil más. Clavó los ojos en los de Adams y lo que dijo lo dijo con una voz cortante que parecía la de una mujer que no estaba allí.

—Adams no es vuestro verdadero nombre.

—¿No?

—No.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Yo también sé leer.

Adams sonrió. Se agachó, cogió su equipaje y se dirigió hacia su habitación.

—La tercera puerta a la izquierda —le gritó por detrás una voz que era de nuevo la voz de una niña.

No había llaves. Abrió la puerta y entró. No es que esperase ninguna maravilla. Pero al menos esperaba hallar la habitación vacía.

—Oh, disculpad —dijo el padre Pluche, alejándose de la ventana y ajustándose

instintivamente el traje.

—¿Me he equivocado de habitación?

—No, no..., soy yo quien..., veréis, yo tengo la habitación de arriba, en el piso de arriba, pero da a las colinas, no se ve el mar: la escogí por prudencia.

—¿Prudencia?

—No importa, es una historia muy larga... En fin, que quería ver lo que se veía desde aquí, pero ahora no quiero molestaros más, no habría venido de haber sabido...

—Quedaos, si queréis.

—No, ya me marcho. Tendréis un montón de cosas que hacer, ¿acabáis de llegar?

Adams dejó en el suelo su equipaje.

—Qué estúpido, pues claro que acabáis de llegar..., bueno, entonces me voy. Ah..., yo me llamo Pluche, padre Pluche.

Adams asintió.

—Padre Pluche.

—Eso es.

—Hasta luego, padre Pluche.

—Sí, hasta luego.

Retrocedió hasta la puerta y salió. Al pasar por delante de la recepción —si se la puede llamar así— se sintió obligado a farfullar

—No sabía que iba a venir nadie, sólo quería ver cómo se veía el mar...

—No importa, padre Pluche.

Estaba ya a punto de salir cuando se detuvo, volvió sobre sus pasos y, ligeramente inclinado sobre el mostrador, preguntó en voz baja a Dira

—En vuestra opinión, ¿podría ser un doctor?

—¿Quién?

—Él.

—Preguntádselo.

—No parece que se muera de ganas de oír preguntas. Ni siquiera me ha dicho cómo se llama.

Dira vaciló un instante.

—Adams.

—¿Adams a secas?

—Adams a secas.

—Ah.

Se habría marchado, pero le quedaba todavía algo que decir. Lo dijo en voz aun más baja.

—Sus ojos... Tiene los ojos de un animal al acecho.

Ahora sí que había terminado.

Ann Deveria caminando por la orilla, con su chal morado. A su lado, una muchacha

que se llama Elisewin, con su parasol blanco. Tiene dieciséis años. Quizás muera, quizás viva. Quién sabe. Ann Deveria habla sin separar los ojos de la nada que tiene delante. *Delante* en muchos sentidos.

—Mi padre no quería morir. Envejecía pero no moría. Las enfermedades lo iban consumiendo y él, impertérrito, seguía aferrado a la vida. Al final, ni siquiera salía de su habitación. Había que hacerle todo. Y así durante años. Se había atrincherado en una especie de fortaleza, muy suya, construida en el rincón más invisible de sí mismo. Renunció a todo, pero se aferró, con ferocidad, a las dos únicas cosas que de verdad le importaban algo: escribir y odiar. Escribía fatigosamente, con la mano que podía seguir moviendo. Y odiaba con los ojos. Hablar, no volvió a hablar hasta el final. Escribía y odiaba. Cuando murió —porque murió, por fin—, mi madre cogió aquellos centenares de hojas garabateadas y las leyó una a una. Eran los nombres de todos aquellos a los que había conocido, uno debajo del otro. Y al lado de cada uno, la descripción minuciosa de una muerte horrenda. Yo no he leído esas hojas. Pero los ojos —aquellos ojos que odiaban, cada minuto, de cada día, hasta el final— sí que los vi. Vaya si los vi. Me casé con mi marido porque tenía los ojos buenos. Era lo único que me importaba. Tenía los ojos buenos.

Después no es que la vida vaya como tú te la imaginas. Sigue su camino. Y tú el tuyo. Y no son el mismo camino. Es así... No es que yo quisiera ser feliz, eso no. Quería... salvarme, eso es, salvarme. Pero comprendí tarde por qué lado había que ir: por el lado de los deseos. Uno espera que sean otras cosas las que salven a la gente: el deber, la honestidad, ser buenos, ser justos. No, los deseos son los que nos salvan. Son lo único verdadero. Si estás con ellos, te salvarás. Pero lo comprendí demasiado tarde. Si a la vida le das tiempo, muestra extraños recovecos, inexorables: y adviertes que, llegado ese momento, no puedes desear nada sin hacerte daño. Y ahí se desbarata todo, no hay manera de escapar, cuanto más te revuelves, más se enmaraña la red; cuanto más te rebelas, más te hieres. No se puede salir. Cuando ya era demasiado tarde, yo empecé a desear. Con todas mis fuerzas. Me hice mucho dado, como tú no te puedes siquiera imaginar.

¿Sabes qué es lo más hermoso de aquí? Mira: nosotros caminamos, dejamos todas esas huellas sobre la arena, y ahí se quedan, precisas, ordenadas. Pero mañana, cuando te levantes, al mirar esta enorme playa no habrá ya nada, ni una huella, ni una señal cualquiera, nada. El mar borra por la noche. La marea esconde. Es como si no hubiera pasado nunca nadie. Es como si no hubiéramos existido nunca. Si hay un lugar en el mundo en el que puedes pensar que no eres nada, ese lugar está aquí. Ya no es tierra, todavía no es mar. No es vida falsa, no es vida verdadera. Es tiempo. Tiempo que pasa. Y basta.

Podría ser un refugio perfecto. Invisibles para cualquier enemigo. Suspendidos. Blancos como los cuadros de Plasson. Imperceptibles incluso

para nosotros mismos. Pero hay algo que agrieta este purgatorio. Y es algo de lo que no puedes escapar. El mar. El mar encanta, el mar mata, conmueve, asusta, también hace reír, a veces desaparece, de vez en cuando se disfraza de lago, o bien construye tempestades, devora naves, regala riquezas, no da respuestas, es sabio, es dulce, es potente, es imprevisible. Pero, sobre todo, el mar llama. Lo descubrirás, Elisewin. Es lo único que hace, en el fondo: llamar. No se detiene nunca, te entra dentro, se te echa encima, es a ti a quien quiere. Puedes disimular, no te sirve de nada. Seguirá llamándote. Este mar que estás viendo y todos los otros que no verás, pero que estarán siempre al acecho, pacientes, un paso más allá de tu vida. Los oirás llamar infatigablemente. Sucede en este purgatorio de arena. Sucedería en cualquier paraíso, y en cualquier infierno. Sin explicar nada, sin decirte dónde, habrá siempre un mar que te llamará.

Ann Deverià se detiene. Se agacha, se quita los zapatos. Los deja sobre la arena. Echa a andar de nuevo, con los pies descalzos. Elisewin no se mueve. Aguarda a que ella se aleje unos pasos. Después dice, en voz lo suficientemente alta para que se la oiga:

—Yo, dentro de unos días, me iré de aquí. Y entraré en el mar. Y me curaré. Eso es lo que deseo. Curarme. Vivir. Y, un día, llegar a ser tan hermosa como vos.

Ann Deverià se vuelve. Sonríe. Busca las palabras. Las encuentra.

—¿Me llevarás contigo?

Sobre el alféizar de la ventana de Bartleboom, esta vez eran dos los que estaban sentados. El niño de siempre. Y Bartleboom. Las piernas colgando, en el vacío. La mirada colgando, sobre el mar.

—Escucha, Dood...

Dood se llamaba el niño.

—Visto que siempre estás aquí...

—Mmmmh.

—Tú quizás lo sepas.

—¿Qué?

—¿Dónde tiene el mar los ojos?

—...

—Porque los tiene, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿dónde narices están?

—Los barcos.

—Los barcos ¿qué?

—Los barcos son los ojos del mar

Bartleboom se quedó de piedra. Eso sí que no se le había ocurrido.

—Pero si hay centenares de barcos...

—Es que tiene centenares de ojos. No pretenderéis que se las apañe con dos. Efectivamente. Con todo el trabajo que tiene. Y tan grande como es. Había sentido común en todo aquello.

—Sí, pero, entonces, perdona...

—Mmmmh.

—¿Y los naufragios? Las tormentas, los tifones, todas esas cosas... ¿Para qué tragarse entonces esos barcos, si son sus ojos?

Hasta un tono de cierta impaciencia tiene Dood cuando se vuelve hacia Bartleboom y dice

—Pero vos... ¿es que vos no cerráis nunca los ojos?

Jesús. Tiene respuestas para todo ese niño.

Bartleboom piensa. Piensa y rumia y reflexiona y razona. Después, de repente, salta del alféizar. Por el lado de la habitación, claro está. Habría que tener alas para saltar por el otro lado.

—Plasson..., tengo que encontrar a Plasson..., es necesario que se lo diga..., caramba, pues no era tan difícil, sólo había que pensar un poco...

Busca afanosamente el gorro de lana. No lo encuentra. Es comprensible: lo lleva puesto. Renuncia. Sale corriendo de la habitación.

—Hasta luego, Dood.

—Hasta luego.

Allí se queda el niño, con los ojos fijos en el mar. Permanece así un rato. Después de mirar con atención que no haya nadie por los alrededores, salta del alféizar. Por el lado de la playa, claro está.

Un día se despertaron y ya no había nada. No sólo habían desaparecido las huellas sobre la arena. Había desaparecido todo. Por así decirlo.

Una niebla increíble.

—No es niebla, son nubes.

Unas nubes increíbles.

—Son nubes de mar. Las de cielo están en lo alto. Las del mar están en lo bajo. No llegan con mucha frecuencia. Después se marchan.

Dira sabía un montón de cosas.

La verdad, al mirar afuera impresionaba. La noche anterior todo el cielo estaba estrellado, de fábula. Y ahora era como estar dentro de un tazón de leche. Sin contar el frío. Como estar dentro de un tazón de leche fría.

—En Carewall es lo mismo.

El padre Pluche estaba con la nariz pegada al cristal, como hechizado.

—Dura días y días. No se mueve ni un milímetro. Allí es niebla. Niebla de verdad. Y ya no percibe uno de nada, cuando llega. La gente debe salir de día con una antorcha en la mano. Para percibir algo. Pero ni siquiera eso sirve de mucho. Por la noche, no

digamos..., es frecuente que uno no perciba nada en absoluto. Fijaos: Arlo Crut, una noche, volvió a casa, se equivocó de casa y acabó metidito en la cama de Metel Crut, su hermano. Metel ni se dio cuenta, dormía como un tronco, pero su mujer sí que se dio cuenta. Un hombre que se metía en su cama, Increíble. Bueno, pues ¿sabéis qué le dijo ella?

Y aquí en la cabeza del padre Pluche se desató la consabida pugna, Dos bonitas frases partieron de la señal de salida del cerebro con la meta bien precisa ante sí de una voz con la que salir al aire libre. La más sensata de las dos, considerando que al fin y al cabo se trataba de la voz de un sacerdote, era sin duda alguna

—Hazlo, y me pongo a gritar.

Pero tenía el defecto de ser falsa. Venció la otra, la verdadera.

—Hazlo, o me pongo a gritar.

—¡Padre Pluche!

—¿Qué he dicho?

—¿Qué habéis dicho?

—¿Yo he dicho algo?

Estaban todos en la sala grande que daba al mar, protegidos de aquella inundación de nubes, pero no de la desagradable sensación de no saber bien qué hacer. Una cosa es no hacer nada. Otra cosa es no poder hacer nada. Es distinto. Todos estaban algo perdidos. Como peces en un acuario.

El más inquieto era Plasson: botas de caña alta y chaqueta de pescador, vagaba nerviosamente escrutando detrás de los cristales la marea de leche que no cedía ni un milímetro.

—Parece realmente uno de vuestros cuadros —anotó en voz alta Ann Deverià, que permanecía arrellanada en un sillón de mimbre, observando también el gran espectáculo—. Todo maravillosamente blanco.

Plasson siguió caminando arriba y abajo. Como si ni siquiera lo hubiera oído.

Bartleboom levantó la vista del libro que estaba hojeando ociosamente.

—Sois demasiado severa, madame Deverià, El señor Plasson está intentando hacer algo muy difícil. Y sus cuadros no son más blancos que las páginas de este libro mío.

—¿Vos estáis escribiendo un libro? —preguntó Elisewin desde su silla, delante de la gran chimenea.

—Una especie de libro.

—Has oído, padre Pluche, el señor Bartleboom escribe libros.

—No, no es exactamente un libro...

—Es una enciclopedia —aclaró Ann Deverià.

—¿Una enciclopedia?

Y así. A veces basta con nada para olvidar el gran mar de leche que mientras tanto te está fastidiando. Es suficiente acaso el sonido bronco de una palabra extraña.

Enciclopedia. Una sola palabra. Disparados. Todo el mundo: Bartleboom, Elisewin, padre Pluche, Plasson. Y madame Deveria.

—Bartleboom, no os hagáis el modesto, explicad a la señorita esa historia de los límites, de los ríos y de todo lo demás.

—Se titula Enciclopedia de los límites verificables en la naturaleza...

—Bonito título. Yo tenía un profesor, en el seminario...

—Dejad que hable, padre Pluche...

—Trabajo en ella desde hace doce años. Es algo muy complicado..., prácticamente estudio hasta dónde puede llegar la naturaleza, o, mejor dicho, dónde decide detenerse. Porque siempre acaba por detenerse, antes o después. Eso es científico. Por ejemplo...

—Ponedle el ejemplo de los copirones...

—Bueno, ése es un caso algo especial.

—¿Es que ya habéis oído la historia de los copirones, Plasson?

—Recordad que fue a mí a quien le contó la historia de los copirones, querida madame Deveria, y vos la escuchasteis de mí.

—Caramba, ésa era una frase larguísima, enhorabuena Plasson, estáis mejorando.

—Bueno, ¿y esos copirones?

—Los copirones viven en los glaciares del norte. Son animales perfectos, a su manera. Prácticamente no envejecen. Si quisieran, podrían ser eternos.

—Horrible.

—Pero, atención, la naturaleza lo controla todo, no se le escapa nada. Y, entonces, ¿qué es lo que sucede?, de repente, cuando tienen alrededor de setenta, ochenta años, los copirones dejan de comer.

—No.

—Sí. Dejan de comer. Viven de media otros tres años en ese estado. Después mueren.

—¿Tres años sin comer?

—De media. Algunos resisten incluso más. Pero al final, y eso es lo importante, mueren. Es científico.

—¡Pero es un suicidio!

—En cierto sentido.

—Y, en vuestra opinión, ¿debemos creémoslo, Bartleboom?

—Miren aquí, tengo hasta un dibujo..., el dibujo de un copirón...

—Caramba, teníais razón, Bartleboom, dibujáis de pena, la verdad es que no he visto nunca un dibujo (stop)

—No lo he hecho yo..., fue el marinero que me contó la historia quien lo dibujó...

—¿Un marinero?

—¿Toda esa historia la habéis sabido por un marinero?

—Sí, ¿por qué?

—Ah, enhorabuena, Bartleboom, verdaderamente científico...

—Yo os creo.

—Gracias, señorita Elisewin.

—Yo os creo, y también el padre Pluche, ¿verdad?

—Claro..., es una historia absolutamente verosímil, es más, pensándolo bien, ya la había oído, debió de ser en el seminario.

—Se aprenden un montón de cosas en esos seminarios..., ¿los hay también para señoras?

—Ahora que lo pienso, Plasson, podríais hacerme vos las ilustraciones de la Enciclopedia, sería magnífico, ¿no?

—¿Tendría que dibujar copirones?

—Bueno, aparte de los copirones, hay un montón de cosas más..., he escrito 872 voces, podréis elegir vos las que preferáis...

—¿872?

—¿No os parece una buena idea, madame Deverià?

—Para la voz mar me iría olvidando de la ilustración...

—El padre Pluche se ha dibujado su libro él solo.

—Elisewin, vamos...

—Pero es verdad...

—No me digáis que tenemos otro científico...

—Es un libro precioso.

—¿De verdad escribís vos también, padre Pluche?

—No, no, es una cosa un poco... especial, no es que sea exactamente un libro.

—Sí que es un libro.

—Elisewin...

—No se lo enseñas nunca a nadie, pero es precioso.

—Yo diría que son poesías.

—No exactamente.

—Pero os habéis acercado.

—¿Canciones?

—No.

—Vamos, padre Pluche, no os hagáis rogar...

—Eso es, precisamente...

—Precisamente, ¿qué?

—No, digo que a propósito de rogar...

—No me digáis que...

—Oraciones, Son oraciones.

—¿Oraciones?

—Vaya por Dios...

—Pero las oraciones del padre Pluche no son como las demás...

—A mí me parece una magnífica idea. Siempre he echado en falta un buen libro de oraciones.

—Bartleboom, un científico no debería rezar, si es un verdadero científico ni siquiera debería pensar en (stop)

—¡Al contrario! Precisamente porque estudiarnos la naturaleza, al no ser la naturaleza más que el espejo...

—Ha escrito una muy bonita sobre un médico. Es un científico, ¿no?

—¿Qué quiere decir eso de *sobre un médico*?

—Se titula *Oración de un médico que salva a un enfermo y en el instante en que éste se levanta, ya sano, se siente infinitamente cansado*.

—¿Cómo?

—Pero eso no es título de oración.

—Ya les he dicho que las oraciones del padre Pluche no son como las demás.

—Pero ¿se titulan todas así?

—Bueno, algunos títulos los he puesto un poco más breves, pero la idea es ésa.

—Decidnos algunos más, padre Pluche.

—Ah, ahora os interesan las oraciones, ¿eh, Plasson?

—No sé..., está la *Oración por un niño que no es capaz de decir las erres, o bien la Oración de un hombre que está cayendo por un barranco y no quisiera morir...*

—No puedo creerlo...

—Bueno, obviamente es muy corta, pocas palabras..., o bien la *Oración de un viejo a quien le tiemblan las manos, cosas así...*

—Pero ¡es extraordinario!

—¿Y cuántas habéis escrito?

—Unas cuantas... no son fáciles de escribir, de vez en cuando uno quisiera, pero si no viene la inspiración...

—Pero, más o menos, ¿cuántas?

—Por ahora... son 9.502.

—No...

—Es una locura...

—Diablos. Bartleboom, en comparación, vuestra enciclopedia es un cuadernillo de apuntes.

—Pero ¿cómo lo hacéis, padre Pluche?

—No lo sé.

—Ayer mismo escribió una bellísima.

—Elisewin...

—De verdad.

—Elisewin, por favor...

—Ayer por la noche escribió una sobre vos.

De golpe enmudecen todos.

*Ayer por la noche escribió una sobre vos.*

Pero no lo ha dicho mirando a ninguno de ellos.

*Ayer por la noche escribió una sobre vos.*

Miraba hada otra parte cuando lo ha dicho, y es allí hacia donde todos se vuelven, cogidos por sorpresa.

Una mesa, al lado de la vidriera de entrada. Un hombre sentado junto a la mesa, una pipa apagada en la mano. Adams. Nadie sabe cuándo ha llegado allí. Tal vez esté allí desde hace un instante, tal vez esté allí desde siempre.

—Ayer por la noche escribió una sobre vos.

Todos permanecen inmóviles. Pero Elisewin se levanta y se le acerca.

—Se titula *Oración de un hombre que no quiere decir su nombre*.

Pero con dulzura. Lo dice con dulzura.

—El padre Pluche cree que vos sois médico.

Adams sonrío.

—Sólo de vez en cuando.

—Pero yo digo que sois marinero.

Todos los demás, callados. Inmóviles. Pero no pierden palabra. Ni una.

—Sólo de vez en cuando.

—Y aquí, hoy, ¿qué es lo que sois?

Adams sacude la cabeza.

—Sólo alguien que aguarda.

Elisewin está de pie, delante de él. Tiene una pregunta precisa y sencillísima, en la cabeza:

—¿*Qué* aguardáis?

Sólo dos palabras. Pero no consigue decirlas porque un instante antes oye en su mente una voz que murmura:

*No me lo preguntes, Elisewin. No me lo preguntes, te lo ruego.*

Allí se queda, inmóvil, sin decir nada, con los ojos clavados en los de Adams, mudos como piedras.

Silencio.

Después Adams levanta la mirada por encima de ella y dice

—Hace un sol maravilloso hoy.

Al otro lado de los cristales, sin el menor lamento, han muerto todas las nubes, y brilla cegador el aire límpido de un día resucitado de la nada.

Playa. Y mar.

Luz.

El viento del norte.

El silencio de las mareas.

Días. Noches.

Una liturgia. Inmóvil, si uno se fija. *Inmóvil*.

Personas como gestos de un rito.

Algo distinto de los *hombres*.

Gestos.

Los respira la continua ceremonia cotidiana, transfigurados en oxígeno para un angélico *surplace*.

Los metaboliza el perfecto paisaje de la orilla, convertidos en figuras de abanicos de seda.

Cada día más inmutables.

Depositados a un paso del mar, se hacen desapareciendo, y en los intersticios de una elegante nada reciben la consolación de una transitoria inexistencia.

Flota, sobre ese *trompe-l'œil* del alma, el argentino tintinear de sus palabras, única perceptible hendidura en la quietud del innominable hechizo.

—¿Vos creéis que estoy loco?

—No.

Bartleboom le ha contado toda la historia. Las cartas, la caja de caoba, la mujer a la que aguarda. Todo.

—No se lo había contado nunca a nadie.

Silencio. Noche. Ann Deverià. El pelo suelto. Un largo camisón blanco hasta los pies, Su habitación. La luz que oscila en las paredes,

—¿Por qué a mí, Bartleboom?

El profesor se retuerce el dobladillo de la chaqueta, No es fácil, Nada fácil.

—Porque necesito que vos me ayudéis.

—¿Yo?

—Vos.

Uno se construye grandes historias, ésa es la verdad, y puede seguir creyéndoselas durante años, no importa lo absurdas que sean, ni lo inverosímiles, te las llevas contigo y basta. Se es hasta feliz con cosas así. *Feliz*. Y podría no acabar nunca. Luego, un día, sucede que se rompe algo en el corazón del gran artefacto fantástico, zas, sin razón alguna, se rompe de repente y tú te quedas ahí, sin comprender cómo es que toda aquella fabulosa historia ya no la llevas encima, sino *delante*, como si fuera la locura de otro y ese otro fueras tú. Zas, A veces, basta con nada, Incluso una sola pregunta que aflore. Basta con eso.

—Madame Deverià..., ¿cómo haré yo para reconocer a esa mujer, a la *mía*, cuando la encuentre?

Incluso una sola pregunta elemental que aflore desde las madrigueras subterráneas en las que la habíamos enterrado. Basta con eso.

—¿Cómo haré para reconocerla cuando la encuentre?

Ya.

—Pero ¿en todos estos años no os lo habéis preguntado nunca?

—No. Sabía que la reconocería, eso es todo. Pero ahora tengo miedo. Tengo miedo de ser incapaz de comprender. Y ella pasará. Y yo la perderé.

El profesor Bartleboom tiene en verdad toda la pena del mundo encima.

—Enseñádmelo vos, madame Deverrà, ¿cómo haré para reconocerla cuando la encuentre?

Elisewin duerme a la luz de una vela y de una niña. Y el padre Pluche, entre sus oraciones, y Plasson, en el blanco de sus cuadros. Tal vez duerma Incluso Adams, el animal al acecho. Duerme la posada Almayer, acunada por el océano mar.

—Cerrad los ojos, Bartleboom, y dadme vuestras manos.

Bartleboom obedece. Y de inmediato siente bajo sus manos el rostro de esa mujer, y los labios que juegan con sus dedos, y después el cuello delgado y la blusa que se abre, las manos de ella que guían las suyas por esa piel cálida y suavísima, y las aprietan contra sí, para sentir los secretos de ese cuerpo desconocido, para aferrar ese calor; luego subirán por los hombros, entre el pelo y de nuevo entre los labios, donde los dedos se deslizan adelante y atrás hasta que llega una voz a detenerlas y a escribir en el silencio:

—Miradme, Bartleboom.

La blusa reposa sobre su regazo. Los ojos le sonrían sin turbación alguna.

—Un día veréis a una mujer y sentiréis todo esto sin siquiera tocarla. Dadle vuestras cartas. Las habréis escrito para ella.

Rondan miles de cosas en la cabeza de Bartleboom, mientras retira las manos, manteniéndolas abiertas, como si al cerrarlas se le escapara todo.

Estaba tan confuso que, cuando salió de la habitación, le pareció ver, en la penumbra, la irreal figura de una niña bellísima, abrazada a una enorme almohada, al fondo de la cama. Sin ropa. La piel blanca como una nube de mar.

—¿Cuándo quieres marcharte, Elisewin? —dice el padre Pluche.

—¿Y tú?

—Yo no quiero nada. Pero debemos llegar a Daschenbach antes o después. Allí es donde debes curarte. Éste..., éste no es un sitio bueno para curarse.

—¿Por qué dices eso?

—Hay algo aquí..., hay algo *enfermo* en este sitio. ¿No te has dado cuenta? Los cuadros blancos del pintor, las mediciones infinitas del profesor Bartleboom..., y luego esa señora tan hermosa y sin embargo infeliz y tan sola, no sé..., por no hablar de ese hombre que *aguarda*..., lo único que hace es aguardar, Dios sabe qué o a quién... Está todo..., está todo estancado a un paso más allá de las cosas. No hay nada *real*, ¿eso lo entiendes?

Elisewin calla y piensa.

—Y no sólo eso. ¿Sabes lo que he descubierto? Hay otro huésped en la posada. En la séptima habitación, la que parece vacía. Bueno, pues no lo está. Hay un hombre dentro. Pero no sale nunca. Dira no ha querido decirme quién es. Ninguno de los demás lo ha visto nunca. Le llevan la comida a la habitación. ¿Te parece normal?

Elisewin calla.

—Qué clase de lugar es éste, donde hay gente pero es invisible, o va de un lado a otro hasta el infinito, como si tuviera la eternidad por delante para...

—Ésta es la orilla del mar, padre Pluche. Ni tierra ni mar. Es un lugar que no existe.

Elisewin se levanta. Sonríe.

—Es un mundo de ángeles.

Se dispone a salir. Se detiene.

—Nos iremos, padre Pluche. Unos días más y nos iremos.

—Entonces, escúchame bien, Dol. Tú debes mirar el mar. Y cuando veas un barco, me lo dices. ¿Entendido?

—Sí, señor Plasson.

—Estupendo.

La cosa es que Plasson no ve muy bien que digamos. Ve de cerca, pero no ve de lejos. Dice que ha pasado demasiado tiempo mirando las caras de los ricos. Estropea la vista. Por no hablar de lo demás. Así que aunque busca los barcos, no los encuentra. Quizás Dol lo consiga.

—Es que los barcos pasan lejos, señor Plasson.

—¿Por qué?

—Tienen miedo de los pasos del diablo.

—¿Y eso qué es?

—Arrecifes. Hay arrecifes aquí delante, a lo largo de toda la costa. A ras de agua, y no siempre se ven. Por eso las naves se mantienen alejadas.

—Sólo nos faltaban los arrecifes.

—Los puso el diablo.

—Sí, Dol.

—De verdad. Veréis, el diablo vivía allí, en la isla de Taby. Bueno, pues un día una muchacha que era una santa cogió una barca y remando durante tres días y tres noches llegó hasta la isla. Era preciosa.

—¿La isla o la santa?

—La muchacha.

—Ah.

—Era tan bella que cuando el diablo la vio se llevó un susto de muerte. Intentó echarla, pero ella no se movió ni un milímetro. Estaba allí y lo miraba. Hasta que un día el diablo ya no pudo más...

—Pudo.

—Ya no pudo más y, gritando, echó a correr y a correr, dentro del mar hasta que desapareció y nadie ha vuelto a verlo.

—¿Y qué tienen que ver los arrecifes?

—Tienen que ver porque, a cada paso que el diablo daba al huir, surgía del mar un arrecife. Allá donde ponía un pie, zas, aparecía un arrecife. Y ahora están todavía ahí. Son los pasos del diablo.

—Bonita historia.

—Sí.

—¿Ves algo?

—No.

Silencio.

—Pero ¿nos vamos a quedar todo el día aquí?

—Sí.

Silencio.

—A mí me gustaba más cuando iba a recogeros de noche con la barca.

—No te distraigas, Dol.

—Podrías escribir una poesía para ellas, padre Pluche.

—¿Vos creéis que las gaviotas rezan?

—Naturalmente. Sobre todo, cuando están a punto de morir.

—¿Y vos rezáis alguna vez, Bartleboom?

Bartleboom se coloca el gorro de lana en la cabeza.

—Hace tiempo rezaba. Después hice un cálculo. En ocho años me permití pedir al Omnipotente dos cosas. Resultado: mi hermana murió y la mujer con la que me casaré todavía tengo que encontrarla. Ahora rezo mucho menos.

—No creo que...

—Los números hablan claro, padre Pluche. El resto es poesía.

—Precisamente. Sólo con que fuéramos un poco más...

—No pongáis las cosas difíciles, padre Pluche. La cuestión es muy sencilla. ¿Vos creéis de verdad que Dios existe?

—Bueno, hombre, *existir* me parece un término un poco excesivo, pero creo que está, eso es, de una manera muy suya, pero *está*.

—¿Y que diferencia hay?

—Hay diferencia, Bartleboom, vaya si la hay. Coged, por ejemplo, esa historia de la séptima habitación..., sí, la historia de ese hombre, en la posada, que no sale nunca de su habitación y todo lo demás, ¿no?

—¿Y qué?

—Nadie lo ha visto nunca. Come, por lo que se ve. Pero podría ser perfectamente un truco. Podría no existir. Una invención de Dira. Pero para nosotros, sea como fuere,

*estaría*. Por la noche se enciende la luz en esa habitación, de vez en cuando se oyen ruidos, vos mismo, os he visto, cuando pasáis por delante, aflojáis el paso, procuráis mirar, oír algo... Para nosotros ese hombre *está ahí*.

—Eso no es verdad, y además ése es un loco, es un...

—No es un loco, Bartleboom. Dira dice que es un señor, un auténtico caballero. Dice que tiene un secreto, eso es todo, pero que es una persona muy normal.

—¿Y vos os lo creéis?

—No sé quién es, no sé si *existe*, pero sé que está. Para mí, está. Y es un hombre que tiene miedo.

—¿Miedo?

Bartleboom sacude la cabeza.

~¿Y de qué?

—¿Vos no vais a la playa?

—No.

—Vos no paseáis, no escribís, no pintáis cuadros, no habláis, no hacéis preguntas. Vos aguardáis, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿por qué? ¿Por qué no hacéis lo que debéis hacer y acabáis de una vez?

Adams levanta la mirada hacia esa niña que habla con una voz de mujer cuando quiere, y en ese momento quiere.

—En mil sitios distintos del mundo he visto posadas como esta. O tal vez he visto esta posada en mil sitios distintos del mundo. La misma soledad, los mismos colores, los mismos perfumes, el mismo silencio. La gente llega aquí y el tiempo se detiene. Para algunos, debe de ser una sensación como de felicidad, ¿verdad?

—Para algunos.

—Si yo pudiera volver atrás, elegiría esto: vivir *delante* del mar.

Silencio.

—Delante.

Silencio.

—Adams...

Silencio.

—Dejaos de esperas. En el fondo, no es tan difícil matar a alguien.

—Pero ¿tú qué crees? ¿Moriré allí?

—¿En Daschenbach?

—Cuando me metan en el mar.

—Pero bueno...

—Venga, dime la verdad, padre Pluche, sin bromas.

—No morirás, te lo juro, no morirás.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Ay.

—Lo he soñado.

—Soñado...

—Escúchame, entonces. Una noche, me voy a acostar, me meto en la cama y, cuando estoy a punto de apagar la luz, veo que la puerta se abre y entra un chico. Creía que era un camarero o algo parecido. Y en cambio se me acerca y me dice: «¿Hay algo que queráis soñar esta noche, padre Pluche?» Así. Y yo digo: «La condesa Vermeer bañándose.»

—Padre Pluche...

—Era una broma, ¿no? Pues bien, él no dice nada, sonrío un poco y se va. Yo me quedo dormido y ¿qué es lo que sueño?

—La condesa Vermeer bañándose.

—Precisamente.

—Y ¿cómo era?

—Ah, nada, una desilusión.

—¿Fea?

—Todo apariencia, una desilusión... Bueno... Ese chico vuelve cada noche. Se llama Ditz. Y todas las veces me pregunta si quiero soñar algo. Así que anteayer le dije: «Quiero soñar con Elisewin. Quiero soñar con ella cuando sea mayor.» Me quedé dormido y soñé contigo.

—Y ¿cómo estaba?

—Viva.

—¿Viva? ¿Y qué más?

—Viva. No me preguntes nada más. Estabas viva.

—Viva... ¿yo?

Ann Deverià y Bartleboom, sentados la una junto al otro, en una barca varada.

—Y vos ¿qué le habéis contestado? —pregunta Bartleboom.

—No le he contestado.

—¿No?

—No.

~¿Y qué sucederá ahora?

—No lo sé. Creo que vendrá.

~¿Sois feliz por ello?

—Le deseo. Pero no sé.

—Ojalá venga hasta aquí y os lleve lejos, para siempre.

—No digáis idioteces, Bartleboom.

—¿Y por qué no? Os ama, lo habéis dicho vos, sois todo lo que tiene en el mundo...

El amante de Ann Deverià ha descubierto por fin dónde la ha confinado el marido. Le ha escrito. En este momento quizás esté ya de viaje hacia ese mar y esa playa.

—Yo vendría hasta aquí y os llevaría lejos para siempre.

Ann Deverià sonríe.

—Decídmelo de nuevo, Bartleboom. Justo con ese tono, os lo ruego. Decídmelo de nuevo.

—¡Allí..., está allí!

—Allí, pero ¿dónde?

—Ahí..., no, más a la derecha, eso, allí...

—¡Ya lo veo! Lo veo, por Dios.

—¡Tres mástiles!

—¿Tres mástiles?

—Es de tres mástiles, ¿no lo veis?

—¿Tres?

—Plasson, pero nosotros ¿cuánto tiempo hace que estamos aquí?

—Desde siempre, madame.

—No, os lo digo en serio.

—Desde siempre, madame, en serio.

—Yo creo que es un jardinero.

—¿Por qué?

—Sabe los nombres de los árboles.

—¿Y vos cómo lo sabéis, Elisewin?

—A mí ese asunto de la séptima habitación no me gusta nada.

—¿Qué más os da?

—Me da miedo un hombre que no se deja ver.

—El padre Pluche dice que es él quien tiene miedo.

—¿Y de qué?

—A veces me pregunto qué es lo que estamos esperando desde hace tanto tiempo.  
Silencio.

—Que sea demasiado tarde, madame.

Habría podido continuar así para siempre.

Libro Segundo.  
El vientre del mar

Catorce días después de haber zarpado de Rochefort, la fragata *Alliance*, de la marina francesa, encalló, por la falta de pericia del comandante y la imprecisión de los mapas, en un banco de arena frente a las costas de Senegal. Todos los intentos para liberar el casco de la nave resultaron inútiles. No quedó más remedio que abandonar el barco. Dado que los botes disponibles no eran suficientes para acoger a todos los tripulantes, se construyó y botó una balsa de unos cuarenta pies de largo y la mitad de ancho. En ella hicieron subir a ciento cuarenta y siete hombres: soldados, marinos, algún pasajero, cuatro oficiales, un médico y un ingeniero cartógrafo. El plan de evacuación de la nave preveía que los cuatro botes disponibles remolcasen la balsa hasta la orilla. Poco después de haber abandonado los restos de la *Alliance*, sin embargo, el pánico y la confusión se apoderaron del convoy que, lentamente, intentaba ganar la costa. Por cobardía o ineptitud —nadie consiguió establecer nunca la verdad—, los botes perdieron el contacto con la balsa. La soga de remolque se rompió. O alguien la cortó. Los botes continuaron acercándose a tierra y la balsa fue abandonada a su suerte. No habría pasado ni media hora cuando, arrastrada por las corrientes, ya había desaparecido en el horizonte.

Lo primero es mi nombre, Savigny.

Lo primero es mi nombre, lo segundo es la mirada de los que nos abandonaron —sus ojos, en aquel momento — los mantenían clavados en la balsa, no lograban mirar hacia otra parte, pero no había nada en el interior de aquella mirada, la nada absoluta, ni odio ni piedad, remordimiento, miedo, nada. Sus ojos.

Lo primero es mi nombre, lo segundo esos ojos, lo tercero un pensamiento: voy a morir, no moriré. Voy a morir no moriré voy a morir no moriré voy —el agua llega hasta las rodillas, la balsa se desliza bajo la superficie del mar, aplastada por el peso de demasiados hombres— a morir no moriré voy a morir no moriré —el olor, olor de miedo, de mar y de cuerpos, la madera que cruje bajo los pies, las voces, las cuerdas a las que agarrarse, mi ropa, mis armas, la cara del hombre que— voy a morir no moriré voy a morir no moriré voy a morir —las olas por todas partes, no hay que pensar ¿dónde está la tierra?, ¿quién nos lleva?, ¿quién tiene el mando?, el viento, la corriente, las plegarias como lamentos, las plegarias de rabia, el mar que grita, el miedo que

Lo primero es mi nombre, lo segundo esos ojos, lo tercero un pensamiento y lo cuarto es la noche que se acerca, nubes sobre la luz de la luna, horrible oscuridad, ruidos solamente, es decir, gritos y lamentos y plegarias y blasfemias, y el mar que se levanta y empieza a barrer por todas partes aquel amasijo de cuerpos —sólo queda sujetarse a lo que se pueda, una cuerda, los tablones, el brazo de alguien, toda la noche, dentro del agua, bajo el agua, si hubiera una luz, una luz cualquiera, esta oscuridad es eterna, e insoportable el

lamento que acompaña a cada instante —pero un momento, recuerdo, bajo el golpe de una ola imprevista, muro de agua, recuerdo, de repente, el silencio, un silencio escalofriante, un instante, y yo que grito, y que grito, y que grito,

Lo primero es mi nombre, lo segundo esos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto es la noche que se acerca, lo quinto son los cuerpos destrozados, atrapados entre los tablones de la balsa, un hombre como un pelele, colgado de un palo que le ha atravesado el tórax y que lo mantiene ahí, oscilando según la danza del mar, a la luz del día que descubre los muertos inmolados por el mar en la oscuridad, los separan uno a uno de sus horcas y al mar, que los ha atrapado, los restituyen, mar por todas partes, no hay tierra, no hay nave en el horizonte, nada —y es en ese paisaje de cadáveres y de nada donde un hombre se abre paso entre los otros y sin decir palabra se desliza hasta el agua y empieza a nadar, se va, simplemente, y otros lo ven y lo siguen, y a decir verdad algunos ni tan siquiera nadan, sólo se dejan caer al mar, sin moverse, desaparecen —incluso es *dulce* verlos —se abrazan antes de entregarse al mar —lágrimas en las caras de hombres inesperados— después se dejan caer al mar y respiran hondo el agua salada hasta bien dentro de los pulmones, abrasándolo todo, todo, nadie los detiene, nadie

Lo primero es mi nombre, lo segundo esos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto es la noche que se acerca, lo quinto esos cuerpos destrozados, y lo sexto es *hambre* —hambre que crece dentro y muerde en la garganta y baja a los ojos, cinco barricas de vino y un único saco de galletas, dice Córreard, el cartógrafo: No lo lograremos —los hombres se miran, se espían, es el instante en que se decide *cómo* se luchará, si es que se lucha, dice Lheureux, el primer oficial: Una ración para cada hombre, dos vasos de vino y una galleta —los hombres se espían, quizás sea la luz o el mar, que oscila perezoso como una tregua, o las palabras que Lheureux articula de pie sobre una barrica: Nos salvaremos, por el odio que profesamos a los que nos han abandonado, y regresaremos para mirarlos a los ojos, y ya no podrán volver a dormir ni vivir ni escapar a la maldición que seremos para ellos nosotros, los vivos, y ellos, asesinados cada día, para siempre, por su propia culpa —quizás sea esa luz silenciosa o el mar, que oscila perezoso, como una tregua, pero lo que ocurre es que los hombres callan y la desesperación se convierte en mansedumbre y orden y calma —desfilan uno a uno ante nosotros, sus manos, nuestras manos, una ración para cada uno —es casi un absurdo, podría pensarse, en el corazón del mar, más de cien hombres derrotados, perdidos, derrotados, se alinean en orden, un dibujo perfecto en el caos sin dirección del vientre del mar, para sobrevivir, silenciosamente, con inhumana paciencia, e inhumana razón.

Lo primero es mi nombre, lo segundo esos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto esos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre y lo séptimo es horror, el *horror*

que estalla de noche —de nuevo la noche —el horror, la ferocidad, la sangre, la muerte, el odio, fétido horror. Se han apoderado de una barrica y el vino se ha apoderado de ellos. A la luz de la luna, un hombre da fuertes golpes con un hacha en los cordajes de la balsa, un oficial intenta detenerlo, se le echan encima y lo hieren a puñaladas, regresa sangrando hacia nosotros, sacamos los sables y los fusiles, desaparece la luz de la luna detrás de las nubes, es difícil comprender, es un instante interminable, y después una ola invisible de cuerpos y gritos y de armas que se abate sobre nosotros, la desesperación que busca la muerte, rápido y que todo termine, y el odio que busca un enemigo, rápido, para arrastrar al infierno —y en la luz que viene y desaparece recuerdo aquellos cuerpos corriendo hacía nuestros sables y el estallido de los disparos de fusil, y la sangre brotando de las heridas, y los pies resbalando sobre las cabezas aplastadas entre los tablones de la balsa, y aquellos desesperados arrastrándose con las piernas destrozadas hasta alguno de nosotros y, ya desarmados, mordemos en las piernas y permanecer aferrados esperando el disparo y la hoja que los destroce, al final —yo recuerdo— morir dos de los nuestros, literalmente despedazados a mordiscos por aquella bestia inhumana surgida de la nada de la noche, y morir decenas de ellos, descuartizados y ahogados, se arrastran por la balsa mirando hipnotizados sus mutilaciones, invocando a los santos mientras sumergen las manos en las heridas de los nuestros para arrancarles las vísceras —yo recuerdo—, un hombre se me echa encima, me aprieta el cuello con sus manos, y mientras intenta estrangularme no para de gimotear ni un instante «piedad, piedad, piedad», espectáculo absurdo, mi vida está en sus manos, y la suya sobre la punta de mi sable, que al final le penetra por un costado y después en el vientre y después en la garganta y después en la cabeza, que rueda al agua, y después en lo que queda, un amasijo de sangre, atrapado entre los tablones de la balsa, pelele inútil en el que empapo mi sable una vez, y dos y tres y cuatro y cinco

Lo primero es mi nombre, lo segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre, lo séptimo horror y lo octavo los fantasmas de la locura, afloran en aquella especie de matadero, hórrido campo de batalla enjuagado por las olas, cuerpos por todas partes, pedazos de cuerpos, rostros verduscos, amarillentos, sangre coagulada en ojos sin pupilas, heridas abiertas y labios cuarteados, como cadáveres vomitados por la tierra, inconexo terremoto de muertos, moribundos, adoquinado de agonías engastadas en el peligroso esqueleto de la balsa en el que los vivos —los vivos— deambulan robando a los muertos miserias de nada, pero sobre todo desvaneciéndose en la locura uno a uno, cada cual a su manera, cada cual con sus fantasmas, arrebatados a la mente por el hambre, y por la sed, y por el miedo, y por la desesperación. Fantasmas. Todos los que ven tierra, ¡Tierra!, o naves en el horizonte. Gritan, y nadie los escucha. Hay uno

que escribe una carta de protesta formal al almirante para expresar su indignación y denunciar la infamia y reclamar de manera oficial... Palabras, plegarias, visiones, un banco de peces voladores, una nube que indica el camino de la salvación, madres, hermanos, esposas que aparecen para enjugar las heridas y ofrecer agua y caricias, hay alguien que busca afanosamente su espejo, su espejo, quién ha visto mi espejo, devolvedme mi espejo, un espejo, mi espejo, un hombre que bendice a los moribundos con blasfemias y lamentos, y alguien habla al mar, en voz baja, le habla, sentado en el borde de la balsa, lo corteja, podría decirse, y oye sus respuestas, el mar que responde, un diálogo, el último, otros al final ceden a sus respuestas astutas y, convencidos, se dejan caer en el agua y se entregan al gran amigo que los devora llevándoselos lejos —mientras sobre la balsa, adelante y atrás, continúa corriendo León, León el muchacho, León el chico, León que tiene doce años, y la locura se ha apoderado de él, el terror se ha adueñado de él, y adelante y atrás corre de un lado para otro de la balsa gritando sin descanso un único grito madre mía madre mía madre mía madre mía, León de la dulce mirada y de la piel de terciopelo corre demencialmente, pájaro enjaulado, hasta matarse, le estalla el corazón, o quién sabe qué, dentro, quién sabe qué para hacer que se desplome de ese modo, de repente, con los ojos desorbitados y una convulsión en el pecho que lo sacude y al final lo arroja al suelo, inmóvil, de donde lo recogen los brazos de Gilbert —Gilbert, que lo quería— y lo abrazan con fuerza —Gilbert, que lo quería y ahora lo llora y lo besa, inconsolable, era extraño ver, allí en medio, en medio del infierno, la cara de aquel viejo que se inclina sobre los labios de aquel niño, era extraño ver esos besos, cómo puedo olvidarlos, yo que vi aquellos besos, yo sin fantasmas, yo con la muerte a cuestas y ni tan siquiera la gracia de algún fantasma o de alguna dulce locura, yo que he dejado de contar los días, pero sé que cada noche, de nuevo, aparecerá aquella bestia, tendrá que aparecer, la bestia del horror, el matadero nocturno, esta guerra que libramos, esta muerte que sembramos alrededor para no morir, nosotros que

Lo primero es mi nombre, lo segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre, lo séptimo horror, lo octavo los fantasmas de la locura y lo noveno es carne aberrante, carne, carne secándose en los obenques de la vela, carne que sangra, carne, carne de hombre, en mis manos, bajo mis dientes, carne de hombres que he visto, que estaban allí, carne de hombres vivos y después muertos, asesinados, despedazados, enloquecidos, carne de brazos y de piernas que he visto luchar, carne arrancada de los huesos, carne que tenía un nombre, y que ahora devoro loco de hambre, días masticando el cuero de nuestros cinturones y pedazos de estopa, ya no hay nada más, nada, en esta balsa atroz, agua de mar y orina puesta a refrescar en vasos de hojalata, pedazos de estaño bajo la lengua para no enloquecer de sed, y mierda que no se consigue engullir, y cuerdas

empapadas de sangre y de sal como único alimento que sabe a vida, hasta que alguien, ciego de hambre, se reclina sobre el cadáver del amigo y llorando y hablando y rogando le arranca la carne, y como una bestia se la lleva consigo a un rincón y empieza a chuparla y después a morder y a vomitar y de nuevo a morder, venciendo rabiosamente la repugnancia para arrancarle a la muerte el último atajo hacia la vida, sendero atroz, pero que uno a uno enfilamos, todos, ahora iguales en ese convertimos en bestias y chacales, al final mudos, cada uno con su jirón de carne, el sabor áspero entre los dientes, las manos pringosas de sangre, en el vientre el mordisco de un dolor alucinante, el olor a muerte, el hedor, la piel, la carne que se deshace, la carne deshilacliada, que rezuma agua y suero, aquellos cuerpos abiertos, como gritos, mesas preparadas para los animales que somos, final de todo, rendición horrible, derrota obscena, abominable descalabro, blasfema catástrofe, y es allí donde yo —yo — levanto la mirada —yo levanto la mirada —la mirada —es allí donde levanto la mirada y lo veo —yo—, lo veo: el *mar*. Por primera vez, después de días y días, verdaderamente lo veo. Y oigo su voz desmedida y el fortísimo olor y, dentro, su imparable danza, ola infinita. Todo desaparece y sólo queda él, frente a mí, sobre mí. Una revelación. Se diluye la mortaja de dolor y de miedo que me ha robado el alma, se deshace la red de las infamias, de las crueldades, de los horrores que se han apoderado de mis ojos, se disuelve la sombra de la muerte que ha devorado mi mente, y en la luz repentina de una claridad imprevisible finalmente veo, y siento, y comprendo. El mar. Parecía un espectador, hasta silencioso, cómplice. Parecía marco, escenario, telón. Ahora lo veo y comprendo: el mar era todo. Ha sido, desde el primer momento, todo. Lo veo bailar a mi alrededor, suntuoso en una luz de hielo, maravilloso monstruo infinito. Él estaba en las manos que mataban, en los muertos que morían, él estaba en la sed y en el hambre, en la agonía estaba él, en la cobardía y en la locura, él era el odio y la desesperación, era la piedad y la renuncia, él es esta sangre y esta carne, él es este horror y este esplendor. No hay balsa, no hay hombres, no hay palabras, sentimientos, gestos, nada. No hay culpables ni inocentes, condenados y salvados. Hay sólo mar. Todas las cosas se han convertido en mar. Nosotros, abandonados por la tierra, somos el vientre del mar, y el vientre del mar somos nosotros, y en nosotros respira y vive. Contemplo cómo baila en su capa esplendorosa para alegría de sus propios ojos invisibles y finalmente sé que ésta no es la derrota de ningún hombre, puesto que todo esto se trata solamente del triunfo del mar, y de su gloria, y entonces, entonces **HOSANNA, HOSANNA, HOSANNA**, océano mar, poderoso océano sobre todas las potencias y maravilloso sobre todas las maravillas, **HOSANNA Y GLORIA A ÉL**, amo y siervo, víctima y verdugo, **HOSANNA**, la tierra se inclina a su paso y roza con labios perfumados la orla de su manto, **SANTO, SANTO, SANTO**, regazo de todo neonato y vientre de toda muerte, **HOSANNA Y GLORIA A ÉL**, refugio de todo destino y corazón que respira, inicio

y fin, horizonte y fuente, amo de la nada, maestro del todo, **HOSANNA Y GLORIA A ÉL**, señor del tiempo y amo de las noches, el único y el solo, **HOSANNA** porque suyo es el horizonte, y vertiginoso su seno, profundo e insondable, y **GLORIA, GLORIA, GLORIA** en lo alto de los cielos porque no hay cielo que en Él no se refleje y se pierda, y no hay tierra que a Él no se rinda; Él, invencible, Él, esposo predilecto de la luna y padre atento de las gentiles mareas, ante Él se inclinen todos los hombres y eleven el canto de **HOSANNA Y DE GLORIA** ya que Él está dentro de ellos, y en ellos crece, y ellos en Él viven y mueren, y Él es para ellos el secreto y la meta y la verdad y la condena y la salvación y el único camino para la eternidad, y así es, y así continuará siendo, hasta el fin de los días, que será el fin del mar, si el mar tiene fin, Él, el Santo, el Único y el Solo, Océano Mar, por quien **HOSANNA Y GLORIA** hasta el fin de los siglos. **AMÉN.**

A m é n.

Lo primero

lo primero es mi nombre,

lo primero es mi nombre, lo

segundo aquellos ojos,

lo primero es mi nombre, lo

segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca,

lo primero es mi nombre, lo

segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre

lo primero es mi nombre, lo

segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre, lo séptimo horror, lo octavo los fantasmas de la locura

lo primero es mi nombre, lo

segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre, lo séptimo honor, lo octavo los fantasmas de la locura, lo noveno es carne y lo décimo es un hombre que me mira

y no me mala. Se llama Thomas. De todos ellos era el más fuerte. Porque era astuto. No conseguimos matarlo. Lo intentó Lheureux, la primera noche, Lo intentó Corréard. Pero ese hombre tiene siete vidas. A mi alrededor todos sus compañeros están muertos. En la balsa sólo quedamos quince. Y uno es él. Ha permanecido Largo tiempo en el rincón más alejado de nosotros. Después ha empezado a arrastrarse, lentamente, y a acercarse. Cada movimiento es un esfuerzo imposible, bien lo sé yo, que permanezco inmóvil aquí, desde la última noche, y aquí he decidido morir. Cada palabra es un esfuerzo atroz y cada movimiento una fatiga imposible. Pero él continúa acercándose. Lleva un cuchillo en el cinto. Y es a mí a quien busca. Lo sé.

Quién sabe cuánto tiempo ha pasado. Ya no hay día, ya no hay noche, todo es silencio inmóvil. Somos un cementerio a la deriva. He abierto los ojos y él estaba aquí. No sé si es una pesadilla o es real. Quizás sólo sea la locura, finalmente, una locura que ha venido a buscarme. Pero si es la locura, hace daño, y no tiene nada de dulce. Yo querría que ese hombre hiciera algo. Pero sigue mirándome y basta. Podría dar un solo paso y lo tendría ya encima. Yo ya no tengo armas. Él tiene un cuchillo. Yo ya no tengo fuerzas, nada. Él tiene en sus ojos la calma y la fortaleza de un animal al acecho. Es increíble que todavía consiga odiar, aquí, en esta sórdida cárcel a la deriva donde ya no hay más que muerte. Es increíble que consiga *recordar*. Bastaría con que consiguiera hablar, bastaría con que hubiera un poco de vida en mí, para decirle que lo hiciera, que no hay piedad, que no hay culpa en este infierno y que ni él ni yo estamos aquí, sino sólo el *mar*, el océano mar. Le diría que no me mirase más, y que me matará. Por favor. Pero no soy capaz de hablar. Él no se mueve de su sitio, no quita sus ojos de los míos. Y no me mata. ¿Cuándo acabará todo esto?

Hay un silencio horrendo en la balsa y alrededor de ella. Ya nadie se queja Los muertos están muertos, los vivos esperan y basta. Ni plegarias, ni gritos, nada. El mar danza, pero lentamente, parece una despedida, en voz baja. Ya no siento ni hambre ni sed ni dolor. Todo es sólo un inmenso cansancio. Abro los ojos. Ese hombre todavía sigue ahí. Vuelvo a cerrarlos. Mátame, Thomas, o déjame morir en paz. Ya te has vengado. Márchate. Gira los ojos hacia el mar. Yo ya no soy nada. Ya no es mía mi alma, ya no es mía mi vida, no me robes, con esos ojos, la muerte.

El mar danza, pero lentamente.

Ni plegarias, ni gritos, nada.

El mar danza, pero lentamente.

¿Querrá contemplar mi muerte?

Me llaman Thomas. Y ésta es la historia de una infamia. La escribo en mi mente, ahora, con las fuerzas que me quedan y con los ojos fijos en ese hombre que nunca obtendrá mi perdón. La muerte la leerá.

La *Alliance* era una nave fuerte y grande. El mar nunca habría podido derrotarla. Se requieren tres mil robles para construir una nave como ésa. Un bosque flotante. Lo que la condenó fue la estupidez de los hombres. El capitán Chamareys consultaba los mapas y medía la profundidad del lecho marino. Pero no sabía leer el mar. No sabía leer sus colores. La *Alliance* acabó en el banco de Arguin sin que nadie supiera detenerla. Extraño naufragio; se oyó una especie de sordo lamento que subía desde las entrañas del casco y después la nave se quedó clavada, ligeramente escorada hacia un lado. Inmóvil. Para siempre. He visto naves espléndidas luchando contra tormentas feroces, y he visto algunas de ellas rendirse y desaparecer entre olas altas como castillos. Era como un duelo. Bellísimo. Pero la *Alliance* no ha podido combatir. Un final silencioso. Con un inmenso mar casi plano a su alrededor. El enemigo lo tenía dentro, no delante. Y toda su fuerza nada valía contra un enemigo así. He visto muchas vidas naufragar de esa manera absurda. Pero naves, nunca.

El casco empezaba a crujir. Decidieron abandonar la *Alliance* a su suerte y construyeron aquella balsa. Olía a muerte incluso antes de bajarla al agua. Los hombres lo notaban y se agolpaban alrededor de los botes para escapar de aquella trampa. Hubo que apuntar los fusiles contra ellos para obligarlos a subir. El capitán prometió y juró que no los abandonarían, que los botes remolcarían la balsa, que no había ningún peligro. Acabaron, amontonados como animales, en aquella barcaza sin bordes, sin quilla, sin timón. Y yo era uno de ellos. Había soldados y marineros. Algún pasajero. Y además cuatro oficiales, un cartógrafo y un médico llamado Savigny: se colocaron en el centro de la balsa, donde se habían puesto las provisiones, las pocas que no se habían perdido en el mar durante el caótico transbordo. Estaban de pie, subidos sobre un arcón: a su alrededor estábamos nosotros, con el agua hasta las rodillas porque la balsa se hundía con nuestro peso. Tendría que haberlo comprendido todo desde ese mismo momento.

De aquellos instantes me ha quedado una imagen. Schmaltz. Schmaltz el gobernador, quien tenía que tomar posesión, en nombre del rey, de las nuevas colonias. Lo bajaron por el costado de estribor sentado en su sitial. El sitial, de terciopelo y oro, y él sentado encima, impasible. Los bajaron como si fueran una única estatua. Nosotros, en aquella balsa, todavía amarrados a la *Alliance*, pero combatiendo ya contra el mar y el miedo. Y él allí bajando, colgado en el vacío, hacia su bote, seráfico como esos ángeles que descienden desde el techo en los teatros de las ciudades. Oscilaba, él con su sitial, como un péndulo. Y pensé: oscila como un ahorcado, en la brisa de la tarde.

No sé cuál fue el momento exacto en que nos abandonaron. Estaba luchando por permanecer de pie y por mantener a Thérèse cerca de mí. Pero oí unos gritos, y después unos disparos. Levanté la mirada. Y por encima de decenas de cabezas que ondeaban, y de decenas de manos que cortaban el aire, vi el mar, y los botes lejanos,

y la nada entre ellos y nosotros. Miraba incrédulo. Sabía que no volverían. Estábamos en manos del azar. Sólo la fortuna podría salvarnos. Pero los derrotados nunca tienen fortuna.

Thérèse era una chiquilla. No sé cuántos años tendría en realidad. Pero parecía una chiquilla. Cuando yo estaba en Rochefort y trabajaba en el puerto, ella pasaba con las cestas de pescado y me miraba. Me miró hasta que me enamoré de ella. Era todo lo que tenía allí. Mi vida, en lo que pudiera valer, y ella. Cuando me enrolé en la expedición a las nuevas colonias, conseguí que la emplearan como despensera. Así partimos, embarcados los dos en la *Alliance*. Parecía un juego. Pensándolo bien, en aquellos primeros días parecía un juego. Si sé lo que significa ser feliz, en aquellas noches nosotros lo éramos. Cuando acabé entre los que tenían que subir a la balsa, Thérèse quiso venir conmigo. Ella podía haber subido a un bote, pero quiso venir conmigo. Yo le dije que no cometiera una locura, que nos encontraríamos en tierra, que no tenía nada que temer. Pero ella no quiso escucharme. Había hombres grandes y fuertes como rocas que lloriqueaban e imploraban un sitio en aquellos malditos botes, saltando de la balsa, y arriesgándose a que los mataran con tal de huir de allí. Ella se subió a la balsa, sin decir ni una palabra, escondiendo todo el miedo que tenía. Las mujeres hacen cosas, a veces, que lo dejan a uno de piedra. Podrías pasarte toda la vida intentándolo, pero no serías capaz de conseguir esa ligereza que ellas tienen algunas veces. Son ligeras por dentro. Por dentro.

Los primeros murieron por la noche, arrastrados al mar por las olas que barrían la balsa. En la oscuridad, se oían sus gritos alejarse poco a poco. Al alba, faltaba una decena de hombres. Algunos yacían aprisionados entre los tablones de la balsa, pisoteados por los demás. Los cuatro oficiales, junto con Corréad, el cartógrafo, y Savigny, el médico, se hicieron con el control de la situación. Tenían las armas. Y controlaban las provisiones. Los hombres se fiaban de ellos. Lheureux, uno de los oficiales, incluso dio un buen discurso, ordenó que izaran una vela y dijo Nos llevará a tierra y allí perseguiremos a los que nos han traicionado y abandonado y no nos detendremos hasta que hayan catado nuestra venganza. Dijo justamente eso: hasta que hayan catado nuestra venganza. Ni siquiera parecía un oficial. Parecía uno de nosotros. Los hombres se enardecieron ante aquellas palabras. Todos pensábamos que así acabarían de verdad las cosas. Sólo había que resistir y no tener miedo. El mar se había calmado. Un viento ligero hinchaba nuestra vela improvisada. Cada uno de nosotros recibió su ración de bebida y de comida. Thérèse me dijo: Saldremos de ésta. Y yo dije: Sí.

Fue a la puesta de sol cuando los oficiales, sin decir ni una palabra, sacaron del arcón uno de los tres barriles de vino, dejando que se deslizara hasta nosotros. No movieron ni un dedo cuando algunos se abalanzaron sobre él, lo abrieron y empezaron a beber. Los hombres corrían hacia el barril, había un gran caos, todos

querían aquel vino, y yo no entendía nada. Permanecí inmóvil, manteniendo a Thérèse cerca de mí. Había algo extraño en todo aquello. Después se oyeron gritos y los hachazos con que alguien intentaba romper las cuerdas que mantenían unida la balsa. Fue como una señal. Se desencadenó una lucha salvaje. Reinaba la oscuridad, sólo a ratos aparecía la luna por detrás de las nubes. Oía los disparos de fusil, y como apariciones, en aquellas repentinas lenguas de luz, veía hombres que arremetían unos contra otros, y cadáveres, y sables que golpeaban a ciegas. Gritos, furiosos gritos, y lamentos. Sólo tenía un cuchillo: el mismo que ahora clavaré en el corazón de ese hombre que ya no tiene fuerzas para escapar. Lo empuñé, aunque no sabía quién era el enemigo, no quería matar, no comprendía. Después salió la luna una vez más, y vi: un hombre desarmado se abrazaba a Savigny, el médico, y gritaba piedad, piedad, piedad, y no dejó de gritar cuando el primer sablazo le penetró en el vientre, y después el segundo, y el tercero... Vi cómo se desplomaba. Vi la cara de Savigny. Y comprendí. Quién era el enemigo. Y que el enemigo vencería.

Cuando volvió la luz, en un alba atroz, sobre la balsa había decenas de cadáveres, horrendamente mutilados, y hombres que agonizaban por todas partes. En torno al arcón, una treintena de hombres armados vigilaba las provisiones. En los ojos de los oficiales había una especie de eufórica seguridad. Se paseaban por la balsa, con el sable desenvainado, tranquilizando a los vivos y arrojando al mar a los moribundos. Nadie osaba decir nada. El terror y el desconcierto por aquella noche de odio enmudecía y paralizaba a todos. Nadie comprendía todavía, con certeza, qué era lo que había ocurrido. Yo miraba todo aquello y pensaba: si esto sigue así no tenemos esperanza. El oficial más antiguo se llamaba Dupont. Pasó cerca de mí, con su uniforme blanco manchado de sangre, refunfuñando algo sobre los deberes de los soldados y no qué más. Llevaba una pistola en la mano y el sable en su funda. Me dio la espalda durante unos instantes. Sabía que no me daría otra oportunidad. Sin tiempo siquiera de gritar, se encontró inmovilizado con un cuchillo al cuello. Desde el arcón, los hombres apuntaron instintivamente sus fusiles hacia nosotros. Incluso hubieran disparado, pero Savigny gritó que se detuvieran. Y entonces, en el silencio, fui yo quien habló, presionando el cuchillo en el cuello de Dupont. Y dije: Nos están matando uno a uno. Y no se detendrán hasta que sólo queden ellos. Esta noche han hecho que os emborracharais. Pero la próxima no necesitarán ni coartadas ni ayudas. Tienen las armas y nosotros ya no somos muchos. En la oscuridad, harán lo que quieran. Podéis creerme o no, pero así es. No hay provisiones para todos, y ellos lo saben. No dejarán con vida ni a un solo hombre más de los que necesitan. Podéis creerme o no, pero así es.

Los hombres que estaban a mi alrededor permanecieron como embobados. El hambre, la sed, la batalla de la noche, aquel mar que no dejaba de danzar... Intentaban pensar, querían comprender. Es difícil imaginarse que uno, perdido allí,

luchando con la muerte, tenga que descubrir a otro enemigo, más insidioso todavía: hombres como tú. Contra ti. Había algo absurdo en todo aquello. Y sin embargo era cierto. Uno a uno se apiñaron a mi alrededor. Savigny gritaba amenazas y órdenes. Pero nadie lo escuchaba. Por muy idiota que fuera, estaba empezando una guerra en aquella balsa perdida en el mar. Entregamos vivo a Dupont, el oficial, a cambio de unos pocos víveres y armas. Nos agrupamos en una esquina de la balsa. Y esperamos la noche. Mantenía a Thérèse cercada de mí. Continuaba dictándome: no tengo miedo. No tengo miedo. No tengo miedo.

No quiero recordar aquella noche ni las otras que siguieron. Una meticulosa y concienzuda carnicería. Cuanto más tiempo pasaba, más necesario era que fuéramos pocos para sobrevivir. Y ellos, científicamente, mataban. Había algo que me fascinaba en aquella lucidez calculadora, en aquella inteligencia sin piedad. Se requería una mente extraordinaria para no perder, en aquella desesperación, el hilo lógico de aquel exterminio. En los ojos de este hombre, que ahora me miran como si fuera un sueño, he leído, mil veces, con odio y admiración, los signos de una horrenda genialidad.

Intentábamos defendernos. Pero era imposible. Los débiles sólo pueden huir. Y no se puede huir de una balsa perdida en medio del mar. Durante la jornada se combatía contra el hambre, la desesperación, la locura. Después caía la noche y se reiniciaba aquella guerra cada vez más cansina, extenuada, hecha de gestos cada vez más lentos, librada por asesinos moribundos y fieras agonizantes. Al alba, nuevos muertos alimentaban la esperanza de los vivos y su horrible plan de salvación. No sé cuánto duró todo aquello. Pero tenía que acabar, tarde o temprano, de algún modo. Y acabó. Se acabaron el agua, el vino, lo poco que quedaba todavía para comer. Ninguna nave había acudido para salvarnos. Ya no quedaba tiempo para cálculo alguno. Ya no quedaba nada por lo que matarse. Vi a dos oficiales lanzar al agua sus armas y lavarse durante horas, obsesivamente, en el agua del mar. Querían morir inocentes. Eso era lo que quedaba de sus ambiciones y de su inteligencia. Todo inútil. Aquella masacre, sus infamias, nuestra rabia. Todo absolutamente inútil. No hay ni inteligencia ni coraje que puedan cambiar un destino. Recuerdo que busqué el rostro de Savigny. Y vi, finalmente, el rostro de un derrotado. Ahora sé que, en el umbral de la muerte, las caras de los hombres siguen siendo una mentira.

Aquella noche abrí los ojos, despabilado por un ruido, y acerté a ver, a la tenue luz de la luna, la silueta de un hombre, de pie ante mí. Instintivamente empuñé el cuchillo y lo dirigí hacia él. El hombre se detuvo. No sabía si era un sueño, una pesadilla o qué. Tenía que conseguir no cerrar los ojos. Permanecí inmóvil. Instantes, minutos, no lo sé. Después, el hombre se dio la vuelta. Y vi dos cosas. La cara, y era la de Savigny, y un sable que cortaba el aire y que caía sobre mí. Fue un momento. No sabía si era un sueño, una pesadilla o qué. No sentía dolor, nada. No había sangre

sobre mi cuerpo. El hombre desapareció. Permanecí inmóvil. Sólo al cabo de un instante me di la vuelta y vi: allí estaba Thérèse, tendida a mi lado, con una herida que le sajava el pecho y con los ojos completamente abiertos, mirándome, estupefactos. No. No podía ser cierto. No. Ahora que todo había acabado. ¿Por qué? Tiene que ser un sueño, una pesadilla, no puede haberlo hecho verdaderamente. No. Ahora no. ¿Por qué ahora?

—Adiós, amor mío.

—Oh, no, no, no, no.

—Adiós.

—No morirás, te lo juro.

—Adiós.

—Por favor, no morirás...

—Déjame.

—No morirás.

—Déjame.

—Nos salvaremos, tienes que creerme.

—Amor mío...

—No te mueras...

—Amor mío.

—No te mueras, no te mueras, no te mueras.

Fortísimo, se oía el ruido del mar. Fuerte como nunca antes lo había oído. La cogí entre mis brazos y me arrastré hasta el borde de la balsa. Dejé que se deslizara hasta el agua. No quería que permaneciera en aquel infierno, y si no había un palmo de tierra allí para amparar su paz, que fuera el profundo mar el que la acogiera. Un inmenso jardín de muertos, sin cruces ni límites. Se deslizó como una ola, sólo que más bella que las otras.

No sé. Es difícil comprender todo esto. Si tuviera una vida por delante, quizás me la pasaría relatando esta historia, sin pararme nunca, mil veces, hasta que, un día, llegara a comprenderla. Pero delante sólo tengo un hombre que aguarda mi cuchillo. Y luego mar, mar, mar.

La única persona que de verdad me ha enseñado algo, un viejo que se llamaba Darrell, decía siempre que hay tres clases de hombres: los que viven frente al mar, los que se internan en el mar y los que logran regresar, vivos, del mar. Y decía: ya verás qué sorpresa cuando descubras cuáles son los más felices. Yo era un niño, por aquel entonces. En invierno miraba las naves en dique seco, sujetas con enormes armazones de madera, con el casco al aire y la quilla cortando la arena como una cuchilla inútil. Y pensaba: yo no me quedaré aquí. Quiero llegar hasta el interior del mar. Porque si hay algo cierto en este mundo, está allí. Ahora estoy allí, en lo más profundo del vientre del mar. Todavía estoy vivo porque he matado sin piedad, porque como esta

carne arrancada a los cadáveres de mis compañeros, porque he bebido su sangre. He visto infinitas cosas que desde la orilla del mar son invisibles. He visto lo que de verdad es el deseo, y lo que es el miedo. He visto a hombres desmoronarse y transformarse en niños. Y después cambiar de nuevo y convertirse en bestias feroces. He visto soñar sueños maravillosos, y he escuchado las historias más hermosas de mi vida, contadas por hombres cualesquiera un instante antes de lanzarse al mar y desaparecer para siempre. He leído en el cielo signos, que no conocía y contemplado el horizonte con ojos que no creía poseer. He comprendido lo que es verdaderamente el odio sobre estos tablones ensangrentados, con el agua del mar encima, pudriendo las heridas. Y no sabía lo que es la piedad antes de haber visto nuestras manos de asesinos acariciando durante horas los cabellos de un compañero que no acababa de morir. He visto la fiereza en los moribundos arrojados a patadas de la balsa, he visto la dulzura en los ojos de Gilbert mientras besaba a su pequeño León, he visto la inteligencia en los gestos con que Savigny bordaba su masacre, y he visto la locura en aquellos dos hombres que una mañana abrieron sus alas y se marcharon volando, por el cielo. Aunque viviera mil años más, amor sería el nombre del leve peso de Thérèse, entre mis brazos, antes de deslizarse entre las olas. Y destino sería el nombre de este océano mar, infinito y hermoso. No me equivocaba allá en la orilla, en aquellos inviernos, al pensar que aquí se encontraba la verdad. He tardado años en descender hasta el fondo del vientre del mar pero he hallado lo que buscaba. Las cosas ciertas. Incluso la más insoportable y atrozmente cierta entre todas. Esta mar es un espejo. Aquí, en su vientre, me he visto a mí mismo. He visto de verdad.

No sé. Si tuviera una vida por delante —yo, que estoy a punto de morir—, la pasaría relatando esta historia sin pararme nunca, mil veces, para comprender qué quiere decir que la verdad sólo se concede al horror, y que para alcanzarla hemos tenido que pasar por este infierno, para verla hemos tenido que destruimos unos a otros, para poseerla hemos tenido que convertimos en bestias feroces, para sacarla de su escondrijo hemos tenido que desgarramos de dolor. Y para ser verdaderos hemos tenido que morir. ¿Por qué? ¿Por qué las cosas sólo llegan a ser verdaderas en la dentellada de la desesperación? ¿Quién ha trastornado el mundo de esta manera, para que la verdad tenga que estar en el lado oscuro, y la inconfesable ciénaga de una humanidad repudiada sea la única tierra inmunda en donde crece, únicamente, lo que no es mentira? Y, al final, ¿qué clase de verdad es ésta, que apesta a cadáver, y crece en la sangre, se nutre de dolor, y vive donde el hombre se humilla, y triunfa donde el hombre se agosta? ¿Es la verdad *de quién*? ¿Es una verdad *para nosotros*? Allá en la orilla, en aquellos inviernos, yo imaginaba una verdad que era quietud, era regazo, era alivio, y clemencia, y dulzura. Era una verdad hecha para nosotros. Que nos esperaba, y que se reclinaría sobre nosotros, como una madre reencontrada. Pero aquí, en el vientre del mar, he visto a la verdad construir su nido, meticulosa y

perfecta: y lo que he visto ha sido un ave rapaz, majestuosa en el vuelo, y feroz. No sé. No era eso lo que soñaba, en invierno, cuando soñaba con esto.

Darrell era uno de los que habían regresado. Había visto el vientre del mar, había estado aquí, pero había regresado. Era un hombre amado por el cielo, decía la gente. Había sobrevivido a dos naufragios y, según se decía, la segunda vez había navegado más de tres mil millas, sobre una barca insignificante, antes de llegar a tierra. Días y días en el vientre del mar. Y después había regresado. Por eso la gente decía: Darrell es sabio, Darrell ha visto, Darrell sabe. Yo pasaba los días escuchándole hablar: pero del vientre del mar nunca me dijo nada. No le apetecía hablar de ello. Ni siquiera le gustaba que la gente lo considerara experto y sabio. Sobre todo no soportaba que alguien pudiera decir de él que *se había salvado*. No podía *oír* aquella palabra: *salvado*. Bajaba la cabeza, y entrecerraba los ojos, de una forma que era imposible olvidar. Yo lo miraba en aquellos momentos y no lograba darle un nombre a lo que leía en su rostro, y que, lo sabía, era su secreto. Mil veces llegué a rozar ese nombre. Aquí, en esta balsa, en el vientre del mar, lo he hallado, Y ahora sé que Darrell era un hombre experto y sabio. Un hombre que había visto. Pero, por encima de todas las cosas, y en lo más profundo de cada uno de sus instantes, era un hombre —*inconsolable*. Eso es lo que me ha enseñado el vientre del mar. Que quien ha visto la verdad permanecerá para siempre *inconsolable*. Y verdaderamente salvado sólo lo está quien nunca ha estado en peligro. Incluso podría dibujarse, ahora, una nave en el horizonte, y correr hasta aquí sobre las olas, y llegar un instante antes que la muerte y llevamos consigo, y hacemos regresar vivos, vivos: pero no sería esto lo que, en verdad, podría salvarnos. Aunque volviéramos a encontrar alguna vez una tierra cualquiera, ya nunca podríamos ser salvados. Y lo que hemos visto permanecerá en nuestros ojos, lo que hemos hecho permanecerá en nuestras manos, lo que hemos sentido permanecerá en nuestra alma. Y para siempre nosotros, los que hemos conocido las cosas verdaderas, para siempre nosotros, los hijos del horror, para siempre nosotros, los retomados del vientre del mar, para siempre nosotros, los expertos y sapientes, para siempre —seremos inconsolables.

Inconsolables.

Inconsolables.

Hay un gran silencio en la balsa. Savigny abre los ojos de vez en cuando y me mira. Estamos tan cerca de la muerte, estamos tan dentro del vientre del mar, que ya ni siquiera las caras alcanzan a mentir. La suya es tan verdadera. Miedo, cansancio y desagrado. Quién sabe lo que lee él en la mía. Está ya tan cerca que a veces noto su olor. Ahora me arrastraré hasta allí, y con mi cuchillo le partiré el corazón. Qué duelo más extraño. Durante días, en una balsa a merced del mar, en medio de todas las muertes posibles, hemos estado persiguiéndonos y alcanzándonos continuamente. Cada vez más agotados, cada vez más lentamente, Y ahora parece eterna esta última

estocada. Pero no lo será. Lo juro. Que ningún destino se haga ilusiones: por muy omnipotente que sea no llegará a tiempo de detener este duelo. Él no morirá antes de que lo maten. Y, antes de morir, yo lo mataré. Es lo que me queda: el leve peso de Thérèse, impreso como una huella indeleble en mis brazos, y la necesidad, el deseo de una forma cualquiera de justicia. Que sepa este mar que la obtendré. Que sepa este mar que yo llegaré antes que él. Y no será entre sus olas donde pagará Savigny, sino en mis manos.

Hay un gran silencio en la balsa. Fortísimo, sólo se oye el ruido del mar.

Lo primero es mi nombre, lo segundo aquellos ojos, lo tercero un pensamiento, lo cuarto la noche que se acerca, lo quinto aquellos cuerpos destrozados, lo sexto es hambre, lo séptimo horror, lo octavo los fantasmas de la locura, lo noveno es carne aberrante y lo décimo es un hombre que me mira y no me mata.

Lo último es una vela.

Blanca. En el horizonte.

Libro Tercero.  
Los cantos del retorno

## 1. ELISEWIN

Suspendida en el borde extremo de la tierra, a un paso del mar borrascoso, reposaba inmóvil la posada Almayer, inmersa en la oscuridad de la noche como un retrato, prenda de amor, en la oscuridad de un cajón.

Aunque la cena hubiera acabado hacía ya un rato, todos, inexplicablemente, continuaban remoloneando en la gran sala del hogar. La furia del mar, en el exterior, inquietaba los ánimos y desordenaba las ideas.

—No quisiera parecer pesimista, pero quizás sería mejor que...

—Tranquilizaos Bartleboom. En general las pensiones no suelen naufragar.

—¿Cómo que no suelen? ¿Qué significa eso de que *no suelen*?

Pero lo más curioso eran los niños. Todos allí, con la nariz aplastada contra los cristales, *extrañamente mudos, escudriñando* la oscuridad del exterior. Dood, que vivía sobre el alféizar de la ventana de Bartleboom, y Ditz, que regalaba los sueños al padre Pluche, y Dol que veía los barcos para Plasson. Y Dira. Incluso la niña, bellísima, que dormía en la cama de Ann Deveria y a la que nadie había visto nunca paseándose por la posada. Todos allí hipnotizados por quién sabe qué, silenciosos e inquietos.

—Son como animalitos, creedme. Perciben el peligro. Es el instinto.

—Plasson, si pudierais hacer algo para tranquilizar a vuestro amigo...

—Digo que esta niña es maravillosa...

—Intentadlo vos, madame.

—No necesito de ninguna de las maneras que nadie se moleste en tranquilizarme porque estoy absolutamente tranquilo.

—¿Tranquilo?

—Absolutamente.

—Elisewin... ¿no es bellísima? Parece...

—Padre Pluche, tienes que dejar de mirar siempre a las mujeres.

—No es una mujer...

—Sí es una mujer.

—Pero pequeña...

—Digamos que el sentido común me dicta una sacrosanta prudencia al considerar...

—Eso no es sentido común. Eso es lisa y llanamente miedo.

—No es verdad.

—Sí.

—No.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—Venga, basta ya. Seríais capaces de seguir así durante horas Yo me retiro.

—Buenas noches, madame —dijeron todos.

—Buenas noches —respondió algo distraídamente Ann Deveria. Pero no se levantó

de su butaca. Ni siquiera cambió de postura. Permaneció allí, inmóvil. Como si nada hubiera sucedido. Verdaderamente, aquélla era una noche extraña.

Quizás, al final, todos se habrían rendido a la normalidad de una noche cualquiera, uno a uno habrían subido a sus habitaciones, incluso se habrían dormido, a pesar de aquel fragor inagotable del mar borrascoso, cada uno arropado por sus sueños, o escondido en un sueño sin palabras. Quizás, al final, habría podido ser una noche cualquiera. Pero no lo fue.

La primera en despegar sus ojos de los cristales, en darse la vuelta repentinamente y en correr fuera de la sala, fue Dira, los otros niños la siguieron sin decir palabra. Plasson miró turbado a Bartleboom, quien miró turbado al padre Pluche, quien miró turbado a Elisewin, quien miró turbada a Ann Deverìà, quien siguió mirando hacia adelante. Pero con una imperceptible sorpresa. Cuando los niños volvieron a entrar en la sala llevaban linternas en la mano. Dira empezó a encenderlas, una a una, con un extraño frenesí.

—¿Ha pasado algo? —preguntó amablemente Bartleboom. —Tomad —le respondió Dood, ofreciéndole una linterna encendida—. Y vos, Plasson, tomad ésta, rápido.

No se entendía nada de nada. Todos se encontraron con una linterna encendida en mano. Nadie explicaba nada, los niños corrían de un lado a otro como devorados por un afán indescriptible. El padre Pluche miraba hipnotizado la llamita de su linterna. Bartleboom profería vagos fonemas de protesta. Ann Deverìà se levantó de la butaca. Elisewin se dio cuenta de que estaba temblando. Fue en ese momento cuando el portón acristalado que daba a la playa se abrió de par en par. Como catapultado en Ja sala, un viento furibundo empezó a correr alrededor de todo y de todos. La cara de los niños se iluminó. Y Dira dijo

—¡Rápido..., por aquí!

Salió corriendo por la puerta abierta, linterna en mano.

—¡Venga..., fuera, fuera de aquí!

Los niños gritaban. Pero no de miedo. Gritaban para vencer al estruendo del mar y del viento. Pero era una especie de alegría —inexplicable alegría— que tintineaba en sus voces.

Bartleboom permaneció rígido, de pie, en mitad de la sala, completamente desorientado. El padre Pluche volvió hacia Elisewin: vio en su rostro una palidez impresionante. Madame Deverìà no dijo ni una palabra, pero cogió su linterna y siguió a Dira. Plasson corrió tras ella. —Elisewin, será mejor que te quedes aquí dentro...

—No.

—Elisewin, escúchame...

Bartleboom cogió mecánicamente la capa y salió corriendo murmurando algo para sí.

—Elisewin...

—Venga.

—No. Escúchame..., no estoy seguro de que tú...

Volvió tras sus pasos la niña —la bellísima— y sin decir ni una palabra cogió de la mano a Elisewin, sonriéndole.

—Yo sí que estoy segura, padre Pluche.

Le temblaba la voz. Pero le temblaba de fuerza, y de deseo. No de miedo.

La posada Almayer se quedó atrás, con su puerta batida por el viento, y sus luces empequeñeciéndose en la oscuridad. Como ascuas que hubieran saltado de un brasero, diez pequeñas linternas corrían por la playa, dibujando en la noche ingeniosos y secretos jeroglíficos. El mar, invisible, producía un estruendo increíble. Soplaban el viento, revolviendo mundo, palabras, caras y pensamientos. Maravilloso viento. Y mar oceánica.

—¡Exijo saber adónde diablos estamos yendo!

—¿Cómo?

—¿QUE ADÓNDE DIABLOS ESTAMOS YENDO?

—¡Mantenga esa linterna en alto, Bartleboom!

—¡La linterna!

—Oye, ¿pero de verdad hemos de correr así?

—Hacía años que no corría.

—¿Años que qué?

—Dood, maldita sea, se puede saber...

—AÑOS QUE NO CORRÍA.

—¿Va todo bien, señor Bartleboom?

—Dood, maldita sea...

—¡Elisewin!

—Estoy aquí, estoy aquí.

—No te apartes de mí, Elisewin.

—Estoy aquí.

—Maravilloso viento. Océano mar.

—¿Sabéis qué pienso?

—¿Cómo?

—Para mí que es por los barcos. LOS BARCOS.

—¿Los barcos?

—Se hace esto cuando hay temporal... Se encienden fuegos en la costa para los barcos..., para que no terminen en la costa...

—Bartleboom, ¿lo habéis oído?

—¿Cómo?

—¡Estáis a punto de convertirnos en un héroe, Bartleboom!

—Pero ¿qué demonios está diciendo Plasson?

—¡Que estáis a punto de convertirlos en un héroe!  
—¿Yo?  
—¡SEÑORITA DIRA!  
—Pero ¿adónde va?  
—¿No podríamos detenemos un momento?  
—¿Sabéis lo que hacen los habitantes de las islas cuando hay temporal?  
—No, madame.  
—Corren alocadamente arriba y abajo por la isla con linternas levantadas sobre sus cabezas..., así los barcos..., así los barcos no entienden nada y acaban contra los acantilados.  
—Bromeáis.  
—No. no bromeo... Hay islas enteras que viven de lo que encuentran entre los restos de los naufragios.  
No pretenderéis decir...  
—Sostenedme la linterna, por favor.  
—Deteneos un momento, ¡demonios!  
—Madame..., ¡vuestra capa!  
—Dejadla.  
—Pero...  
—¡Dejadla, por Dios!  
Maravilloso viento. Océano mar.  
—Pero ¿qué hacen?  
—¡Señorita Dira!  
—¿Adónde diablos van?  
—Pero bueno...  
—¡DOOD!  
—¡Corred, Bartleboom!  
—De acuerdo, pero ¿hacia dónde?  
—Pero bueno, ¿es que han perdido la lengua estos críos o qué?  
—Mirad.  
—Es Dira.  
—Está subiendo a la colina.  
—Voy para allá.  
—¡Dood! ¡Dood! ¡Hay que ir hacia la colina!  
—Pero ¿adónde va?  
—Cristo, aquí ya no se entiende nada de nada.  
—Mantened en alto esa linterna y corred, padre Pluche.  
—No daré ni un paso más hasta que...  
—Pero ¿por qué no hablan?

—No me gusta nada esa mirada que tienen.  
—¿Qué es lo que no os gusta?  
—Los ojos. ¡LOS OJOS!  
—Y Plasson, ¿dónde narices está Plasson?  
—Yo me voy con Dol.  
—Pero...  
—LA LINTERNA. ¡SE HA APAGADO MI LINTERNA!  
—Madame Deverrà, ¿adónde vais?  
—¡Pues me gustaría saber, por lo menos, si estoy a punto de salvar un barco o de hacerlo naufragar!  
—¡ELISEWIN! ¡Mi linterna! ¡Se ha apagado!  
—Plasson, ¿qué ha dicho Dira?  
—Por allá, por allá...  
—Mi linterna...  
—¡MADAME!  
—Ya no os oye, Bartleboom.  
—Pero eso no es posible...  
—¡ELISEWIN! ¿Dónde se ha metido Elisewin? Mi linterna...  
—Padre Pluche, salid de ahí.  
—Se me ha apagado la linterna.  
—Al diablo, voy para allá.  
—Venid, yo os la encenderé.  
—Dios mío, ¿habéis visto a Elisewin?  
—Se habrá ido con madame Deverrà.  
—Pero si estaba aquí, estaba aquí...  
—Mantened erguida esa linterna.  
—Elisewin...  
—Ditz, ¿has visto a Elisewin?  
—¡DITZ! ¡DITZ! ¿Pero qué diablos les ha pasado a esos críos?  
—Ya está..., vuestra linterna...  
—No entiendo nada.  
—Venga, vamos,  
—Tengo que encontrar a Elisewin...  
—Venga, padre Pluche, ya están todos ahí delante.  
—Elisewin... ¡ELISEWIN! Dios mío, dónde te has metido... ¡ELISEWIN!  
—Padre Pluche, ya basta, la encontraremos...  
—¡ELISEWIN! ¡ELISEWIN! Elisewin, por favor...

Inmóvil, con la linterna apagada en la mano, Elisewin oía cómo le llegaba su nombre desde lejos, mezclado con el viento y el fragor del mar. En la oscuridad, ante

ella, veía como se cruzaban las pequeñas luces de muchas linternas, cada una de ellas perdida en su viaje por la orilla del temporal. No había, en su mente, ni miedo ni inquietud. Un lago tranquilo le había estallado, de repente, en el alma. Tenía el mismo sonido que una voz que conocía.

Se volvió y lentamente regresó sobre sus pasos. Ya no había viento, ya no había noche, ya no había mar para ella. Andaba, y sabía hacia dónde andaba. Eso era todo. Sensación maravillosa. De cuando el destino finalmente se descubre, y se convierte en un sendero inteligible, y huella inequívoca, y dirección exacta. El tiempo interminable de la aproximación. Aquel acercamiento. Ojalá no acabara nunca. El gesto de entregarse al destino. Ésa sí que es una emoción. Sin más dilemas, sin más mentiras. Saber dónde. Y alcanzarlo. Allá donde esté el destino.

Caminaba —y era la cosa más hermosa que jamás había hecho.

Vio la posada Almayer aproximándose. Sus luces. Dejó la playa, llegó al umbral, entró y cerró tras de sí aquella puerta por la que, junto a los otros, quién sabe cuánto tiempo hacía, había salido a la carrera, sin saber nada aun.

Silencio.

Sobre el suelo de madera, un paso detrás de otro. Granos de arena que crujían bajo sus pies. En un rincón, en el suelo, la capa que se le cayó a Plasson, con las prisas de salir corriendo. En los cojines, sobre la butaca, la huella del cuerpo de madame Deverià, como si hubiera acabado de levantarse. Y en el centro de la sala, en pie, inmóvil. Adams. Que la mira.

Un paso detrás de otro, hasta acercársele. Y decirle:

—No me harás daño, ¿verdad?

No le hará daño, ¿verdad?

—No.

No.

Entonces

Elisewin

cogió

entre sus manos

la cara

de aquel hombre,

y

la besó.

En las tierras de Carewall no cesarían nunca de contar esta historia. Si la conocieran. No cesarían nunca. Cada uno a su manera, pero todos continuarían contando lo de aquellos dos y lo de aquella noche entera transcurrida restituyéndose la vida, el uno a la otra, con los labios y con las manos, una muchachita que no ha visto nunca nada y un hombre que ha visto demasiado, el uno dentro de la otra —cada palmo de la piel

es un viaje, de descubrimiento, de retomo —en la boca de Adams sintiendo el sabor del mundo, en el pecho de Elisewin olvidándolo —en el regazo de aquella noche tumultuosa, negra tempestad, ascuas de espuma en la oscuridad, olas como montañas desmoronadas, ruido, ráfagas sonoras, furiosas, de sonido y de velocidad, lanzadas a ras de agua, en los nervios del mundo, mar oceánica, coloso rezumante, tumultuoso —suspiros, suspiros en la garganta de Elisewin —terciopelo que vuela —suspiros a cada nuevo paso en ese mundo que corona montes nunca vistos y lagos de formas impensables —sobre el vientre de Adams el peso blanco de esa muchachita que se balancea con músicas mudas —quién hubiera dicho que al besar los ojos de un hombre se pudiera ver tan lejos —al acariciar las piernas de una muchachita se pudiera correr tan rápido y huir —huir de todo —ver lejos —venían de los dos extremos más alejados de la vida, eso es lo sorprendente, pensar que nunca se habrían rozado salvo atravesando de punta a punta el universo, y en cambio ni siquiera habían tenido que buscarse, eso es lo increíble, y lo único difícil había sido reconocerse, reconocerse, cosa de un instante, la primera mirada y ya lo sabían, eso es lo maravilloso —eso seguirían contándolo para siempre en las tierras de Carewall, para que nadie pueda olvidar que nunca se está lo bastante lejos para encontrarse, nunca —lo bastante lejos— para encontrarse —lo estaban aquellos dos, alejados, más que nadie y ahora —grita la voz de Elisewin, por los ríos de historias que fuerzan su alma, y Adams llora, sintiendo aquellas historias deslizarse, al final, finalmente, finalizadas —quizás el mundo sea una herida y alguien este cosiéndola en aquellos dos cuerpos que se mezclan —y ni siquiera es amor, eso es lo sorprendente, sino manos, y piel, labios, estupor, sexo, sabor —tristeza, tal vez —incluso tristeza —deseo —cuando lo cuenten no dirán la palabra amor —dirán mil palabras, callarán amor —calla todo, alrededor, cuando de repente Elisewin siente que se le quiebra la espalda y se le queda en blanco la mente, aprieta a ese hombre en su interior, le coge las manos y piensa: moriré. Siente que se le quiebra la espalda y se le queda en blanco la mente, aprieta a ese hombre en su interior, le coge las manos y, ya veis, no morirá.

—Escúchame, Elisewin...

—No, no hables...

—Escúchame.

—No.

—Lo que va a suceder aquí será horrible y...

—Bésame... Está amaneciendo, volverán...

—Escúchame...

—No hables, por favor.

—Elisewin...

¿Cómo actuar? ¿Cómo le dices a una mujer así lo que tienes que decirle, con sus

manos sobre ti, y su piel, la piel, no puede hablársele de muerte precisamente a ella, cómo le dices a una muchachita así lo que ya sabe y que de todos modos será necesario que escuche, las palabras, una detrás de otra, que quizás ya sabes pero que tienes que escuchar, tarde o temprano, alguien tiene que decirlas y tú que escucharlas, ella, escucharlas, esa muchachita que dice

—Tienes unos ojos que nunca te he visto.

Y luego

—Bastaría con que tú lo quisieras para salvarte.

Cómo decírselo a una mujer así, que tú querrías salvarte, y todavía más, querrías salvarla a ella contigo, y no hacer otra cosa que salvarla y salvarte, toda una vida, pero no es posible, cada uno tiene un viaje que realizar, y entre los brazos de una mujer se termina recorriendo caminos enrevesados, que ni siquiera comprendes tú, y en el momento preciso no puedes contarlos, no tienes palabras para hacerlo, palabras que estén bien, ahí, entre esos besos y sobre la piel, palabras apropiadas no las hay, puedes pasarte una vida buscándolas en lo que eres y lo que has sentido, pero no las encuentras, tienen siempre una música errónea, es la música lo que les falta, ahí, entre los besos y sobre la piel, es cuestión de música. Así que al final dices algo, pero resulta poca cosa.

—Elisewin, yo ya nunca más podré ser *salvado*.

Cómo le dices a un hombre así que ahora soy yo quien quiere enseñarle algo y entre sus caricias quiero hacerle comprender que el destino no es una cadena, sino un vuelo, y que bastaría con que tuviera ganas de vivir, verdaderamente, para hacerlo, y que bastaría con que tuviera verdaderas ganas de mí para volver a conseguir mil noches como ésta en lugar de la única, horrible, hacia la que corre, sólo porque ella, la noche horrible, lo espera, y hace años que lo reclama. Cómo le dices a un hombre así que convertirse en un asesino no servirá para nada y para nada servirá esa sangre y ese dolor, es sólo una forma de correr denodadamente hacia el final, cuando el tiempo y el mundo para que nada termine están aquí esperándonos, y llamándonos, bastaría con que pudiéramos escucharlos, bastaría con que él pudiera, verdaderamente, verdaderamente, *escucharme*. ¿Cómo le dices a un hombre así que te está perdiendo?

—Me marcharé...

—...

—No quiero quedarme aquí... me marcho.

—...

—No quiero oír ese grito, quiero estar lejos...

—...

—No quiero oírlo.

La música es lo más difícil, ésa es la verdad, la música es lo más difícil de encontrar,

para decírselo, tan cerca uno del otro, la música y los gestos, para disolver la pena, precisamente cuando ya no hay nada que hacer, la música apropiada para que, de alguna manera, sea una danza y no un desgarrón ese marcharse, ese deslizarse, hacia la vida y lejos de la vida, extraño péndulo del alma, redentor y asesino, si supiera uno bailar lo haría menos daño, y por eso los amantes, todos, buscan esa música, en ese momento, dentro de las palabras, en el polvo de los gestos, y saben que, si tuvieran coraje, sólo el silencio sería *música*, música exacta, un largo silencio amoroso, un claro en la despedida y un cansino lago que al final se desliza por la superficie de una pequeña melodía, aprendida desde siempre, para cantarla en voz baja

—Adiós, Elisewin.

Una melodía insignificante.

—Adiós, Thomas.

Elisewin se desliza por debajo de la capa y se levanta. Con su cuerpo de muchacha, desnudo, y con toda la calidez de una noche entera encima. Recoge el vestido, se acerca a los cristales. El mundo exterior sigue ahí. Hagas lo que hagas seguro que siempre volverás a encontrarlo en su sitio. Es increíble, pero así es.

Dos pies desnudos, de muchacha. Suben las escaleras, entran en una habitación, van hacia la ventana, se detienen.

Las colinas reposan. Como si no tuvieran un mar enfrente.

—Mañana partiremos, padre Pluche.

—¿Cómo?

—Mañana. Partiremos.

—Pero...

—Por favor.

—Elisewin..., no se puede decidir así, de repente..., tenemos que escribir a Daschenbach..., ten en cuenta que no están allí esperándonos todo el santo día...

—No iremos a Daschenbach.

—¿Cómo que no iremos a Daschenbach?

—No iremos.

—Elisewin, mantengamos la calma. Hemos venido hasta aquí porque tenías que curarte, y para curarte tienes que entrar en el mar, y para entrar en el mar tienes que ir a...

—Ya he entrado en el mar.

—¿Cómo dices?

—Ya no tengo nada de lo que curarme, padre Pluche.

—Pero...

—Estoy viva.

—Jesús..., ¿pero qué demonios ha pasado?

—Nada..., sólo tienes que confiar en mí..., por favor te lo pido, tienes que confiar...

—Yo..., yo confío en ti, pero...

—Entonces déjame que me marche. Mañana.

—Mañana...

El padre Pluche se queda ahí, dando vueltas en las manos a su estupor. Mil preguntas en la cabeza. Y sabe perfectamente la que tendría que hacer. Pocas palabras. Claras. Algo simple: «¿Y qué dirá tu padre?» Algo simple. Y sin embargo se pierde por el camino. No hay manera de volver a pescarlo. Todavía sigue ahí buscándolo el padre Pluche cuando oye su propia voz que pregunta:

—¿Y cómo es? ¿Cómo es el mar?

Elisewin sonríe.

—Bellísimo.

—¿Y qué más?

Elisewin no deja de sonreír.

—En cierto momento, termina.

Partieron por la mañana temprano. El carruaje corría por el camino que bordeaba el mar. El padre Pluche se abandonaba a las sacudidas en su asiento con la misma resignación jovial con que había hecho el equipaje, se había despedido de todos, se había vuelto a despedir de todos, y olvidado adrede una maleta en la posada, porque siempre había que dejar atrás, en el momento de partir, algún pretexto para regresar. Nunca se sabe. Permaneció silencioso hasta el momento en que vio que el camino giraba y el mar empezaba a alejarse. Ni un instante más.

—¿Sería demasiado preguntar hacia dónde vamos?

Elisewin mantenía un papel cogido en la mano. Le echo un vistazo.

—Saint Parteny.

—¿Y eso qué es?

—Un pueblo —dijo Elisewin, apretando de nuevo el papel en la mano.

—Pero un pueblo ¿dónde?

—A unos veinte días de camino. Está en la campiña que circunda la capital.

—¿Unos veinte días? Pero eso es una locura.

—Mira el mar, padre Pluche, se está marchando.

—Unos veinte días... Espero que tengas una buena razón para hacer un viaje de este tipo...

—Se está marchando...

—Elisewin, estoy hablando contigo, ¿qué vamos a hacer tan lejos?

—Vamos a buscar a alguien.

—¿Veinte días de viaje para ir a *buscar* a alguien?

—Sí.

—Demonios, pues entonces tiene que tratarse como mínimo de un príncipe, yo qué sé, del rey en persona, de un santo...

—Más o menos...

Pausa.

—Es un almirante.

Pausa.

—Jesús...

En el archipiélago de Tamal se levantaba cada tarde una niebla que devoraba las naves restituyéndolas al amanecer completamente cubiertas de nieve. En el estrecho de Cadaoum, cada luna nueva el agua se retiraba dejando tras de sí un inmenso banco de arena poblado por moluscos parlantes y algas venenosas. En las costas de Sicilia había desaparecido una isla y, no muy lejos, otras dos, inexistentes en los mapas, habían emergido. En las aguas de Draghar había sido capturado el pirata Van Dell, quien había preferido lanzarse a los tiburones antes que caer en manos de la marina real. En su palacio, finalmente, el almirante Langlais continuaba, con cansina exactitud, catalogando los absurdos verosímiles y las verdades inverosímiles que le llegaban desde todos los mares del mundo. Su pluma caligrafiaba con inmutable paciencia la geografía fantástica de un mundo incansable. Su mente reposaba en la exactitud de una cotidianeidad inmutable. Idéntica a sí misma, se desarrollaba su vida. E inculto, casi inquietante, vivía su jardín.

—Mi nombre es Elisewin —dijo la muchacha cuando se puso delante de él.

Aquella voz lo sacudió: terciopelo.

—He conocido a un hombre que se llamaba Thomas.

Terciopelo.

—Cuando vivía aquí, con vos, su nombre era Adams.

El almirante Langlais permaneció inmóvil, manteniendo su mirada en los ojos oscuros de aquella muchacha. Había esperado no volver a escuchar aquel nombre nunca más. Lo había mantenido alejado durante días, meses. Apenas tenía unos instantes para impedir que regresara a herirle el alma y los recuerdos. Pensó en levantarse y rogarle a aquella muchacha que se marchara. Le daría un carruaje. Dinero. Lo que fuera. Le ordenaría que se marchara. En el nombre del rey, marchaos. Le llegó como desde lejos aquella voz de terciopelo. Y decía:

—Acogedme a vuestro lado.

Durante cincuenta y tres días y nueve horas, Langlais no supo lo que lo había empujado a responder en aquel instante

—Sí, si vos lo deseáis.

Lo comprendió una noche, sentado junto a Elisewin, oyendo aquella voz de terciopelo referir

—En Tombuctú ésta es la hora en que a las mujeres les gusta cantar y amar a sus hombres. Se quitan los velos del rostro y hasta el sol se aleja, desconcertado por su belleza.

Langlais sintió que un inmenso y dulce cansancio le asaltaba el corazón. Como si hubiera viajado durante años, extraviado, y finalmente hubiera hallado el camino de regreso. No se volvió hacia Elisewin. Pero dijo en voz baja

—¿Cómo sabéis esa historia?

—No lo sé. Pero sé que es vuestra. Ésta y todas las demás.

Elisewin permaneció en el palacio de Langlais durante cinco años. El padre Pluche, durante cinco días. Al sexto le dijo a Elisewin que era increíble, pero había olvidado una maleta, allá en la posada Almayer, increíble pero cierto, había cosas importantes, allí dentro, dentro de la maleta, un traje y quizás incluso el libro con todas las oraciones.

—¿Cómo que *quizás*?

—Quizás..., o sea, ciertamente, ahora que lo pienso, ciertamente, está en esa maleta, compréndelo, no puedo en modo alguno dejarlo allí..., no es que esas oraciones sean gran cosa, por Dios, pero, en fin, mira que perderlas de esta manera..., teniendo en cuenta que además se trata de un viajecito de unos veinte días, no está tan lejos, sólo se trata de...

—Padre Pluche...

—... claro está que volveré..., sólo voy a recoger la maleta, a lo mejor me quedo unos días a reposar y luego...

—Padre Pluche...

—... se trata sólo de un par de meses, como mucho también podría hacer una visita a tu padre, o sea, es decir, aunque sea absurdo, sería incluso mejor que yo...

—Padre Pluche... Dios mío, cómo te echaré de menos.

Se marchó al día siguiente. Ya estaba en el carruaje cuando volvió a bajar y, acercándose a Langlais, le dijo:

—¿Sabéis? Yo habría dicho que los almirantes estaban en el mar...

—Yo también habría dicho que los curas estaban en las iglesias.

—Oh, bueno, ¿sabéis?, Dios está en todas partes...

—También el mar, padre. También el mar.

Se fue. Y esta vez no dejó una maleta tras de sí.

Elisewin permaneció en el palacio de Langlais durante cinco años. El meticuloso orden de aquellas habitaciones y el silencio de aquella vida le recordaban las alfombras blancas de Carewall, y las veredas circulares, y la vida presentida que su padre, hacía tiempo, había preparado para ella. Pero lo que allá era medicina y cuidado, allí era límpida seguridad y apacible curación. Lo que había conocido como regazo de una debilidad, lo redescubría allí en forma de una fuerza cristalina. De Langlais aprendió que de entre todas las vidas posibles hay que anclarse a una para poder contemplar, serenamente, todas las otras. A Langlais le regaló, una a una, las mil historias que un hombre y una noche habían sembrado en ella, Dios sabe cómo,

pero de una forma indeleble y definitiva. Él la escuchaba, en silencio. Ella contaba. Terciopelo.

De Adams no hablaron nunca. Sólo en una ocasión Langlais, levantando la vista de sus libros, dijo con lentitud

—Yo *amaba* a aquel hombre. Si sabéis lo que quiere decir, yo lo *amaba*.

Langlais murió una mañana de verano, devorado por un dolor infame y acompañado por una voz —terciopelo— que le hablaba del perfume de un jardín, el más pequeño y bello de Tombuctú.

Al día siguiente, Elisewin se marchó. Era a Carewall adonde quería regresar, lardaría un mes, o toda una vida, pero allí regresaría. De lo que la esperaba no conseguía imaginarse gran cosa. Solo sabía que todas aquellas historias, custodiadas en su interior, las tendría consigo, y para siempre. Sabía que en cualquier hombre que amara buscaría el sabor de Thomas. Y sabía que ninguna tierra escondería, en ella, la *huella* del mar.

Todo lo demás no era nada todavía. *Inventarlo* —eso sería lo maravilloso.

## 2. EL PADRE PLUCHE

*Oración por alguien que se ha perdido, y en consecuencia, para ser sinceros, oración por mí*

Señor Buen Dios  
tened paciencia  
de nuevo soy yo.

Veréis, aquí las cosas  
van bien,  
quien más, quien menos  
se las arregla,  
en la práctica  
se encuentra siempre la manera  
la manera de apañarse,  
vos me comprendéis,  
en resumen, el problema no es éste.

El problema es otro,  
si tenéis la paciencia de escuchar  
de escucharme  
de.

El problema es este camino  
hermoso camino  
este camino que corre  
y se escurre  
y socorre  
pero no corre derecho  
como podría  
ni siquiera torcido  
como sabría  
no.

Curiosamente  
se deshace.

Creedme  
(por una vez creedme vos a mí)  
se deshace.

En resumen resumiendo,  
se va  
un poco para aquí  
un poco para allá

presa  
de imprevista  
libertad.

Quién sabe.

Ahora, no es por menoscabaros, pero tendría que explicaros algo que es humano y no es divino, eso del camino que uno tiene delante y se deshace, se pierde, se desgrana, se eclipsa, no sé si os hacéis a la idea, pero es fácil que no os hagáis a la idea, es algo humano, generalmente, eso de perderse. No es algo que Os competa. Es necesario que tengáis paciencia y me dejéis explicároslo. Un asunto de poca monta, Antes que nada, no tendría que despistaros el hecho de que, técnicamente hablando, no puede negarse, este camino que corre se escurre socorre, bajo las ruedas de este carruaje, efectivamente, ateniéndonos a los hechos, no se deshace en realidad, *Técnicamente* hablando. Continúa recto, sin vacilaciones, ni siquiera un tímido cruce, nada. Recto como un huso. Lo veo por mí mismo. Pero el problema, dejadme que os lo diga, no es éste. No es de este camino, hecho de tierra y polvo y guijarros, de lo que estamos hablando. El camino en cuestión es otro. Y corre no por *fuera*, sino por *dentro*. Aquí dentro. No sé si os hacéis a la idea: *mi* camino. Todos tienen uno, lo sabréis también ya que, entre otras cosas, no sois ajeno al proyecto de esta máquina que somos todos, cada uno a su manera. Todo el mundo tiene un camino dentro, lo que facilita, como mínimo, el cumplimiento de este viaje nuestro, y sólo de vez en cuando lo complica. Ahora es uno de esos momentos en que lo complica. En resumen resumiendo, es ese camino, ese de dentro el que se deshace, se ha deshecho, bendito sea, ya no existe. Ocurre. Creedme. Y no es algo agradable. No.

Yo creo  
que ha sido.

Señor Buen Dios,

ha sido

yo creo

el mar.

El mar

confunde las olas

los pensamientos

los veleros

la mente te miente de pronto

y los caminos

que ayer existían

ya no son nada.

De manera que creo,

yo creo,

que aquella ocurrencia vuestra  
del diluvio universal  
fue  
en efecto  
una ocurrencia genial.  
Porque  
queriendo  
encontrar  
un castigo  
me pregunto  
si algo mejor  
podía inventarse  
que abandonar a un pobre diablo  
solo  
en medio de aquel mar.  
Ni siquiera una playa.  
Nada.  
Un escollo.  
Un pecio despreciado.  
Ni siquiera eso.  
Ni una señal  
para comprender  
de qué parte  
ir  
para ir a morir.  
*Ved, pues,*  
Señor Buen Dios,  
el mar  
es una especie  
de pequeño  
diluvio universal.  
De cámara.  
Estáis allá,  
paseáis  
miráis  
respiráis  
conversáis  
lo escrutáis,  
desde la orilla, obviamente,

y, mientras,  
ése  
os coge  
los pensamientos de piedra  
que eran  
camino  
certeza  
destino  
y  
en cambio  
regala  
velas  
que te ondean en la cabeza  
como la danza  
de una mujer  
que te hará  
enloquecer.

Perdonadme la metáfora.

Pero no es fácil explicar  
por qué te quedas sin respuestas  
a fuerza de mirar el mar.

Así, ahora, en resumen resumiendo, el problema es éste, que tengo muchos caminos a mi alrededor y ninguno dentro, es más, para ser más precisos, ninguno dentro y cuatro a mi alrededor. Cuatro. Primero: vuelvo sobre mis pasos hasta donde está Elisewin y me quedo allí, con ella, que era además la primera razón, por otro lado, de este caminar mío. Segundo: sigo así y voy a la posada Almayer, que no es un sitio completamente sano, dada la peligrosa cercanía del mar, pero que es también un lugar increíble, de tan hermoso, y sosegado, y ligero, y conmovedor, y final. Tercero: sigo recto, no me desvío hacia la posada, y regreso con el barón, a Carewall, que me está esperando, y además mi casa está allí, y aquél es mi sitio. Lo era, por lo menos. Cuarto: lo dejo todo, me quito este hábito negro y triste, elijo otro camino cualquiera, aprendo un oficio, me caso con una mujer graciosa y no muy hermosa, tengo unos cuantos hijos, envejezco y al final me muero, con vuestro perdón, sereno y cansado, como un cristiano cualquiera. Como veis, no es que no tenga las ideas claras, las tengo clarísimas, pero sólo hasta cierto punto. Sé perfectamente cuál es la pregunta. Es la respuesta lo que me falta. Este carruaje corre, y yo no sé adónde. Pienso en la respuesta, y mi mente se oscurece.

Así  
yo cojo

esta oscuridad  
y la pongo  
en vuestras manos.  
Y os pido,  
Señor Buen Dios,  
que la tengáis con vos  
sólo una hora  
tenedla en vuestras manos  
sólo lo que sea necesario  
para disolver lo negro  
para disolver el mal  
que provoca en la cabeza  
esa oscuridad  
y en el corazón  
ese negro,  
¿queréis?  
Podrías  
incluso solamente  
acercaros  
mirarla  
sonreírle  
abrirla  
robarle  
una luz  
y dejarla caer  
total  
de encontrarla  
ya me encargo yo  
de ver  
dónde está.  
Una nimiedad  
para vos,  
tan grande  
para mí.  
¿Me escucháis,  
Señor Buen Dios?  
No es pedir demasiado  
pediros que.  
No es ofensa

esperar que vos.  
No es idiota  
ilusionarse con.  
Y además sólo es una oración,  
que es una forma de escribir  
el perfume de la espera.  
Escribir vos,  
donde queráis,  
el camino  
que he perdido.  
Basta con una señal,  
algo,  
un arañazo  
ligero  
en el cristal  
de estos ojos  
que miran  
sin ver,  
yo lo veré.  
Escribid  
en el mundo  
una sola palabra  
escrita para mí,  
la  
leeré.  
Rozad  
un instante  
de este silencio,  
lo notaré.  
No tengáis miedo,  
yo no lo tengo.

Y vuela  
esta oración  
con la fuerza de las palabras  
más allá de la jaula de este mundo  
hasta quién sabe dónde.  
Amén.

*Oración para alguien que ha reencontrado su camino, y en consecuencia, para ser sinceros, oración por mí.*

Señor Buen Dios,  
tened paciencia  
de nuevo soy yo.

Muere lentamente  
este hombre,  
muere lentamente  
como si quisiera  
saborear  
desgranar  
entre los dedos  
la última vida  
que posee.

Mueren los barones  
como mueren los hombres,  
ahora ya lo sabemos.

Estoy aquí,  
y es evidente,  
éste era mi sitio,  
aquí, junto a él,  
el barón moribundo.

Quiere saber  
de su hija  
que no está aquí,  
no se sabe dónde,  
quiere oír  
que está viva  
dónde está  
no ha muerto en el mar  
en el mar  
se ha curado.

Yo se lo cuento  
y él se muere  
pero es morir un poco menos  
morir así.

Le hablo  
de cerca  
un poco en voz baja  
y está claro  
que mi sitio  
estaba  
aquí.  
Me habéis cogido  
en un camino cualquiera  
y pacientemente  
me habéis traído  
a esta hora  
que me necesitaba.  
Y yo  
que estaba perdido  
en esta hora  
me he encontrado.  
Es una locura pensar  
que estabais escuchando  
aquel día  
de verdad  
escuchándome  
a mí.  
Uno reza  
para no quedarse solo  
uno reza  
para engañar la espera,  
que Dios  
a Dios  
le guste escuchar,  
ni lo sueñas.  
¿No es una locura?  
Me habéis oído.  
Me habéis salvado.

Claro que, si me lo permitís, con toda humildad, no creo que de verdad hiciera falta que la carretera de Quartel se desmoronara, cosa que, entre otras consideraciones, resultó bastante molesto para las gentes del lugar, habría bastado, probablemente, con algo más leve, una señal más discreta, no sé, algo más íntimo, entre nosotros dos. Del mismo modo, si puedo hacer una pequeña objeción, la escena de los caballos que se

quedaron clavados en el camino que me llevaba hasta donde se hallaba Elisewin, y a los que no hubo manera de hacer avanzar, era algo técnicamente logrado, pero quizás un poco espectacular, ¿no os parece?, me habría enterado con mucho menos, ¿os ocurre a menudo eso de iros de la mano, o me equivoco?, de todos modos, la gente del lugar sigue contándose, una escena así no se olvida. En fin, que creo que habría bastado con ese sueño del barón levantándose de la cama y gritando: «¡Padre Pluche! ¡Padre Pluche!», un primor, en su estilo, no dejaba lugar a dudas, y en efecto a la mañana siguiente yo ya estaba viajando para Carewall, ya veis que se necesita poco, en el fondo. No, os lo digo porque, si tuvierais que hacerlo de nuevo, ya sabéis cómo actuar. Un sueño es algo que funciona. Si queréis un consejo, ése es un buen sistema. Para salvar a alguien, llegado el caso. Un sueño.

Así

conservaré  
este hábito negro  
hábito triste  
y estas colinas  
dulces colinas  
en los ojos  
y encima.

In saecula saeculorum  
éste es mi sitio.

Es todo  
más sencillo  
ahora.

Ahora  
sencillo  
es

todo.

Lo que queda por hacer  
sabré hacerlo yo solo.

Si necesitáis algo,  
Pluche,  
quien os debe la vida,  
ya sabéis dónde está.

Y vuele  
esta oración  
con la fuerza de las palabras  
más allá de la jaula de este mundo  
hasta quién sabe dónde.

Amén.

### 3. ANN DEVERIÀ

Mi querido André, amado amor mío de hace mil años:

la niña que te ha entregado esta carta se llama Dira.

Le he dicho que te la hiciera leer, en cuanto llegaras a la posada, antes de dejarte subir a mi habitación. Hasta la última línea. No intentes engañarla. Con esa niña no se puede mentir.

Siéntate, por tanto. Y escúchame.

No sé cómo has conseguido encontrarme. Éste es un lugar que casi no existe. Y si preguntas por la posada Almayer, la gente te mira con sorpresa, y no lo sabe. Si mi marido buscaba un rincón inaccesible en el mundo para mi curación, lo encontró. Dios sabe cómo has hecho para encontrarlo tú también.

He recibido tus cartas, y no ha sido fácil leerlas. Se abrieron de nuevo con dolor las heridas del recuerdo. Si hubiera seguido, aquí, deseándote y esperándote, esas cartas habrían sido una deslumbrante felicidad. Pero éste es un sitio extraño. La realidad se difumina y todo se convierte en memoria. Hasta tú, poco a poco, has dejado de ser un deseo y te has convertido en un recuerdo. Me han llegado tus cartas como mensajes supervivientes de un mundo que ya no existe.

Te he amado, André, y no sabría imaginarme de qué forma puede amarse más. Tenía una vida que me hacía feliz y deje que se desmoronara con tal de estar junto a ti. No te amé por aburrimiento, ni por soledad, ni por capricho. Te amé porque el deseo que sentía por ti era más fuerte que cualquier felicidad. Y sabía además que la vida no es lo suficientemente grande como para abarcar todo lo que consigue imaginarse el deseo. Pero no intenté detenerme, ni detenerte. Sabía que lo haría ella. Y lo hizo. Estalló de pronto. Había esquivas por todas partes, y cortaban como cuchillos.

Después llegué aquí. Y esto no resulta fácil de explicar. Mi marido pensaba que era un sitio para curarse. Pero curarse es una palabra demasiado pequeña para lo que aquí sucede. Y simple. Éste es un lugar donde te despides de ti mismo. Lo que eres se te va desprendiendo poco a poco. Y lo dejas atrás, paso a paso, en esta orilla que no conoce el tiempo y que vive un único día, siempre el mismo. El presente desaparece y tú te conviertes en memoria. Te despojas de todo, miedos, sentimientos, deseos: los guardas, como trajes viejos, en el armario de una desconocida sabiduría y de una paz inesperada. ¿Puedes comprenderme? ¿Puedes comprender que todo esto... es bello?

Créeme, no se trata de una manera, más leve, de morir. Nunca me he sentido más viva que ahora. Pero es distinto. Lo que soy es algo ya sucedido: y aquí, y ahora, vive en mí como un paso en una huella, como un sonido en un eco y como un enigma en su respuesta. No muere, no, no es eso. Se desliza hacia el otro lado de la vida. Con una ligereza que parece una danza.

Es un modo de perderlo todo, para encontrarlo todo.

Si consigues comprender todo esto, me creerás cuando te diga que me resulta imposible pensar en el futuro. El futuro es una idea que se ha desprendido de mí. No

es importante. Ya no significa nada. Yo ya no tengo ojos para verlo. Hablas de él con frecuencia en tus cartas. A mí me cuesta mucho recordar lo que significa. Futuro. El mío ya está todo aquí, ahora. El mío será la quietud de un tiempo inmóvil, que coleccionará instantes para depositarlos uno sobre otro, como si fueran uno solo. Desde aquí hasta mi muerte, sólo existirá ese instante, y basta.

No te seguiré, André. No reconstruiré ninguna vida para mí, porque acabo de aprender a ser la morada de lo que fue la mía. Y me gusta. No quiero nada más. Comprendo tus islas lejanas, y comprendo tus sueños, tus proyectos. Pero ya no existe un camino que pueda llevarme hasta tan lejos. Y tú no podrás inventarlo para mí en una tierra que no existe. Perdóname, mi amado amor, pero no será mío tu futuro.

Hay un hombre, en esta posada, que tiene un nombre muy gracioso y estudia dónde termina el mar. En estos días, mientras te esperaba, le he hablado de nosotros y del miedo que tenía a tu llegada y, a la vez, de las ganas que tenía de que llegaras. Es un hombre bueno y paciente. Se quedaba escuchándome. Y un día me dijo: «Escribidle.» Él dice que escribir a alguien es la única forma de esperarlo sin hacerse daño. Y te he escrito. Todo lo que tengo dentro de mí te lo he puesto en esta carta. Él dice, ese hombre cuyo nombre es tan gracioso, que tú comprenderás. Dice que la leerás, después saldrás a la playa y caminando por la orilla del mar pensarás en todo, y comprenderás. Tardará una hora o un día, no importa. Pero al final volverás a la posada. Dice que subirás las escaleras, abrirás mi puerta, me cogerás entre tus brazos y me besarás.

Sé que parece una tontería. Pero me gustaría que sucediera de este modo. Es una hermosa manera de perderse, perderse uno entre los brazos del otro.

Nadie podrá robarme el recuerdo de cuando, con todo mi ser, era

tu Ann



CATÁLOGO PROVISIONAL DE LAS OBRAS PICTÓRICAS DEL PINTOR MICHEL PLASSON ORDENADAS POR ORDEN CRONOLÓGICO A PARTIR DE SU ESTANCIA EN LA POSADA ALMAYER (EN LA LOCALIDAD DE QUARTEL) HASTA LLEGAR A LA MUERTE DEL MISMO.

Redactado, para beneficio de la posteridad, por el profesor Ismael Adelante Ismael Bartleboom, basándose en su experiencia personal y otras fuentes dignas de crédito.

*Dedicado a Madame Ann Deveria.*

1. *Océano mar*, óleo sobre tela, 15 x 21,6 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Completamente blanco.

2. *Océano mar*, óleo sobre tela, 80,4 x 110,5 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Completamente blanco.

3. *Océano mar*, acuarela, 35 x 50,5 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Blanco con una vaga sombra ocre en la parte superior.

4. *Océano mar*, óleo sobre tela, 44,2 x 100,8 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Completamente blanco. La firma está en rojo.

5. *Océano mar*, dibujo, lápiz sobre papel, 12x10 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.

Se distinguen dos puntos, en el centro del papel, muy próximos. El resto, en blanco. (En el borde derecho, una mancha: ¿grasa?)

6. *Océano mar*, acuarela, 31,2 x 26 cm.

Col. Bartleboom. En la actualidad, y con carácter absolutamente provisional, cedido a la Señora Mana Luigia Severina Hohenheith.

Descripción.

Completamente blanco.

Al entregármelo, el autor dijo, textualmente: «*Es lo mejor que he hecho hasta hoy.*»

El tono era de profunda satisfacción.

7. *Océano mar*, óleo sobre tela, 120,4 x 80,5 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Se distinguen dos manchas de color: una, ocre, en la parte superior de la tela, y otra, negra, en la parte inferior. El resto, blanco. (En la parte de atrás, anotación autógrafa: *Temporal*. Y debajo: *tatatum, tatatum, tatatum.*)

8. *Océano mar*, pastel sobre papel, 19 x 31,2 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

En el centro del papel, ligeramente desplazada hacia la derecha, una pequeña vela azul. El resto, blanco.

9. *Océano mar*, óleo sobre tela, 340,8 x 220,5

Museo Municipal de Quartel. Número de registro: 87

Descripción.

En la derecha, una oscura escollera emerge de las aguas. Olas altísimas, rompiendo en los escollos, espumean de forma espectacular. En la tempestad se vislumbran dos naves que están sucumbiendo al mar. Cuatro botes penden en el borde de un remolino. En los botes están arracimados los naufragos. Algunos de ellos, caídos al mar, se están hundiendo. Pero este mar está alto, mucho más alto hacia la parte del

horizonte que aquí cerca, y cubre a la vista el horizonte, contra toda lógica, parece levantarse como si todo el mundo se levantara y nosotros nos hundiéramos, aquí donde estamos, en el vientre de la tierra, mientras una tapa cada vez más majestuosa está a punto de cubrimos infinitamente y con horror cae la noche sobre este monstruo. (Atribución dudosa. Casi seguramente falso.)

10. *Océano mar*, acuarela, 20,8 x 16 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Completamente blanco.

11. *Océano mar*, óleo sobre tela, 66,7 x 81 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Completamente blanco. (Muy deteriorado. Probablemente, debió de caer al agua.)

12. *Retrato de Ismael Adelante Ismael Bartleboom*, lápiz sobre papel, 41,5 x 41,5 cm.

Descripción.  
Completamente blanco. En el centro, con letras cursivas, la inscripción *Bartleb*

15. *Océano mar*, acuarela, 118 x 80,6 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Tres pequeñas manchas de color azul en la parte de arriba a la izquierda (¿velas?). El resto, en blanco. En la parte de atrás, anotación autógrafa: *Pijama y calcetines*.

16. *Océano mar*, lápiz sobre papel, 28 x 31,7 cm.  
Col. Bartleboom

Descripción.  
Dieciocho velas, de diferentes dimensiones, colocadas sin un orden preciso. En la esquina inferior derecha, pequeño esbozo de un barco de tres mástiles, claramente

ejecutado por otra mano, posiblemente infantil (¿Dol?).

17. *Retrato de Madame Ann Deverià*, óleo sobre tela, 52,8 x 30 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Una mano de mujer de color palidísimo, los dedos maravillosamente estilizados. Fondo blanco.

18, 19, 20, 21, *Océano mar*, lápiz sobre papel, 12x12 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Serie de cuatro esbozos en apariencia absolutamente idénticos. Una simple línea horizontal los cruza de izquierda a derecha (pero también, si se prefiere, de derecha a izquierda) más o menos a media altura. Plasson afirmaba que se trataba, en realidad, de cuatro imágenes profundamente distintas. Dijo textualmente: «*Son cuatro imágenes profundamente distintas.*» Mi muy personal impresión es que representan el mismo escorzo en cuatro distintos momentos sucesivos del día. Cuando expresé esta opinión mía al autor, éste tuvo ocasión de responderme, textualmente: «¿*Decís?*»

22. (Sin título), lápiz sobre papel, 20,8 x 13,5 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Un joven, en la orilla, se acerca al mar llevando en sus brazos a una mujer sin ropa. Luna en el cielo y reflejos en el agua.

Este esbozo, mantenido largo tiempo en secreto por expreso deseo del autor, lo hago público hoy teniendo en cuenta el tiempo que ha transcurrido ya desde los dramáticos hechos a los que hace referencia.

23. *Océano mar*, óleo sobre tela, 71,6 x 38,4 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Un grueso trazo rojo corta la tela de izquierda a derecha. El resto, blanco.

24. *Océano mar*, óleo sobre tela, 127 x 108 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Completamente blanco. Es la última obra realizada durante su estancia en la posada Almayer, en la localidad de Quartel. El autor se la regaló a la posada, manifestando su deseo de que fuera expuesta en una pared frente al mar. Inmediatamente, y por canales que nunca he logrado aclarar, llegó a mi poder. La conservo, poniéndola a disposición de quien esté en condiciones de reclamar su propiedad.

25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32 (sin título), óleo sobre tela, varios tamaños.

Museo de Saint Jacques de Grance

Descripción.

Ocho retratos de marineros, estilísticamente relacionables con la primera época de Plasson. El abad Ferrand, quien tuvo la amable cortesía de señalarme su existencia, declara que el autor los realizó gratuitamente, como muestra de afecto hacia algunas personas con las que mantuvo sinceras relaciones de amistad durante su estancia en Saint Jacques. El mismo abad me confesó simpáticamente que le pidió al pintor que lo retratara y que recibió por su parte una cortés y firme negativa. Parece que las palabras exactas que pronunció en dicha circunstancia fueron: «*Por desgracia, no sois un marinero, y por tanto no hay mar en vuestro rostro. Veréis, actualmente yo sólo sé pintar el mar.*»

33. *Océano mar*, óleo sobre tela (dimensiones desconocidas)

(Perdido.)

Descripción.

Completamente blanco. También en este caso resulta precioso el testimonio del abad Ferrand. Éste tuvo la franqueza de admitir que la tela, hallada en el aposento del pintor al día siguiente de su partida, fue considerada, por una inexplicable equivocación, una tela pura y simple y no una obra ya acabada y de significativo valor. Unos desconocidos se la llevaron como tal y hoy en día sigue ilocalizable.

34, 35, 36 (sin título), óleo sobre tela, 68,8 x 82 cm.

Museo Gallen-Martendorf, Helleborg

Descripción.

Se trata de tres minuciosísimas copias, prácticamente idénticas, de una pintura de Hans van Dyke, *Puerto de Skalen*. El Museo Gallen-Martendorf las cataloga como obras del propio Van Dyke, creando así un lamentable malentendido. Como le he indicado varias veces al encargado de dicho museo, el prof. Broderfons, las tres, telas no sólo llevan en la parte trasera la clara anotación «*van Plasson*», sino que además presentan una particularidad que evidencia la paternidad de Plasson: en las tres el pintor retratado en plena tarea en el muelle, abajo a la izquierda, tiene delante de él un caballete con una tela completamente blanca. En el original de van Dyke, la tela aparece regularmente coloreada. El profesor Broderfons, a pesar de admitir lo acertado de mi observación, no reconoce en ella ningún significado particular. El profesor Broderfons es, por otro lado, un estudioso incompetente y un hombre absolutamente insoportable.

37. *Lago de Constanza*, acuarela, 27 x 31,9 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Obra de cuidadosa y elegantísima factura, que representa el célebre lago de Constanza a la puesta de sol. Los colores son cálidos y difusos. No aparecen figuras humanas. Pero el agua y las orillas están dotadas de gran poesía e intensidad. Plasson me mandó esta tela acompañada con una breve nota, cuyo texto reproduzco aquí íntegramente. «*Es el cansancio, amigo mío. Hermoso cansancio. Adiós.*»

38. *Océano mar*, lápiz sobre papel, 26 x 13,4 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Aparece dibujada, con esmero y precisión, la mano izquierda de Plasson, que, me veo en la obligación de indicarlo, era zurdo.

39. *Océano mar*, lápiz sobre papel, 26 x 13,4 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Mano izquierda de Plasson. Sin sombreados.

40. *Océano mar*, lápiz sobre papel, 26 x 13,4 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Mano izquierda de Plasson. Pocos trazos, apenas esbozados.

41. *Océano mar*, lápiz sobre papel, 26 x 13,4 cm.

Col. Bartleboom

Descripción.

Mano izquierda de Plasson. Tres líneas y un leve sombreado.

Nota. Este dibujo me fue regalado, junto con los tres anteriores, por el doctor Monnier, el médico que trató a

Plasson durante el breve y doloroso curso de su enfermedad terminal (pulmonía). Según su testimonio, del cual no hay razón para dudar, son éstos los cuatro últimos trabajos en los que se ocupó Plasson, a aquellas alturas obligado a permanecer en el lecho y cada día más débil. Siempre según el mismo testimonio, Plasson murió serenamente, en sosegada soledad y con el alma en paz. Poco minutos antes de expirar pronunció la siguiente frase: «*No es una cuestión de colores, es una cuestión de música, ¿comprendéis? He necesitado mucho tiempo, pero ahora (stop).*»

Era un hombre generoso y ciertamente dotado de un inmenso talento artístico. Era amigo mío. Y yo lo quería.

Ahora reposa, por expreso deseo suyo, en el cementerio de Quartel. La lápida, en su tumba, es sólo de piedra. Completamente blanca.

## 5. BARTLEBOOM

Sucedió así. Bartleboom estaba en el balneario, en el balneario de Bad Hollen, una ciudad que hiela la sangre, no se si me explico. Iba allí por ciertas molestias que lo afligían, cosas de la próstata, algo sumamente molesto, una gaita. Cuando hay algo que te joroba por esas partes siempre es una gaita, no es que sea nada grave, pero tienes que estar muy atento, te toca hacer un montón de cosas ridículas, humillantes. Bartleboom, por ejemplo, tenía que ir al balneario de Bad Hollen. Una ciudad, por otro lado, que te hiela la sangre.

Pero en fin.

Bartleboom estaba allí, con su prometida, una tal Maria Luigia Severina Hohenheith, una mujer hermosa, sin duda, pero del tipo palco de ópera, no sé si me explico. Pura fachada, vamos. Te entraban ganas de darle la vuelta para ver si había algo detrás del maquillaje y la grandilocuencia y todo lo demás. Luego no te atrevías, pero te entraban ganas. Bartleboom, en honor a la verdad, no se había prometido con gran entusiasmo, todo lo contrario. Eso hay que reconocerlo. Lo había preparado todo una de sus tías, la tía Matilde. Hay que comprender que por aquel entonces él estaba casi casi rodeado por tías y, para ser sinceros, *dependía* de ellas, es decir, desde un punto de vista económico: él no tenía un céntimo. Eran las tías las que aflojaban. Todo esto era la exacta consecuencia de la apasionada y total dedicación a la ciencia que ligaba la vida de Bartleboom a aquella ambiciosa Enciclopedia de los límites, etcétera, obra cumbre, y meritoria, pero que le impedía, obviamente, atender a sus obligaciones profesionales, induciéndole cada año a dejar su plaza de profesor y su sueldo correspondiente a un sustituto provisional que, en este caso concreto, es decir, durante los diecisiete años en que se produjo esta rutina, era precisamente yo. De ahí, como podréis imaginaros, mi gratitud hacia él, y mi admiración por su obra. Es evidente. Son cosas que un hombre de honor nunca olvida.

Pero en fin.

Todo lo había preparado la tía Matilde, y Bartleboom no había podido oponerse categóricamente. Se había prometido. Pero no lo había asimilado muy bien. Había perdido un poco de aquel brillo..., se le había empañado el alma, no sé si me explico. Era como si hubiera estado esperando algo distinto, algo bien distinto. No estaba preparado para una normalidad como aquélla. Iba tirando, nada más. Después, un día, allí en Bad Hollen, fue con su prometida y su próstata a una recepción elegante, champán por todas partes y musiquillas alegres. Valses. Y allí se encontró con aquella Anna Ancher. Era una mujer especial. Pintaba. Y bien, decían. Para entendernos, algo muy distinto de esa Maria Luigia Severina. Fue ella la que lo paró, en el guirigay de la fiesta.

—Perdonadme..., sois el profesor Bartleboom, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy una amiga de Michel Plasson.

Resultó que el pintor le había escrito mil veces, hablándole de Bartleboom y de muchas cosas más, y en especial de aquella Enciclopedia de los límites, etcétera, una historia que, por lo que le estaba diciendo, la había impresionado vivamente.

—Estaría encantada de poder ver un día vuestra obra.

Dijo exactamente eso: *encantada*. Lo dijo inclinando levemente su cabecita hacia un lado, y apartándose de los ojos un mechón de cabellos negros como el azabache. Magistralmente. Fue como si le hubieran inyectado aquella frase a Bartleboom directamente en la circulación sanguínea. Por decirlo de algún modo, le reverberó incluso dentro de los pantalones. Farfulló algo y a partir de aquel momento no hizo más que sudar. En determinadas circunstancias sudaba a chorros. No tenía nada que ver con la temperatura. Lo hacía él solito.

Quizás hubiera acabado allí aquella historia, pero al día siguiente, mientras estaba paseando, solo, dándole vueltas en la cabeza a aquella frase y a todo lo demás, Bartleboom vio pasar un carruaje, uno de esos tan hermosos, con maletas y sombrereras en la parte de arriba. Se dirigía fuera de la ciudad. Y dentro, él la vio perfectamente, estaba Ann Ancher. Precisamente ella. Cabellos como el azabache. Cabecita. Estaba todo. Incluso la reverberación de los pantalones era la misma que el día anterior. Bartleboom comprendió. A pesar de lo que se diga de él por ahí, era un hombre que, cuando la ocasión lo requería, sabía tomar sus decisiones, sin bromas, cuando era necesario no se echaba atrás. Así que volvió a casa, hizo las maletas y, justo en el momento de partir, se presentó ante su prometida, Maria Luigia Severina. Ella estaba removiendo cepillos, cintas y collares.

—Maria Luigia...

—Por favor, Ismael, que llegaré tarde...

—Maria Luigia, quiero informarte de que ya no estás prometida.

—Vale, Ismael, ya hablaremos más tarde.

—Y, por tanto, yo tampoco estoy prometido.

—Es obvio, Ismael.

—Entonces, adiós.

Lo que era más sorprendente en aquella mujer era la lentitud de sus tiempos de reacción. Hablamos más de una vez sobre aquel asunto Bartleboom y yo, él estaba absolutamente fascinado por aquel fenómeno, incluso lo había estudiado, por decirlo de alguna manera, acabando por adquirir, al respecto, una competencia poco menos que científica y completa. En aquellas circunstancias, sabía por tanto perfectamente que el tiempo de que disponía para salir indemne de aquella casa oscilaba entre veintidós y veintiséis segundos. Había calculado que serían suficientes para alcanzar la diligencia. En efecto, exactamente en el mismo momento en que depositó sus posaderas en el asiento, el terso aire matinal de Bad Hollen quedó descoyuntado por un grito inhumano

—¡BAAAAAAARTLEBOOM!

Qué voz la de aquella mujer. Incluso años después, en Bad Hollen, explicaban que había sido como si alguien, desde el campanario, hubiera dejado caer un piano directamente encima de un almacén de lámparas de cristal. Bartleboom se había informado: los Ancher residían en Hollenberg, cincuenta y cuatro kilómetros al norte de Bad Hollen. Se puso en camino. Vestía el traje de las grandes ocasiones. Incluso el sombrero era el de los días de fiesta. Sudaba, es cierto, pero dentro de los límites de la decencia. La diligencia corría sin problemas por el camino entre las colinas. Todo parecía ir de la mejor manera.

Sobre las palabras que le diría a Anna Ancher en cuanto la tuviera delante, Bartleboom tenía las ideas claras:

—Señorita, os estaba esperando. Os he esperado durante años.

Y, zas, le entregaría la caja de caoba con todas las cartas, cientos de cartas, algo para quedarse pasmado de estupor, y de ternura. Era un buen plan, nada que objetar. Bartleboom estuvo dándole vueltas durante todo el viaje, y esto da que pensar sobre la complejidad de la mente de algunos grandes estudiosos y pensadores —como lo era el prof. Bartleboom, sin lugar a dudas—, a los cuales la sublime facultad de concentrarse en una idea con una agudeza y profundidad fuera de lo común comporta el incierto corolario de arrinconar instantáneamente, y de forma singularmente completa, todas las otras ideas limítrofes, vecinas y colindantes. Cabezas locas, en resumen. Así por ejemplo, Bartleboom pasó todo el viaje comprobando la inexpugnable exactitud lógica de su plan, pero sólo a siete kilómetros de Hollenberg, y en concreto entre las localidades de Alzen y Balzen, se acordó de que, para ser exactos, aquella caja de caoba, y por tanto todas las cartas, centenares de cartas, *ya no estaba en su poder*.

Eso es un golpe. No sé si me explico.

En efecto, Bartleboom le había entregado la caja con las cartas a Maria Luigia Severina el día de su compromiso. No es que estuviera muy convencido, pero se lo había dado todo, con cierta solemnidad, diciendo

—Os estaba esperando. Os he esperado durante arios.

Después de diez, doce segundos de habitual paréntesis, Maria Luigia había abierto completamente los ojos, estirado el cuello e, incrédula, había pronunciado sólo dos palabras simples

—¿A mí?

«¿A mí?» no era exactamente la respuesta con que Bartleboom había soñado durante años, mientras escribía aquellas cartas y vivía solo, arreglándoselas como podía. De modo que obviamente sufrió cierta desilusión en aquella circunstancia, resulta comprensible. Lo cual explica, también, que después no hubiera pensado en el asunto aquel de las cartas, limitándose a comprobar que la caja de caoba seguía allí, con

Maria Luigia, y sólo Dios sabía si alguien la había abierto en alguna ocasión. Suele ocurrir. Uno tiene sus sueños, cosas suyas, íntimas, y después la vida no quiere seguir jugando contigo, y te lo desmonta, un instante, una frase, y todo se desvanece. Suele ocurrir. Por esa razón y no otra vivir es una tarea dolorosa. Hay que resignarse. La vida no resulta *grata*, no sé si me explico.

Grata.

Pero en fin.

Ahora el problema era que necesitaba la caja, y que estaba sin embargo en el peor de los sitios posibles, es decir, en cualquier paite de la casa de Maria Luigia. Bartleboom bajó de la diligencia en Balzen, cinco kilómetros antes de Hollenberg, pernoctó en la posada y a la mañana siguiente cogió la diligencia en dirección contraria, para regresar a Bad Hollen. Había empezado su odisea. Una verdadera odisea, creedme.

Con Maria Luigia utilizó la técnica habitual, no cabía margen de error. Entró sin anunciarse en la habitación donde ella languidecía, en la cama, curándose de los nervios, y dijo sin preámbulos

—Querida, he venido a buscar las cartas.

—Están en el escritorio, tesoro —respondió ella con cierta dulzura. Luego, transcurridos veintisiete segundos exactos, emitió un gemido ahogado y se desmayó. Bartleboom, evidentemente, ya había desaparecido.

Volvió a coger la diligencia, esta vez en dirección a Hollenberg, y la noche del día siguiente se presentó en casa de los Ancher. Lo acompañaron hasta el salón, y poco faltó para que le diera algo de repente. La señorita estaba al piano, y estaba tocando, con su cabecita, el cabello como el azabache y todo lo demás, tocando como si fuera un ángel. Sola, allí, ella, el piano, y nada más. Resultaba increíble. Bartleboom se quedó de piedra, con su caja de caoba en mano, en el umbral del salón, acaramelado por completo. Ya ni siquiera conseguía sudar. Contemplaba y basta.

Cuando terminó la música, la señorita levantó la mirada hacia él. Definitivamente embelesado, atravesó el salón se colocó delante de ella, depositó la caja de caoba sobre el piano y dijo:

—Señorita Anna, os esperaba. Os he estado esperando durante años.

También esta vez la respuesta fue singular.

—Yo no soy Anna.

—¿Perdón?

—Me llamo Elisabetta. Anna es mi hermana.

Gemelas, no sé si me explico.

Dos gotas de agua.

—Mi hermana está en Bad Hollen, en el balneario. A unos cincuenta kilómetros de aquí.

—Sí, ya conozco el camino, gracias.

Eso es un golpe. Nada que objetar. Un verdadero golpe. Por fortuna, Bartleboom tenía recursos, tenía fortaleza de espíritu, en la carcasa, para dar y vender. Se puso nuevamente en camino, con destino a Bad Hollen. Si allí estaba Anna Ancher, allí tenía que ir él. Simple. Más o menos a mitad de camino empezó a parecerle un poco menos simple. El hecho es que no podía sacarse de la cabeza aquella música. Y el piano, las manos en el teclado, la cabecita con cabellos negros como el azabache, en resumen, toda aquella aparición. Algo que parecía haber sido preparado por el demonio, de tan perfecto como era. O por el destino, se dijo Bartleboom. Empezaron las tribulaciones del profesor con esta historia de las gemelas, y la pintora y la pianista, estaba hecho un lío, resulta comprensible. Cuanto más tiempo pasaba, menos claro lo tenía. Se puede decir que a cada kilómetro de camino se iba oscureciendo un kilómetro más. Al final decidió que se imponía una pausa para reflexionar. Se bajó en Pozel, seis kilómetros antes de Bad Hollen. Y allí pasó la noche. A la mañana siguiente tomó la diligencia para Hollenberg: se había decidido por la pianista. Más fascinante, había pensado. Cambió de parecer al vigésimo segundo kilómetro. Precisamente en Bazel, donde se bajó y pernoctó. Partió por la mañana temprano con la diligencia hacia Bad Hollen —íntimamente ya prometido con Anna Ancher; la pintora—, para detenerse en Suzer, pequeño pueblo a dos kilómetros de Pozel, donde pudo aclararse de manera definitiva que, caracteriológicamente hablando, él estaba más hecho para Elisabetta, la pianista. En los días siguientes, sus desplazamientos oscilatorios lo llevaron de nuevo a Alzen, luego a Tozer, de allí a Balzen, luego de regreso hasta Fazel y desde allí, en este orden, a Palzen, Rulzen, Alzen (por tercera vez) y Colzen. Las gentes de la zona habían alimentado la convicción de que se trataba de un inspector de algún ministerio. Todos lo trataban muy bien. En Alzen, la tercera vez que pasó por allí, se encontró incluso con un comité de recepción esperándolo. Él no prestó mucha atención. No era ceremonioso. Bartleboom era un hombre simple, un pedazo de hombre simple. Y justo. De veras.

Pero en fin.

No podía seguir eternamente con aquella historia. Aunque la ciudadanía se mostrara amable. Antes o después tenía que acabar. Bartleboom lo comprendió. Y después de quince días de apasionada oscilación, se puso el traje apropiado y se dirigió, decidido, hacia Bad Hollen. Se había decidido: viviría con una pintora. Llegó la tarde de una jornada festiva. Anna Ancher no estaba en casa. No tardaría en volver. Espero, dijo él. Y se acomodó en un saloncito. Fue allí cuando de repente le volvió a la memoria, fulminante, una imagen elemental y desoladora: su caja de caoba, tan reluciente, depositada sobre el piano de la casa de los Ancher. Se la había olvidado allí. Éstas son cosas difíciles de entender para la gente normal, yo mismo, por ejemplo, es el misterio de las mentes superiores, es algo muy suyo, los mecanismos del genio,

capaces de acrobacias grandiosas y de pifias colosales. Bartleboom era de esa clase. Pifias colosales de vez en cuando. De todos modos, no se alteró. Se levantó e, informando de que volvería más tarde, se refugió en un hotelito de las afueras. Al día siguiente cogió la diligencia para Hollenberg. Empezaba a tener cierta familiaridad con aquel camino, estaba convirtiéndose, por así decirlo, en un verdadero experto. En el caso de que hubiera habido una cátedra universitaria dedicada al estudio de aquel camino, podríais poner las manos en el fuego a que sería para él, seguro.

En Hollenberg las cosas fueron como una seda. La caja se encontraba allí, efectivamente.

—Hubiera querido enviárosla, pero no tenía la menor idea de dónde encontraros —le dijo Elisabetta Ancher con una voz que hubiera seducido a un sordo. Bartleboom vaciló un momento, pero enseguida se recobró.

—No importa, está bien así.

Le besó la mano y se despidió. No pegó ojo en toda la noche, hasta que por la mañana se presentó puntual para la primera diligencia que iba a Bad Hollen. Un buen viaje. A cada parada todo era saludar y celebrar. La gente le estaba cogiendo cariño, son así en esos lugares, gente sociable, no se hacen demasiadas preguntas y te tratan con el corazón en la mano. De verdad. Es una zona de una fealdad terrorífica, eso hay que decirlo, pero la gente es exquisita, es gente de otra época.

Pero en fin.

A Dios gracias, Bartleboom llegó a Bad Hollen con su caja de caoba, las cartas y todo lo demás. Volvió a casa de Anna Ancher y se hizo anunciar. La pintora estaba trabajando en una naturaleza muerta, manzanas, peras, faisanes, cosas así, faisanes muertos, obviamente, una naturaleza muerta, ya está dicho. Tenía la cabecita ligeramente inclinada hacia un lado. Los cabellos negros le enmarcaban la cara, que era un primor. Si hubiera habido un piano no habríais dudado de que se trataba de la otra, la de Hollenberg. Y en cambio era ella, la de Bad Hollen. Ya digo, dos gotas de agua. Prodigioso lo que se dedica a hacer la naturaleza cuando se empeña. Resulta increíble. De veras.

—¡Profesor Bartleboom, qué sorpresa! —exclamó ella.

—Buenos días, señorita Ancher —respondió él, añadiendo inmediatamente—: *Anna Ancher*, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

El profesor quería ir sobre seguro. Nunca se sabe.

—¿Qué os ha traído hasta aquí, haciéndome feliz con vuestra visita?

—Esto —respondió serio Bartleboom, poniéndole delante la caja de caoba y abriéndola ante sus ojos—. Os esperaba, Anna. Os he esperado durante años.

La pintora alargó la mano y cerró de golpe la caja.

—Antes de que nuestra conversación prosiga, será mejor que os informe de algo,

profesor Bartleboom.

—Lo que queráis, adorada mía.

—Estoy prometida.

—¡Cómo!

—Me prometí hace seis días con el subteniente Gallega.

—Óptima elección.

—Gracias.

Bartleboom se remontó a seis días atrás. Era el día en que, llegado desde Rulzen, se había detenido en Colzen para después volver a marchar hacia Alzen. Justo en mitad de sus tribulaciones, vamos. Seis días. Seis miserables días. Dicho sea entre paréntesis, aquel Gallega era un verdadero parásito, no sé si me explico, un ser insignificante y en cierto modo incluso nocivo. Una pena. Realmente. Una pena.

—¿Ahora deseáis que prosigamos?

—Creo que ya no importa —respondió Bartleboom, cogiendo de nuevo la caja de caoba.

En el camino que lo llevaba a su hotel, el profesor intentó analizar fríamente la situación y llegó a la conclusión de que cabían dos posibilidades (circunstancia que, como se habrá notado, se repite con cierta frecuencia, siendo dos las posibilidades y muy raramente tres): o aquello era tan sólo un desagradable obstáculo, y entonces lo que tenía que hacer era desafiar a un duelo al susodicho subteniente Gallega y quitárselo de en medio, o era una clara señal del destino, de un destino magnánimo, y entonces lo que tenía que hacer era volver cuanto antes a Hollenberg y casarse con Elisabetta Ancher, inolvidable pianista.

Dicho sea a modo de inciso, Bartleboom detestaba los duelos. Verdaderamente es que nos los soportaba.

«Faisanes muertos...», pensó con cierto disgusto. Y decidió partir. Sentado en su sitio, en la primera diligencia de la mañana, enfiló otra vez el camino a Hollenberg. Estaba de un humor sereno y acogió con benévola simpatía las manifestaciones de afecto jovial que le fueron tributando los habitantes de los pueblos de Pozel, Colzen, Tozer, Rulzen, Palzen, Alzen, Balzen y Fazel. Gente simpática, como ya he dicho. Estaba oscureciendo cuando se presentó, vestido de punta en blanco y con su caja de caoba, en casa de los Ancher.

—La señorita Elisabetta, por favor —dijo con cierta solemnidad al sirviente que le abrió la puerta.

—No está en casa, señor. Se ha marchado esta mañana a Bad Hollen.

Era increíble.

Un hombre con otra preparación moral y cultural tal vez habría vuelto tras sus pasos y habría cogido la primera diligencia a Bad Hollen. Un hombre de menor temple psicológico y nervioso, tal vez se habría abandonado a las más teatrales expresiones

de un desconsuelo definitivo e incurable. Pero Bartleboom era un hombre íntegro y justo, de los que tienen estilo cuando se trata de digerir los caprichos del destino.

Bartleboom se echó a reír.

Pero a reír a carcajadas, lo que se dice desternillarse, se estaba partiendo de risa, no había manera de pararlo, hasta se le saltaron las lágrimas, un espectáculo, una carcajada babélica, oceánica, apocalíptica, una carcajada que no cesaba nunca. Los sirvientes de casa Ancher no sabían ya qué hacer, no había forma de pararlo, ni por las buenas ni por las malas, seguía partiéndose de risa, algo molesto, y contagioso al mismo tiempo, ya se sabe, empieza uno y después todos lo siguen, es la ley de la hilaridad, es como la peste, tienes ganas de permanecer serio y lo intentas, pero no hay manera, es inexorable, no hay nada que hacer, los sirvientes iban cayendo uno tras otro, y además no tenían nada de lo que reírse, es más, para ser exactos tenían de qué preocuparse, dada aquella situación embarazosa, si no dramática, pero caían uno tras otro, riendo como locos, para mearse encima, no sé si me explico, para mearse encima, si no se iba con cuidado. Al final lo llevaron a una cama. Seguía riendo horizontalmente, de todas maneras, y con qué entusiasmo, con qué generosidad, un portento, en serio, entre hipos, lágrimas y ahogos, pero irrefrenable, portentoso, en serio. Una hora y media después seguía allí riendo. Y no había parado ni un instante. Los sirvientes estaban al límite, corrían fuera de la casa para no seguir oyendo aquel hipo hilarante y contagioso, intentaban escaparse, con las tripas retorcidas por el dolor, a causa de tanta risa, intentaban salvarse, es comprensible, se había convertido ya en una cuestión de vida o muerte. Era increíble. Después, en cierto momento, Bartleboom, sin anunciarlo, se paró, como una máquina atascada, se puso repentinamente serio, miró a su alrededor y localizado el criado más a tiro le dijo, completamente serio:

—¿Habéis visto una caja de caoba?

A aquel sirviente le parecía mentira la posibilidad de hacer algo para que parara.

—Aquí está, señor.

—Bueno, pues os la regalo —dijo Bartleboom, y echó a reír de nuevo, como un loco, como si tuviera en su interior sabe Dios qué chiste irresistible, el mejor de toda su vida, el más enorme, por decirlo de alguna manera, un chistazo. A partir de ese momento ya no paró.

Se pasó toda la noche riendo. Aparte de los sirvientes de casa Ancher, que circulaban por la casa con algodón en los oídos, era un asunto molesto para toda la ciudad, la tranquila Hollenberg, porque las carcajadas de Bartleboom, todo hay que decirlo, superaban los límites de la casa propiamente dicha y se expandían de maravilla en aquel silencio nocturno. Dormir, ni por asomo. Ya era bastante difícil mantenerse serios. Y en un primer momento, en efecto, uno conseguía permanecer serio, aunque fuera tan sólo teniendo en cuenta aquel ruido molesto, pero después el buen sentido

se esfumaba enseguida, y empezaba a extenderse el virus de la carcajada, irrefrenable, infectándolos a todos, indistintamente, hombres y mujeres, por no hablar de los niños, verdaderamente a todos. Como una epidemia. Había casas en las que no se reía desde hacía meses, ni siquiera se acordaban de cómo se hacía. Gente profundamente hundida en sus propios rencores, y en la miseria. Ni siquiera, durante meses, el lujo de una sonrisa. Y aquella noche venga a reír, todos, removiéndose las tripas, lo nunca visto, les era difícil reconocerse, una vez caída la máscara de sus eternas narizotas, y abierta de par en par la risotada en la cara. Una revelación. Se reencontraba uno con el gusto por la vida al ver encenderse, una a una, las luces de aquella ciudad, y oír que todas las casas se caían a causa de la risa, sin que hubiera nada de que reírse, sino así, por milagro, como si se hubiera derramado, justamente esa noche, el barril de la paciencia colectiva y unánime, y a la salud de toda clase de miseria se hubiera inundando la ciudad entera de sacrosantos ríos de carcajadas. Un concierto que llegaba al corazón. Una maravilla. Bartleboom dirigía el coro. Era su momento, podríamos decir. Y él dirigía como un maestro. Una noche memorable. Ya os digo. Preguntad si queréis. Maldito sea si no os dicen que fue una noche memorable.

Pero en fin.

A las primeras luces del amanecer, se aplacó. Bartleboom, quiero decir. Y después, progresivamente, toda la ciudad. Dejaron de reír, poco a poco, y después definitivamente. Tal como vino, se fue. Bartleboom pidió algo para comer. La empresa, como se comprenderá, le había metido hambre en el cuerpo, no es nada baladí reír durante tanto tiempo, y con aquel entusiasmo. En cuanto a salud, parecía tener para dar y tomar.

—Nunca me he sentido mejor —confirmó a la delegación de ciudadanos que, agradecidos en cierto modo, y de todas formas, curiosos, fueron a informarse sobre su estado. En la práctica, Bartleboom había hecho nuevos amigos. Definitivamente, era su destino hacer buenas migas con la gente en aquellas tierras. Le resultaba algo más complicado con las mujeres, eso es verdad, pero por lo que se refiere a la gente parecía como si hubiera nacido predestinado a aquellas tierras. De verdad. Al final se levantó, se despidió de todos y se aprestó a ponerse de nuevo en camino. Tenía una idea precisa al respecto.

—¿Cuál es la carretera para la capital?

—Tendríais que regresar de nuevo a Bad Hollen, señor, y desde allí coger...

—Ni hablar —y partió en dirección opuesta en la calesa de un vecino que trabajaba de herrero, un genio en su especialidad, un verdadero genio. Se había pasado toda la noche partiéndose de risa. En fin, tenía una deuda de gratitud, por decirlo de algún modo. Aquel día cerró mi taller y se llevó a Bartleboom de aquellas tierras, y de aquellos recuerdos, y de todo, al diablo, el profesor no regresaría nunca más, aquella

historia había acabado, bien o mal, pero había acabado, de una vez por todas, por Dios. Acabado.

Así.

Después Bartleboom ya no volvió a intentarlo. Lo de casarse. Decía que se le había pasado el momento, y que no había nada más que hablar. Yo creo que todo este asunto le hizo sufrir un poco, pero no te hacía cargar con ello, no era de ese tipo, se guardaba sus congojas y sabía cómo sobreponerse a ellas. Era de los que, a pesar de los pesares, tienen una idea alegre de la vida. De los que están en paz, no sé si me explico. En los siete años que vivió aquí, debajo de nosotros, fue siempre una alegría tenerlo debajo de nosotros, y muchas veces en nuestra casa, como si fuera alguien de la familia, y en cierto sentido verdaderamente lo era. Por otro lado, él habría podido vivir en otros barrios, con toda aquella cantidad de dinero que le llegaba en los últimos tiempos, herencias, para entendernos, las tías que iban cayendo una tras otra, como manzanas maduras, descansan en paz, una verdadera procesión de notarios, un testamento tras otro, y todos, quieras que no, llevaban líquido a los bolsillos de Bartleboom. En fin, que si hubiera querido habría podido vivir en otro sitio. Pero él se quedó aquí. Decía que se estaba bien en este barrio. Sabía valorar, por decirlo de algún modo. Se conoce a un hombre también en estos detalles.

Continuó trabajando hasta el final en su Enciclopedia de los límites etcétera. Por aquel entonces había empezado a reescribirla. Decía que la ciencia daba pasos gigantescos y que, en fin, la tarea de ponerse al día, especificar, corregir, limar, era interminable. Lo fascinaba la idea de que una Enciclopedia de los límites acabara siendo un libro que nunca terminaba. Un libro infinito. Era algo absurdo, pensándolo bien, y él se reía de eso, me lo explicaba y volvía a explicármelo, maravillado, incluso divertido. Otro quizás habría sufrido. Pero él, como ya digo, no estaba hecho para ciertas tribulaciones. Era ligero.

Evidentemente, también morir fue algo que hizo a su manera. Sin espectáculo, discretamente. Un día se metió en la cama, no se encontraba bien, y a la semana siguiente todo había acabado. Ni siquiera podíamos saber si sufría o no aquellos días, yo se lo preguntaba, pero a él sólo le importaba que nadie se entristeciera por una historia insignificante. Detestaba molestar. Sólo en una ocasión me pidió que por favor le pusiera uno de los cuadros de aquel pintor amigo suyo colgado en la pared, justo delante de la cama. También aquella historia de la colección Plasson resultaba increíble. Casi todos blancos, podéis creerme. Pero él los apreciaba muchísimo. El que le colgué por aquel entonces también era completamente blanco, todo blanco, él lo seleccionó entre todos, y yo se lo puse allí, para que pudiera verlo bien desde la cama. Era blanco, lo juro. Pero él lo miraba, volvía a mirarlo, lo saboreaba con los ojos, por decirlo de alguna manera.

—El mar... —decía en voz baja.

Murió por la mañana. Cerró los ojos y ya no volvió a abrirlos. Simple.

No sé. Hay gente que se muere y, con todos los respetos, no se pierde nada. Pero él era de los que, cuando ya no están, lo notas. Como si el mundo entero, de un día para otro, se hiciera un poco más pesado. A lo mejor este planeta, y todo lo que hay en él, flota en el aire sólo porque hay muchos Bartlebooms por ahí, ocupados en mantenerlo en su sitio. Con su ligereza. No tienen cara de héroe, pero mantienen el garito en marcha. Son así. Bartleboom era así. O sea: era capaz de cogerte por el brazo, un día cualquiera, por la calle, y decirte en gran secreto

—Una vez vi ángeles. Estaban en la orilla del mar.

A pesar de que él no creía en Dios, era un científico, y no mostraba gran predisposición hacia las cosas de la Iglesia no sé si me explico. Pero había visto ángeles. Y te lo decía. Te cogía del brazo, un día cualquiera, por la calle y con la maravilla en los ojos te lo decía.

—Una vez vi ángeles.

¿Cómo no querer a alguien así?

## 6. SAVIGNY

—Así que nos dejáis, doctor Savigny...

—Sí, señor.

—Y habéis decidido regresar a Francia.

—Sí.

—No será fácil para vos..., quiero decir, la curiosidad de la gente, las gacetas, los políticos... Me temo que se ha generado una verdadera caza de los supervivientes de aquella balsa...

—Eso me han dicho.

—Casi se ha convertido en un asunto nacional. Suele ocurrir, cuando se mete la política por medio...

—Antes o después, ya lo veréis, todos se olvidarán de esa historia.

—No lo dudo, querido Savigny. Tomad: éstos son los papeles para vuestro embarque.

—Es mucho lo que os debo, capitán.

—Callad.

—Y en cuanto a vuestro doctor, tal vez le debo la vida... ha hecho milagros.

—Savigny, si nos ponemos a contar los milagros de esta historia, no acabaremos nunca. Marchad. Y que tengáis suerte.

—Gracias, capitán... Ah, una cosa más...

—Decidme.

—Ese... Ese timonel..., Thomas..., dicen que se ha escapado del hospital...

—Sí, es una historia rara. Seguro que aquí no habría ocurrido, pero allí, en el hospital civil, ya podéis imaginaros cómo...

—¿Se ha sabido algo más de él?

—No, por ahora no. Pero no puede haber ido muy lejos en el estado en que se encontraba. Lo más seguro es que haya muerto en cualquier parte...

—¿Muerto?

—Bueno, es lo menos que se puede esperar de alguien que..., ah, perdonadme, ¿acaso era amigo vuestro?

—No será difícil, Savigny, sólo tendréis que repetir lo que escribisteis en vuestro cuaderno. A propósito, habréis hecho un buen negocio, ¿verdad?, con ese librito..., no se lee otra cosa en los salones...

—Os he preguntado si es absolutamente necesario que vaya al tribunal.

—Ah, no, no sería necesario, pero éste es un proceso jodido, tenemos los ojos de todo el país sobre nosotros, no se puede trabajar bien..., todo conforme a lo que dicta la ley, es absurdo...

—Estará también Chaumareys...

—Claro que estará..., quiere defenderse en persona..., pero no tiene ninguna oportunidad, cero, la gente quiere su cabeza y la tendrá.

—No fue sólo culpa suya.

—Eso no importa, Savigny. Él era el capitán. Él llevó la *Alliance* hasta aquel pantano, él decidió abandonarla, y fue él también quien, para acabar de hacer la gracia, os dejó ir a la deriva en aquella trampa del infierno...

—Está bien, está bien, dejémoslo estar. Nos veremos en el tribunal.

—Hay algo más...

—Dejadme marchar, Parpeil.

—*Abogado* Parpeil, gracias.

—Adiós.

—No, no podéis marcharos.

—¿Qué más hay?

—Ah, un incordio..., nada importante, pero ya sabéis, es mejor ser prudentes..., en fin, corren ciertos rumores, parece que alguien escribió un... llamémosle diario, una especie de diario en aquellos días de la balsa..., por lo visto es un marinero y eso ya resulta indicativo de la seriedad del asunto..., imaginaos, un marinero que *escribe*, algo absurdo, obviamente, pero de todos modos parece que uno de los supervivientes...

—Thomas. Thomas sabía escribir.

—¿Perdón?

—No, nada.

—Bueno, en fin, en ese diario parece que hay cosas... en cierta manera... incómodas, digamos..., en fin, lo explica de manera algo distinta de como lo habéis contado vos y los otros...

—Y leía. Libros. Sabía leer y escribir.

—¡Por Dios! ¿Queréis hacer el favor de escucharme?

—¿Sí?

—Intentad comprender, levantar una calumnia es lo más fácil del mundo..., puede incluso amargaros la vida..., en fin, me preguntaba si estaríais dispuesto a utilizar cierta suma de dinero, ya me entendéis, no hay otro modo de defenderse de la calumnia, y por otra parte es mejor sofocar el asunto antes de que... ¡Savigny! ¿Adónde diablos vais? ¡Savigny! Mirad que no tenéis por qué ofenderos, lo decía sólo por vuestro bien, yo soy del oficio...

—Vuestra declaración ha sido muy valiosa, doctor Savigny. Este Tribunal os lo agradece y os invita a tomar asiento.

—...

—Doctor Savigny...

—Sí, perdonad, quería...

—¿Tenéis algo más que añadir?

—No..., o mejor... sólo una cosa... Quería decir que... el mar es distinto..., no se puede juzgar lo que ocurre allí dentro..., el mar es otra cosa.

—Doctor, éste es un tribunal de la Marina Real: sabe perfectamente lo que es el mar.

—¿De verdad lo creéis?

—Creedme, leer ese delicioso librito vuestro ha sido emocionante..., incluso demasiado intenso para una vieja dama como yo...

—Marquesa, qué decís...

—Es la verdad, doctor Savigny, ese libro es tan..., cómo podría decírselo..., realista, eso es, lo leía y me parecía estar allí, en aquella balsa, en medio del mar, me daban escalofríos...

—Me halagáis, Marquesa.

—No, no..., ese libro es verdaderamente...

—Buenos días, doctor Savigny.

—Adele...

—Adele, hija mía, no se puede hacer esperar así a un caballero tan ocupado como el doctor...

—Oh, estoy segura de que lo habréis torturado con mil preguntas sobre sus aventuras, ¿no es cierto, Savigny? —Es un placer hablar con vuestra madre.

—Un poco más y hasta se habría enfriado el té.

—Estáis espléndida, Adele.

—Gracias.

—¿Una taza más, doctor?

—¿Tenía los ojos oscuros?

—Sí.

—Alto, con el pelo negro, liso...

—Recogidos a la altura de la nuca, señor.

—¿Un marinero?

—Podía parecerlo. Pero vestía... normalmente, casi elegante.

—Y no ha dicho su nombre.

—No. Sólo ha dicho que volverá.

—¿Que volverá?

—Lo hemos encontrado en una posada junto al río... por casualidad..., estábamos buscando a dos desertores, y lo hemos encontrado a él..., dice que se llama Philippe.

—¿Y no ha intentado escapar?

—No. Ha protestado, quería saber por qué nos lo llevábamos..., lo de siempre... Por aquí, Savigny.

—¿Y qué le habéis dicho?

—Nada. Ahora, la policía no está obligada a dar explicaciones sobre por qué mete a la gente en la cárcel. Claro está que no podremos mantenerlo allí por mucho tiempo,

si no encontramos una buena causa..., pero en eso ya pensaréis vos, ¿no?

—Claro.

—Eso es, venid. No, no os asoméis demasiado. Ahí está, ¿lo veis?, el penúltimo de la fila.

—El que está apoyado en la pared...

—Sí. ¿Es él?

—Me temo que no.

—¿No?

—No, lo siento.

—Pero encaja con la descripción, es idéntico.

—Es idéntico, pero no es él.

—Savigny..., escuchadme... Podéis ser un héroe del Reino, podéis ser amigo de todos los ministros de este mundo, pero ese de ahí es ya el cuarto que...

—No importa. Ya habéis hecho bastante.

—No, escuchadme. No encontraremos nunca a ese hombre, y ¿sabéis por qué? Porque ese hombre está muerto. Se escapó de un mugriento hospital en un roñoso rincón de África, recorrió unos cuantos kilómetros en algún infernal desierto y allí se dejó freír por el sol hasta palmarla. Fin. Ese hombre ahora está en la otra parte del mundo abonando un montón de arena.

—Ese hombre ahora está en esta ciudad, y está a punto de alcanzarme. Mirad esto.

—¿Una carta?

—Hace dos días alguien la dejó delante de mi puerta. Leed, leed vos mismo...

—Una única frase...

—Muy clara, ¿no?

—*Thomas...*

—Thomas. Tenéis razón, Pastor. Nunca encontraremos a ese hombre. Pero no porque esté muerto, sino porque está vivo. Está más vivo que vos y yo juntos. Está tan vivo como los animales al acecho.

—Savigny, os aseguro que...

—Está vivo. Y, al contrario que yo, tiene una óptima razón para seguir estándolo.

—Pero es una locura, ¡Savigny! Un brillante doctor como vos, una celebridad, a estas alturas..., precisamente ahora que las puertas de la Academia están a punto de abrirse de par en par ante vos... Lo sabéis perfectamente, ese estudio vuestro sobre los efectos del hambre y de la sed..., en fin, aunque yo lo juzgue más novelesco que científico...

—Barón...

—... de todos modos ha impresionado vivamente a mis colegas y yo me alegro por vos, la Academia se inclina ante vuestro encanto y... también ante vuestras... dolorosas experiencias..., puedo comprenderlo..., pero lo que no puedo comprender

de ninguna manera es por qué se os ha metido en la cabeza, precisamente ahora, marcharos a esconderos en un olvidado agujero de provincias para hacer, esto es inaudito, de *médico rural*, ¿no es así?

—Sí, Barón.

—Ah, mis felicitaciones..., no hay ni un solo doctor en esta ciudad que no quiera, qué digo, que no *sueñe* con poseer vuestro nombre y vuestro brillante futuro, ¿y qué decidís vos? Marcharos a ejercer a un pueblucho... y, además, ¿de qué clase de pueblucho se trata?

—En el campo.

—Eso ya me lo imagino, pero ¿dónde?

—Lejos.

—¿Debo inferir que no se puede saber dónde?

—Ése sería mi deseo, Barón.

—Es absurdo. Dais pena, Savigny, sois indigno, irracional, execrable. No encuentro ninguna justificación plausible para vuestra imperdonable actitud y..., y... sólo se me ocurre pensar en una cosa: ¡estáis loco!

—Es distinto: no quiero volverme loco, Barón.

—Ahí está..., eso es Charbonne..., ¿lo veis allá abajo?

—Sí.

—Es una bonita ciudad. Os sentiréis bien en ella.

—Sí.

—Incorporaos, doctor..., eso es. Sujetadme esto un momento, eso es... Habéis delirado toda la noche, tenéis que hacer algo...

—Te había dicho que no era necesario que te quedaras, Marie.

—¿Qué hacéis? No iréis a levantaros...

—Claro que voy a levantarme...

—Pero no podéis...

—Marie, el médico soy yo.

—Sí, pero no os habéis visto esta noche..., estabais verdaderamente mal, parecíais un loco, hablabais con los fantasmas, y gritabais...

—¿Gritaba?

—La habíais tomado con el mar.

—Ah, ¿otra vez?

—Tenéis malos recuerdos, doctor. Y los malos recuerdos acaban destrozando la vida.

—Es una mala vida, Marie, lo que destroza los recuerdos.

—Pero vos no sois malo.

—Allí hice cosas... Y fueron cosas horribles.

—¿Por qué?

—Eran horribles. Nadie podría perdonarlas. Nadie me las ha perdonado.

—No debéis seguir pensando en ello...

—Y lo más horrible es esto: sé que hoy en día, si tuviera que volver allí, volvería a hacer las mismas cosas.

—Dejadlo ya, doctor...

—Sé que volvería a hacer las mismas cosas, idénticas. ¿No es eso monstruoso?

—Doctor, os lo ruego...

—¿No es monstruoso?

—Las noches empiezan a ser frescas otra vez.

—Sí.

—Me gustaría acompañaros a casa, doctor, pero no quiero dejar sola a mi mujer...

—No, no os molestéis.

—Pero... quiero que sepáis que me resulta muy agradable conversar con vos.

—También a mí.

—No sé si sabéis que cuando llegasteis, hace un año, decían que erais...

—Un altivo y arrogante médico de la capital...

—Sí, poco más o menos. La gente de aquí es recelosa. De vez en cuando sale con unas ideas muy extrañas.

—¿Sabéis qué me dijeron de vos?

—Que era rico.

—Sí.

—Y taciturno.

—Sí. Pero también que erais un buen hombre.

—Ya os lo he dicho: es gente que sale con ideas extrañas.

—Es curioso. Pensar en quedarse aquí. Alguien como yo..., un arrogante médico de la capital... Pensar en envejecer aquí.

—Me parecíais demasiado joven todavía para empezar a pensar en dónde envejecer, ¿no creéis?

—Tal vez tengáis razón. Pero aquí se está tan lejos de todo... Me pregunto si habrá algo capaz de hacerme regresar.

—No penséis más en ello. Si sucede, será algo hermoso. Y si no es así, esta ciudad será feliz de teneros entre los suyos.

—Es un honor escuchar estas palabras del alcalde en persona...

—Ah, no me lo recordéis, por favor...

—Bueno, ahora tengo que marcharme.

—Si. Pero volved cuando queráis. Me haréis feliz. Y también mi mujer estará contentísima.

—Contad con ello.

—Buenas noches, doctor Savigny.

—Buenas noches, señor Deveria.



Permaneció despierto durante horas después de la puesta de sol. El último tiempo inocente de toda una vida.

Después salió de su habitación y recorrió silenciosamente el pasillo, deteniéndose delante de la última puerta. En la posada Almayer no había llaves.

Una mano sobre el tirador, la otra sujetando un pequeño candelabro. Instantes como agujas. La puerta se abrió sin ruido. Silencio y oscuridad dentro de la habitación.

Entró, dejó el candelabro sobre el escritorio, cerró la puerta tras de sí. El mecanismo de la cerradura resonó en la noche: en la penumbra, entre las mantas, algo se movió.

Se acercó a la cama y dijo:

—Se acabó, Savigny.

Una frase como un sablazo. Savigny se incorporó en la cama, golpeado por un escalofrío de terror. Rebuscó con los ojos a la tenue luz de las escasas velas, vio brillar el filo de un cuchillo e, inmóvil, el rostro de un hombre que había intentado olvidar durante años.

—Thomas...

Ann Deveria lo miró confusa. Se incorporó sobre un brazo, recorrió la habitación con la vista, no comprendía nada, buscó de nuevo el rostro de su amado, se apretujó a su lado.

—¿Qué ocurre, André?

Él seguía mirando, aterrorizado, frente a sí.

—Thomas, detente, estás loco...

Pero no se detuvo. Llegó junto a la cama, levantó el cuchillo y lo hizo caer con violencia, una vez, dos veces, tres veces. Las mantas se empaparon de sangre.

Ann Deveria no tuvo tiempo siquiera de gritar. Miró fijamente aquella oscura marea que se extendía por encima de ella y notó cómo se iba la vida de aquel cuerpo suyo abierto, con una velocidad que no le dejó ni tiempo para un pensamiento. Cayó hacia atrás, con unos ojos completamente abiertos que ya no veían nada.

Savigny temblaba. Había sangre por todas partes. Y un absurdo silencio. La posada Almayer reposaba. Inmóvil.

—Levántate, Savigny. Y cógela en brazos.

La voz de Thomas resonaba con una tranquilidad inexorable. Todavía no había terminado.

Savigny se movía como en trance. Se levantó, alzó el cuerpo de Ann Deveria y llevándolo entre sus brazos se dejó arrastrar fuera de la habitación. No conseguía decir ni una palabra. Ya no veía nada, y nada conseguía pensar. Temblaba, y basta.

Extraño, pequeño cortejo. El cuerpo hermosísimo de una mujer llevada en procesión. Un bulto de sangre muerto entre los brazos de un hombre que se arrastra

temblando, seguido por una sombra impasible que aprieta en su puño un cuchillo. Atravesaron la posada, así, hasta salir a la playa. Un paso detrás de otro, en la arena, hasta la orilla del mar. Un rastro de sangre, detrás. Un poco de luna, encima.

—No te pares, Savigny.

Vacilando, introdujo los pies en el agua. Notaba aquel puñal punzándole en la espalda y, en sus brazos, un peso cada vez mayor. Como un títere, se arrastró unos metros. Lo detuvo aquella voz.

—Escúchalo, Savigny. Es el ruido del mar, Que este ruido y ese peso en tus brazos te persigan durante toda la vida que te queda.

Lo dijo lentamente, sin emoción, y con una sombra de cansancio. Después dejó caer el puñal en el agua, se dio la vuelta y volvió hacia la playa. La atravesó, siguiendo aquellas manchas oscuras, coaguladas en la arena. Caminaba lentamente, ya sin más pensamientos ni historia.

Anclado en el borde del mar, con las oías rompiendo entre sus piernas, Savigny permaneció inmóvil, incapaz de cualquier gesto. Temblaba. Y lloraba. Un fantoche, un niño, un derrelicto. Chorreaba sangre y llanto: cera de una vela que nadie apagaría nunca.

Adams fue ahorcado, en la plaza de Saint Amand, al amanecer del último día de abril. Llovía copiosamente, pero fueron muchos los que salieron de casa para disfrutar del espectáculo. Lo enterraron ese mismo día. Nadie sabe dónde.

## 8. LA SÉPTIMA HABITACIÓN

Se abrió la puerta, y de la séptima habitación salió un hombre. Se detuvo un paso más allá del umbral y miró a su alrededor. La posada parecía desierta. Ni un rumor, ni una voz, nada. Entraba el sol por la ventanas del pasillo, recortando la penumbra y proyectando sobre las paredes pequeños anuncios de una mañana tersa y luminosa.

Dentro de la habitación todo había sido reordenado voluntariosa pero apresuradamente. Una maleta llena, todavía abierta, sobre la cama. Montañas de hojas en el escritorio, plumas, libros, una lámpara apagada. Dos platos y un vaso en el alféizar. Sucios, pero ordenados. La alfombra, en el suelo, tenía una esquina doblada, como si alguien hubiera hecho una señal en un libro para continuar desde ese punto algún día. En el sillón había una gran manta, doblada con diligencia. Se veían, colgados en la pared, dos cuadros, idénticos.

Dejando la puerta abierta a sus espaldas, el hombre recorrió el pasillo, bajó las escaleras canturreando una melodía indescifrable, y se detuvo delante de la recepción —por llamarla de algún modo. No estaba Dira. Estaba el enorme libro de siempre, abierto en el atril. El hombre se puso a leer, mientras se metía la camisa dentro de los pantalones. Nombres ridículos. Volvió a mirar a su alrededor. Decididamente, aquella era la posada más desierta de la historia de las pensiones desiertas. Entró en la gran sala, paseó entre las mesas, olfateó un ramo de flores que envejecía en un horroroso florero de cristal, se acercó a la puerta vidriera y la abrió,

Aquel aire. Y la luz.

Tuvo que entrecerrar los ojos, de lo fuerte que era, y ceñirse la chaqueta a causa del viento, viento del norte.

Toda la playa por delante. Posó los pies en la arena. Se los miraba como si hubieran regresado en aquel mismo momento de un largo viaje. Parecía verdaderamente sorprendido de que estuvieran de nuevo allí. Levantó la cabeza y se veía en su rostro la expresión de la gente que, de vez en cuando, tiene la cabeza hueca, vacía, feliz. Son momentos extravagantes. Uno sería capaz de hacer, sin saber bien por qué, cualquier tontería. Él hizo una muy simple. Empezó a correr, pero a correr como un loco, hasta quedarse sin resuello, tropezando y levantándose, sin parar, corriendo lo más rápido que podía, como si estuviera persiguiéndolo el infierno, pero nadie lo seguía, no, era él quien corría, sólo él y basta, a lo largo de aquella playa desierta, con los ojos abiertos de par en par y el corazón en la garganta, algo de lo que, si lo hubierais visto, habríais dicho: No se detendrá nunca.

Sentado en el alféizar de siempre, con las piernas balanceándose en el vacío, Dood apartó sus ojos del mar, los giró hacia la playa y lo vio.

Corría como alma que lleva el diablo, eso era innegable.

Dood sonrió.

—Ha terminado.

Tenía a su lado a Ditz, el que inventaba sueños y luego los regalaba.

—O ha enloquecido o ha terminado.

Por la tarde, todos en la orilla del mar, tirando piedras planas para hacerlas saltar, tirando piedras redondas para oír el chof. Estaban todos: Dood, bajado a propósito de su alféizar, Ditz, el de los sueños, Dol, que había visto tantas naves para Plasson. Estaba Dira. Y estaba la hermosísima niña que dormía en la cama de Ann Deveria, y que nadie sabía cómo se llamaba. Todos allí: tirando piedras al agua y escuchando a aquel hombre salido de la séptima habitación. Lentamente, hablaba.

—Tenéis que imaginaros a dos que se aman..., que se aman. Y él tiene que partir. Es marinero. Parte para un largo viaje por mar. Entonces ella borda con sus propias manos un pañuelo de seda..., borda su nombre.

—June.

—June. Lo borda con un hilo rojo. Y piensa: lo llevará siempre consigo, y lo defenderá de los peligros, de las tormentas, de las enfermedades...

—De los grandes peces...

—... de los grandes peces...

—De los peces plátano.

—... de todo. Está convencida. Pero no se lo da enseguida, no. Primero lo lleva a la iglesia de su pueblo y le dice al cura: tenéis que bendecírmelo. Tiene que proteger a mi amor y tenéis que bendecírmelo. Así que el cura lo coge, lo pone frente a sí, se inclina un poco y con un dedo dibuja encima una cruz. Dice una frase en una lengua extraña, y con un dedo dibuja encima una cruz. ¿Podéis imaginároslo? Un gesto insignificante. El pañuelito, aquel dedo, la frase del cura, los ojos de ella que sonrían. ¿Os lo imagináis bien?

—Sí.

—Pues entonces imaginaos esto. Un barco. Grande. Está a punto de partir.

—¿El barco del marinero de antes?

—No. Otro barco. Pero éste también está a punto de partir. Lo han limpiado a conciencia. Flota sobre el agua del puerto. Y tiene por delante kilómetros y kilómetros de mar esperándolo, el mar con su fuerza inmensa, el mar que está loco, quizás se porte bien, pero quizás lo destroce con sus manos, y se lo trague, quién sabe. Nadie habla de ello, pero todos saben cuán fuerte es el mar. Y entonces, en ese barco, sube un hombrecillo, vestido de negro. Todos los marineros están en cubierta, con sus familias, las mujeres, los niños, las madres, todos allí, en pie, en silencio. El hombrecillo camina por el barco, murmurando algo en voz baja. Va hasta la proa, después vuelve atrás, camina lentamente entre los cordajes, las velas plegadas, las barricas, las redes. Continúa murmurando cosas extrañas para sí, y no hay rincón del barco por donde no pase. Al final, se detiene en mitad del puente. Y se arrodilla. Baja la cabeza y continúa murmurando en esa extraña lengua suya, parece que le esté hablando al barco, que le diga algo. Después, de repente, se calla, y con una mano,

lentamente, dibuja la señal de la cruz en aquellos tablones de madera. La señal de la cruz. Y entonces se giran todos hacia el mar, y tienen la mirada de quien ha vencido, porque saben que ese barco regresará, es un barco bendito, desafiará al mar y se saldrá con la suya, nada puede causarle daño. Es un barco bendito.

Habían dejado incluso de lanzar piedras al agua. Estaban inmóviles, escuchando. Sentados en la arena, los cinco, y alrededor, kilómetros a la redonda, nadie.

—¿Lo habéis entendido bien?

—Sí.

—¿Lo tenéis todo bien metido en los ojos?

—Sí.

—Pues entonces prestad atención. Aquí empieza lo difícil... Un viejo. Con la piel blanquísima, las manos delgadas, camina fatigosa, lentamente. Sube por la calle mayor de un pueblo. Detrás de él, centenares de personas, toda la gente del lugar, desfilan y cantan, se han puesto el traje más bonito, no falta nadie. El viejo prosigue caminando, y parece estar solo, completamente solo. Llega hasta las últimas casas del pueblo, pero no se detiene. Es tan viejo que le tiemblan las manos, e incluso un poco la cabeza. Pero mira hacia adelante, tranquilo, y no se detiene ni siquiera cuando empieza la playa, se desliza entre las barcas varadas en la arena, con ese paso suyo que le hace parecer a punto de tropezar en cualquier momento aunque, al final, no tropieza nunca. Detrás de él, todos los demás, unos metros por detrás, pero siguen ahí. Cientos y cientos de personas. El viejo camina sobre la arena, y se hace más complicado todavía, pero no importa, no quiere pararse, y como no se detiene, al final llega hasta el mar. El mar. La gente deja de cantar, se detiene a unos pasos de la orilla. Ahora el viejo parece más solo todavía, mientras coloca un pie detrás del otro, muy lentamente, y entra en el mar, él solo, dentro del mar. Algunos pasos, hasta que el mar le llega a las rodillas. El traje, empapado, se le ha pegado a esas piernas tan delgadas, piel y huesos. La ola se desliza adelante y atrás y él es tan delgado que piensa si lo arrastrará consigo. Y, en cambio, nada sucede, permanece allí, como plantado dentro del agua, con los ojos fijos ante sí. Los ojos clavados en los del mar. Silencio. Ya no se mueve nada más a su alrededor. La gente contiene la respiración. Un hechizo.

Entonces

el viejo

baja

los ojos,

sumerge

una mano

en el agua

y

lentamente

dibuja  
la señal  
de la cruz.

Lentamente. *Bendice el mar.*

Y es algo impresionante, tendríais que imaginároslo, un viejo débil, un gesto insignificante, y de repente todo el mar sufre una descarga, todo el mar, hasta el último horizonte, tiembla, se agita, se disuelve, circula por sus venas la miel de una bendición que hechiza cada ola, y todos los barcos del mundo, las borrascas, los abismos más profundos, las aguas más oscuras, los hombres y los animales, los que en él están muriendo, los que le tienen miedo, los que lo están mirando, hechizados, aterrorizados, conmovidos, felices, marcados, cuando de repente, por un instante, inclina la cabeza, el inmenso mar, y ya no hay enigma, no hay enemigo, ya no hay silencio, sino hermano, y manso regazo, y espectáculo para hombres salvados. La mano de un viejo. Una señal en el agua. Miras el mar y ya no da miedo. Fin.

Silencio.

Qué historia..., pensó Dood. Dira se dio la vuelta para contemplar el mar. Qué historia. La niña hermosísima suspiró. ¿Será verdad?, pensó Ditz.

El hombre permanecía sentado, en la arena, y callaba. Dol lo miró a los ojos.

—Pero ¿es una historia verdadera?

—Lo fue.

—¿Ya no lo es?

—No.

—¿Por qué?

—Ya nadie consigue bendecir el mar.

—Pero ese viejo lo conseguía.

—Ese viejo era viejo y tenía en su interior algo que ya no existe.

—¿Magia?

—Algo parecido. Una hermosa magia.

—¿Y dónde se ha metido?

—Ha desaparecido.

No podían creer que de verdad hubiera desaparecido de aquella manera.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Había desaparecido, tal y como decía.

El hombre se levantó. Desde lejos se veía la posada Almayer, casi transparente gracias a aquella luz lavada por el viento del norte. El sol parecía haberse detenido en la mitad más diáfana del cielo. Y Dira dijo:

—Tú has venido hasta aquí para bendecir el mar, ¿no es cierto?

El hombre la miró, dio unos pasos, se le acercó, se inclinó sobre ella y sonrió.

—No.

—Y, entonces, ¿qué hacías en esa habitación?

—Si al mar ya no se le puede bendecir, tal vez todavía se le pueda *decir*.

Decir el mar. Decir el mar. *Decir el mar*. Para que no todo lo que había en el gesto de aquel viejo se pierda, porque quizás todavía un retazo de aquella magia vaga por el tiempo, y algo podría reencontrarlo, y detenerlo antes de que desaparezca para siempre. Decir el mar. Porque es lo único que nos queda. Porque, frente a él, los que no tenemos cruces, ni viejos, ni magia, tenemos que tener algún tipo de arma, lo que sea, para no morir en silencio, y basta.

—¿*Decir* el mar?

—Sí.

—¿Y tú has estado todo este tiempo diciendo el mar?

—Sí.

—Pero ¿a quién?

—No importa a quién. Lo importante es intentar decirlo. Alguien lo escuchará.

Ya habían pensado que era un poco raro. Pero no de aquella manera. De una manera tan simple.

—¿Y son necesarias tantas páginas para decirlo?

Dood se había tragado él solito toda aquella bolsa llena de papel, por las escaleras. Aquel asunto se le había quedado atravesado.

—Bueno, no. Si uno fuera verdaderamente capaz, le bastaría con algunas palabras...

A lo mejor empezaría con muchas páginas, pero después, poco a poco, encontraría las palabras apropiadas, las que dicen de golpe lo que las demás, y de mil páginas llegaría hasta las cien, y luego a diez, y después las dejaría, esperando hasta que las palabras sobrantes se cayeran de las páginas, y entonces se trataría sólo de recoger las que quedan, y condensar en pocas palabras, diez, cinco, tan pocas que a fuerza de contemplarlas de cerca, y de escucharlas, al final queda en tu mano solo una, una sola. Y cuando la dices, dices el mar.

—¿Una sola?

—Sí.

—¿Cuál es?

—¿Quién sabe?

—¿Una palabra cualquiera?

—Una palabra.

—Pero ¿tipo *patata*?

—Sí. O quizás *¡ayuda!*, o *etcétera*, nunca se sabe hasta que la has encontrado.

El hombre de la séptima habitación hablaba mirando a su alrededor en la arena. Buscaba una piedra.

—Pero perdona... —dijo Dood.

—¿Qué?

—¿No se puede usar *mar*?

—No, no se puede usar *mar*.

Se había levantado. Había encontrado la piedra.

—Entonces es imposible. Es algo imposible.

—Quién sabe lo que es imposible.

Se acercó al mar y la tiró a lo lejos, en el agua. Era una piedra redonda.

—Chof —dijo Dol, que sabía mucho sobre el tema.

Pero la piedra empezó a saltar, a ras de agua, una vez, dos, tres, no se detenía, saltaba de maravilla, cada vez más lejos, saltaba mar adentro, como si la hubieran liberado.

Parecía que no quisiera detenerse. Y no se detuvo nunca más.

El hombre abandonó la posada a la mañana siguiente. Había un cielo extraño, de los que corren veloces, tienen prisa por volver a casa. Soplaban el viento del norte, fuerte, pero sin hacer ruido. Al hombre le apetecía caminar. Cogió su maleta y su bolsa llena de papel, y se encaminó a lo largo de la carretera que se alejaba bordeando el mar. Caminaba rápidamente, sin girar la cabeza. Así, no pudo ver la posada Almayar despegarse del suelo y deshacerse levemente en mil fragmentos, que parecían velas y que ascendían por el aire, bajaban y subían, *volaban*, y se lo llevaban todo consigo, lejos, incluso aquella tierra y aquel mar, y las palabras y las historias, todo, quién sabe hacia dónde, nadie puede saberlo, tal vez algún día alguien esté tan cansado que lo descubra.